SAGRADA BIBLIA

2 Samuel

Libro completo

«Yo seré su padre, y él será mi hijo»

EDICIÓN DE ESTUDIO

Texto de Félix Torres Amat, con notas que se abren al tocar el número: palabras, contexto, fe y conexiones bíblicas. Con pausas para meditar y escribir.

Índice

Cómo usar esta edición 6

Antes de empezar 8

Veinticinco palabras hebreas 15

El segundo libro de Samuel en la liturgia 17

1 «¡Cómo han caído los valientes!» 19

2 David, rey de Judá en Hebrón 27

3 Abner se pasa a David y muere en Hebrón 34

4 El asesinato de Isboset 45

5 Rey de todo Israel; Jerusalén, ciudad de David 50

6 El arca sube a la ciudad de David 59

7 La profecía de Natán 68

8 Las guerras y la corte de David 80

9 Mifiboset a la mesa del rey 85

10 La guerra con los amonitas 90

11 David y Betsabé 95

12 «Ese hombre eres tú» 103

13 Amnón y Tamar 115

14 La mujer de Tecua 124

15 La conjura de Absalón y la huida de David 135
16 Siba, Semei y el consejo de Aquitofel..... 146
17 Dos consejos 151
18 ¡Hijo mío Absalón! 158
19 El regreso del rey..... 167
20 La revuelta de Seba..... 176
21 Los gabaonitas y los gigantes filisteos 182
22 El cántico de David 190
23 Las últimas palabras de David y sus valientes..... 198
24 El censo y la era de Areúna 208

PARA PROFUNDIZAR

1 «¡Cómo han caído los valientes!»: David llora a su perseguidor 23
3 Los hijos de Sarvia: la violencia en torno al trono.....41
5 Jerusalén, ciudad de David 55
6 Danzar ante el Señor: el arca, Oza y Micol 64
7 Una casa para David: la profecía de Natán 74
7 El Hijo de David: de la promesa de Natán a Jesús 76
11 David y Betsabé: anatomía de un pecado 99
12 «Pequé contra el Señor»: Natán, David y el Miserere 111
13 Tamar: la violencia que la familia calla 120

14 La mujer de Tecua: un Dios que no quiere que nadie se pierda 131

15 David sube llorando el monte de los Olivos 142

18 «¡Hijo mío Absalón!»: el llanto de un padre 163

21 Resfa y los gabaonitas: la culpa de sangre y la piedad de una madre 186

23 «El egregio cantor de Israel»: David, los salmos y la profecía 204

24 El censo y la era de Areúna: el lugar del templo 214

CUADROS

2 Siete años y medio en Hebrón 32

3 Los hijos de David 40

4 Las muertes que abrieron a David el camino del trono 48

5 Jerusalén, de Jebús a la ciudad de David 54

6 El arca sube a Jerusalén: 2 Samuel 6 y 1 Crónicas 13 – 16 63

7 La promesa de Natán en la Biblia 73

8 Las guerras y la corte de David 83

9 La casa de Saúl después de Saúl 88

12 «La espada no se apartará de tu casa» 108

12 El Salmo 51 y la historia de David 109

12 La parábola de la ovejita 110

14 Tres parábolas para un rey 130

15 La huida de David y la Pasión de Jesús 141
17 Dos consejos: Aquitofel y Cusai..... 156
19 Los que salieron al encuentro del rey 174
22 El cántico de David y el Salmo 18 196
23 Los valientes de David 203
24 El censo en 2 Samuel 24 y en 1 Crónicas 21 213
Repaso 218
Notas personales 224
Sobre esta edición 225

Cómo usar esta edición

Este archivo está pensado para leerse en un lector de tinta electrónica, con el dedo o con el lápiz.

Las notas se abren al tocarlas

Dentro del texto bíblico verás pequeños números en un recuadro gris, como este: 3. Cada uno es una nota guardada como comentario del PDF. Al tocar el número, la nota se abre en una ventana y no tienes que ir al final del libro.

Cada nota lleva arriba un título con su número, la cita y su tipo, por ejemplo «3 · 2 Sam 1,2 · Palabra». Hay cuatro tipos:

Palabra	Qué significa una palabra hebrea o latina, o una palabra del español antiguo de esta traducción.
Contexto	Historia, arqueología, geografía y lo que contaban los pueblos vecinos de Israel.
Fe	Lo que enseña la Iglesia: el Catecismo, los Padres, los papas y la liturgia.
Conexión	Cómo resuena el pasaje en el resto de la Biblia, sobre todo en el Nuevo Testamento.

Los números pequeños en negrita, sin recuadro, son los versículos.

Para detenerse

Al final de cada capítulo hay una **Pausa**: dos o tres preguntas, una oración breve y líneas para escribir con el lápiz. Muchos capítulos tienen además un recuadro **¿Sabías que?**, y hay cuadros de apoyo, como las muertes que abrieron a David el camino del trono, Jerusalén de Jebús a la ciudad de David, la promesa de Natán en la Biblia, la parábola de la ovejita, la huida de David y la Pasión de Jesús o el cántico de David y el Salmo 18. Algunos terminan con un breve ensayo, **Para profundizar**, sobre una gran cuestión del libro. Al final encontrarás un repaso con preguntas cuyas respuestas también se esconden en notas.

Un modo de leer

Lee primero el capítulo de corrido, sin abrir las notas, para escuchar la historia entera. Después reléelo despacio, tocando las notas que te llamen la atención; si hay un ensayo, léelo entonces. Termina con la Pausa. Es una forma sencilla de la *lectio divina*, la lectura orante que la Iglesia recomienda: leer, meditar, orar, contemplar y llevar la Palabra a la vida (Benedicto XVI, *Verbum Domini*, n. 87).

El índice y los marcadores del PDF son tocables; el índice incluye también la lista de ensayos y de cuadros. Si alguna nota no se abre en tu lector, mira la última página.

Antes de empezar

El reinado de David

El segundo libro de Samuel es el décimo de la Biblia. En la Biblia hebrea, los dos libros de Samuel son una sola obra, que lleva el nombre del profeta que ungió a los dos primeros reyes. La traducción griega la dividió en dos y la reunió con los libros de los Reyes bajo el título de «Reinos»; la Vulgata la siguió, y por eso Torres Amat, como san Jerónimo, llama a este libro «Libro segundo de los Reyes». Esta edición usa el nombre hebreo, que es también el de la Neovulgata: 2 Samuel. Sobre el origen de la obra entera, ver «Antes de empezar» en 1 Samuel.

El primer libro terminaba con la muerte de Saúl en el monte Gelboé; este empieza con la noticia que llega a David, y cuenta sus cuarenta años de reinado (5,4-5): siete y medio en Hebrón sobre Judá, treinta y tres en Jerusalén sobre todo Israel. Los primeros capítulos son de triunfo: David reúne a las doce tribus, conquista Jerusalén, sube a ella el arca y recibe de Dios, por boca del profeta Natán, la promesa de una casa y un reino para siempre (cap. 7). Pero en el centro del libro están su adulterio con Betsabé y la muerte de Urías (cap. 11), y desde entonces la espada anunciada por Natán no se aparta de su casa: la violación de Ta-

mar, el asesinato de Amnón, la rebelión y la muerte de Absalón.

DAVID, REY

1	David llora a Saúl y a Jonatás: «¡Cómo han caído los valientes!»
2 – 4	Rey de Judá en Hebrón; la guerra con la casa de Saúl; la muerte de Abner y de Isboset
5	Rey de todo Israel; la conquista de Jerusalén
6	El arca sube a la ciudad de David
7	La profecía de Natán y la oración de David
8 – 10	Las victorias de David; Mifiboset a la mesa del rey; la guerra con Amón

LA ESPADA EN LA CASA DE DAVID

11 – 12	David y Betsabé; Natán: «Ese hombre eres tú»
13 – 14	Amnón y Tamar; la venganza y el destierro de Absalón
15 – 18	La rebelión de Absalón y la huida de David; «¡Hijo mío Absalón!»
19 – 20	El regreso del rey; la revuelta de Seba
21 – 24	Apéndices: los gabaonitas, los valientes, el cántico y las últimas palabras de David, el censo y la era de Areúna

Quién lo escribió

Según el Talmud, Samuel escribió su libro, y los profetas Gad y Natán lo terminaron (Baba Batra 15a; cf. 1 Cr 29,29). Torres Amat, en su advertencia a los libros de los Reyes, juzgaba «más verosímil» que los hubiera ordenado Esdras «sobre memorias o documentos originales» de testigos contemporáneos, y añadía que «siempre debemos creer como de fe que su primer Autor es el mismo Dios».

Los estudiosos ven en los libros de Samuel una parte de la gran historia que va de Josué al segundo libro de los Reyes (ver la introducción a 1 Samuel y el ensayo del capítulo 31 del Deuteronomio). Dentro de 2 Samuel, la pieza más célebre es la llamada «historia de la sucesión» (capítulos 9 – 20 y 1 Re 1 – 2), que cuenta cuál de los hijos de David heredará el trono con tal finura, y tal libertad para mostrar las culpas del rey, que muchos la tienen por una obra maestra de la narración antigua. Los capítulos 21 – 24 forman un apéndice ordenado en simetría: dos calamidades en los extremos, dos listas de guerreros y, en el centro, dos poemas de David. Los manuscritos de Qumrán y la traducción griega conservan a veces un texto hebreo algo distinto del nuestro, y la Vulgata recoge algunas de sus frases; las notas lo señalan donde importa.

¿Qué sabemos de David fuera de la Biblia? En 1993 y 1994 aparecieron en Tel Dan fragmentos de una estela aramea del siglo IX a. C. en la que un rey enemigo se jacta de haber vencido a un rey de la «casa de David»: es la mención de David más clara fuera de la Biblia. Se discute, en cambio, el tamaño de su reino: unos arqueólogos piensan en un Estado de cierta importancia, como el de los capítulos 5 y 8; otros, en un reino modesto que la memoria engrandeció. La Pontificia Comisión Bíblica recuerda que en los libros históricos «no se trata de una historiografía en el sentido moderno», sino de una historia que, citando precisamente este libro (22,28), «revela a Dios como "Salvador"» (*Inspiración y verdad de la Sagrada Escritura*, 2014, n. 70). Dios habló en ellos «por hombres y a la manera humana» (*Dei Verbum*, n. 12).

Cómo leerlo

El centro teológico del libro es la profecía de Natán. David quiere construir una casa para Dios, y Dios le responde que será él quien le construya a David una «casa», una dinastía: «Yo seré su padre, y él será mi hijo» (7,14); «tu trono será firme para siempre» (7,16). La palabra hebrea *báyit* significa a la vez templo y familia, y el capítulo juega con los dos sentidos. Cuando la dinastía cayó con el destierro, esta promesa sostuvo la esperanza de Israel: los profetas anunciaron un «renuevo» de David (Is 11,1; Jer 23,5). El

Nuevo Testamento la ve cumplida en Jesús: el ángel anuncia a María que Dios dará a su hijo «el trono de David, su padre», y que «su reino no tendrá fin» (Lc 1,32-33); san Pablo lo presenta «nacido del linaje de David según la carne» (Rom 1,3), y la carta a los Hebreos le aplica el «Yo seré su padre» (Heb 1,5). Ese Reino, enseña el Catecismo, «será obra del Espíritu Santo» y pertenecerá «a los pobres según el Espíritu» (n. 709).

El libro no esconde los pecados de su héroe. David es valiente, magnánimo con sus enemigos, fiel a la memoria de Jonatás, y adora a Dios danzando ante el arca; pero también es adúltero, homicida y padre débil. Lo que lo distingue de Saúl no es la inocencia, sino que escucha al profeta y se arrepiente: «Pequé contra el Señor» (12,13). La tradición une a este momento el Salmo 51, el *Miserere*, y la Iglesia ve en David al rey «según el corazón de Dios», cuya «alabanza y arrepentimiento serán modelo de la oración del pueblo» (Catecismo, n. 2579). Los libros de las Crónicas, que vuelven a contar este reinado, omiten el pecado con Betsabé y la rebelión de Absalón; Samuel lo cuenta todo, y muestra cómo los pecados del padre se repiten en los hijos.

Los Padres leyeron a David como figura de Cristo: el pastor de Belén hecho rey, el ungido que cruza llorando el torrente Cedrón y sube al monte de los Olivos (15,23.30; Jn 18,1),

traicionado por su consejero de confianza (15,31; Sal 41,10). San Agustín, en el libro XVII de *La ciudad de Dios*, muestra que la promesa de Natán no se cumple del todo en Salomón, sino en Cristo. Hay también páginas muy duras: la crueldad con los vencidos (8,2; 12,31), los siete descendientes de Saúl entregados a los gabaonitas (21,1-14), la violencia contra las mujeres (13,14; 16,22). Las notas las explican en su contexto y a la luz de la «divina pedagogía» de un Antiguo Testamento que contiene «elementos imperfectos y pasajeros» (Catecismo, n. 122).

Sobre esta traducción

En este libro Torres Amat no escribe nada en mayúsculas, aunque en la edición de 1824 imprimía con inicial mayúscula «el Cristo o Ungido del Dios de Jacob» (23,1), verso que la Vulgata lee en sentido mesiánico, y en una nota explicaba que el «Yo seré su padre» de 7,14 debe entenderse «de Cristo hijo de Dios por naturaleza», y «en segundo lugar de Salomón». Aclara con glosas unidas por «o» las palabras difíciles: «la ley o el deseo de los hijos de Adán» (7,19), «diablos o tentadores» (19,22), donde el hebreo dice *satán*, «adversario». A veces suaviza: donde la Vulgata dice que Dios «incitó» a David a hacer el censo, él traduce que lo «permitió para su daño» (24,1). Conserva las frases que la Vulgata tiene de más sobre el hebreo, como el amor de madre con que David quería a Jonatás (1,26), y los

nombres de guerreros que san Jerónimo tradujo como palabras: «el que está sentado en cátedra… como el tierno gusanillo que roe el madero» (23,8).

La numeración es la de la Vulgata; las Biblias que siguen el hebreo van un número por delante en el capítulo 19, como explica el colofón. Algunas palabras mal leídas por la transcripción digital se han corregido con la edición de 1824, de la que se ha recuperado también la media frase de 24,16 que se perdió al saltar la vista de un «ángel» a otro, así como otras palabras que la transcripción había saltado (1,3; 1,22; 13,25; 13,29; 13,39; 14,25; 20,6).

Algunos capítulos terminan con un breve ensayo, **Para profundizar**, sobre las grandes cuestiones del libro, como Jerusalén, la danza ante el arca, la profecía de Natán y el Hijo de David, el pecado con Betsabé y el Mi*serere*, Tamar, la huida de David y la Pasión de Jesús o la era de Areúna. Todos aparecen en el índice.

Veinticinco palabras hebreas

Las palabras clave del segundo libro de Samuel en su lengua original, que se lee de derecha a izquierda.

שְׁמוּאֵל	**Shemuel** · Samuel; da nombre a los dos libros, que en hebreo son uno 1 Sam 1,20
מֶלֶךְ	**mélej** · rey; de la misma raíz, *mamlajá*, «reino» 2,4; 7,12
מְשִׁיחַ יְהוָה	**meshíaj YHWH** · el ungido del Señor; en griego, *Christós* 1,14.16; 19,21
קִינָה	**qiná** · elegía, canto fúnebre 1,17
קֶשֶׁת	**qéshet** · arco; da nombre al «cántico del Arco» 1,18.22
חֶסֶד	**jésed** · lealtad, misericordia; la de David con la casa de Saúl 2,5; 9,1.7
בֹּשֶׁת	**bóshet** · vergüenza; sustituye a *Baal* en Isboset y Mifiboset 2,8; 4,4
פִּילֶגֶשׁ	**pilégesh** · mujer secundaria, concubina 3,7; 16,21
צִיּוֹן	**Tsiyón** · Sion, la fortaleza jebusea que David conquista 5,7
עִיר דָּוִד	**ir David** · la ciudad de David 5,7.9; 6,12
יְהוָה צְבָאוֹת	**YHWH Tsebaot** · el Señor de los ejércitos 5,10; 6,2; 7,8
יֹשֵׁב הַכְּרֻבִים	**yoshev ha-kerubim** · «que está sentado sobre los querubines» 6,2
גֹּרֶן	**gorén** · era; la de Nacón y la de Areúna 6,6; 24,16

אֵפוֹד בַּד	**efod bad** · efod de lino, la vestidura con que David danza 6,14
נָבִיא	**naví** · profeta; Natán y Gad 7,2; 24,11
בַּיִת	**báyit** · casa: templo y también dinastía 7,5.11.13
זֶרַע	**zéra** · semilla, descendencia 7,12; 22,51
אֶהְיֶה־לוֹ לְאָב	**ehyé lo le-av** · «yo seré para él padre» 7,14
עַד־עוֹלָם	**ad olam** · para siempre 7,13.16.24
חָטָאתִי	**jatati** · «he pecado» 12,13; 24,10.17
יְדִידְיָהּ	**Yedidyah** · Jedidías, «amado del Señor», el otro nombre de Salomón 12,25
גֹּאֵל הַדָּם	**goel ha-dam** · el vengador de la sangre 14,11
בְּלִיַּעַל	**beliyaal** · Belial, «sin valor»: el perverso, el malvado 16,7; 20,1
שָׂטָן	**satán** · adversario; Torres Amat, «diablos o tentadores» 19,22
נְעִים זְמִרוֹת יִשְׂרָאֵל	**neim zemirot Yisrael** · el dulce cantor de Israel 23,1

El segundo libro de Samuel en la liturgia

La Iglesia lee este libro sobre todo en Adviento, por la promesa hecha a David, y en las ferias del tiempo ordinario de los años pares.

Domingos y solemnidades

Celebración	Lectura
4.º domingo de Adviento, ciclo B	2 Sam 7,1-5.8b-12.14a.16 (la promesa a David), con el Salmo 89 y la Anunciación (Lc 1,26-38)
San José, 19 de marzo	2 Sam 7,4-5a.12-14a.16, con Mt 1,16.18-21.24a o Lc 2,41-51a
11.º domingo del tiempo ordinario, ciclo C	2 Sam 12,7-10.13 («Pequé contra el Señor»), con el Salmo 32 y la pecadora perdonada (Lc 7,36 – 8,3)
Jesucristo, Rey del universo, ciclo C	2 Sam 5,1-3 (David, ungido rey de Israel), con el Salmo 122 y el buen ladrón (Lc 23,35-43)

Otros momentos

Celebración	Lectura
24 de diciembre, misa de la mañana	2 Sam 7,1-5.8b-12.14a.16, con el Benedictus (Lc 1,67-79)
Ferias del tiempo ordinario, año par, del sábado de la 2.ª semana al miércoles de la 4.ª	Diez lecturas, de la elegía por Saúl (2 Sam 1) al censo (2 Sam 24)
Viernes y sábado de la 3.ª semana, año par	El pecado de David y la parábola de Natán (2 Sam 11 – 12), con el Salmo 51 como salmo responsorial
Lunes de la 4.ª semana, año par	La huida de David (2 Sam 15 – 16), con el Salmo 3, que su título atribuye a David «cuando huía de Absalón»
Martes de la 4.ª semana, año par	«¡Hijo mío Absalón!»: 2 Sam 18,9-10.14b.24-25a.30 – 19,3 (aquí 18,30 – 19,2)
Oficio de lectura, semanas 13.ª y 14.ª del tiempo ordinario	2 Samuel, de la muerte de Saúl al censo
Laudes de todos los viernes	El Salmo 51 (50), el *Miserere*, que su título une a la visita de Natán

Las referencias del Leccionario siguen la numeración hebrea; en el capítulo 19 va un número por delante de esta edición, que se indica entre paréntesis. La Liturgia de las Horas no toma cánticos de este libro; el de 2 Samuel 22 se reza en el salterio como Salmo 18 (17).

1

«¡Cómo han caído los valientes!»

En la Vulgata y en Torres Amat, este es el «Libro segundo de los Reyes», y empieza donde terminó el primero: Saúl ha muerto en el monte Gelboé (1 Sam 31). El capítulo tiene dos partes. En la primera, un joven amalecita llega a Siceleg con la corona de Saúl, dice haberlo rematado y paga con la vida su relato (vv. 1-16). En la segunda, David compone una elegía por Saúl y Jonatás, el «cántico del Arco» (vv. 17-27), uno de los poemas más hermosos de la Biblia. El que va a heredar el trono no celebra la muerte del rey que lo persiguió: la llora.

El mensajero de Gelboé

[1] Muerto Saúl [1], hacía ya dos días que David se hallaba en
Siceleg, de vuelta de la derrota de los amalecitas, [2] cuando
al tercer día compareció un hombre que venía del campa-
mento de Saúl, rasgados sus vestidos y cubierta de polvo
su cabeza [2]; y acercándose a David, se postró sobre su ros-
tro, haciéndole una profunda reverencia. [3] Le preguntó
David: ¿De dónde vienes? He podido escapar, respondió
él, de los campamentos de Israel. [4] Le dijo David: ¿Pues
qué ha sucedido?, decláramelo. Se trabó la batalla, res-
pondió él, ha echado a huir la tropa, han quedado tendi-

dos muchos en el campo, y hasta Saúl y su hijo Jonatás han perecido.

5 Dijo David al joven que le daba esta nueva: ¿Cómo sabes
tú que han muerto Saúl y Jonatás, su hijo? 6 Le respondió
aquel mozo: Llegué yo casualmente al monte Gelboé [3], al
tiempo que Saúl se había arrojado sobre la punta de su lan-
za; y cuando ya los carros de guerra y la caballería del
enemigo se le acercaban, 7 volviéndose entonces a mirar
atrás, y viéndome, me llamó. Y habiéndole respondido yo:
Estoy a tu mandar; 8 me preguntó: ¿Quién eres tú? Le dije:
Soy un amalecita [4]. 9 Ponte sobre mí, dijo él, y mátame
porque estoy ya en la agonía, y no acaba de salir mi alma.
10 Por lo que poniéndome sobre él lo acabé de matar; bien
cierto de que no podría sobrevivir después de tal desastre.
Tomé la diadema de su cabeza y el brazalete de su brazo [5],
y te lo traigo a ti, que eres mi señor.

El duelo y la sentencia

11 Al punto David asió sus vestidos, y los rasgó, haciendo lo
mismo cuantos le acompañaban. 12 Y plañeron y lloraron,
y ayunaron hasta la tarde [6] por amor de Saúl y de Jonatás,
su hijo, y del pueblo del Señor, y de la casa de Israel, por-
que habían sido pasados a cuchillo.

13 Dijo después David al joven que había traído la noticia:
¿De dónde eres tú? Soy hijo, respondió, de un hombre ex-

tranjero, amalecita [7]. [14] Le replicó David: Pues, ¿cómo has osado levantar tu mano para matar a un ungido del Señor [8]? [15] Y llamando a uno de sus soldados, le dijo: Arrójate sobre ese hombre, y mátalo [9]. En efecto, se echó sobre él, y lo hirió, y lo mató; [16] diciendo David al mismo tiempo: A nadie sino a ti mismo se impute tu muerte, porque tu propia boca ha dado testimonio contra ti [10], con haber dicho: Yo maté al ungido del Señor.

El cántico del Arco

[17] Entonces fue cuando David compuso el siguiente cántico fúnebre [11] sobre la muerte de Saúl y de su hijo Jonatás: [18] Cántico llamado del Arco [12], que mandó que se enseñase a los hijos de Judá, como está escrito en el Libro de los Justos. Dijo, pues, así: Considera, oh Israel [13], quiénes son los que fueron heridos y perdieron la vida sobre tus colinas.

[19] La flor de Israel [14] ha perecido sobre tus montañas. ¡Cómo han sido muertos esos campeones! [20] ¡Ah! No sea contada en Get esta nueva [15]; no sea contada en las plazas de Ascalón; para que no hagan fiestas por ellas las hijas de los filisteos, para que no salten de gozo las hijas de los incircuncisos.

[21] Montes de Gelboé, ni el rocío ni la lluvia [16] caigan ya jamás sobre vosotros; ni campos haya de donde sacar la ofrenda de las primicias; puesto que allí es donde fue arro-

jado por el suelo el escudo de los fuertes, el escudo de Saúl,
como si no hubiese sido ungido rey con el óleo santo [17].

22 Nunca disparó flecha Jonatás [18] que no se tiñera en san-
gre de los heridos; que no se clavara en las entrañas de los
valientes. Jamás dio golpe en vano la espada de Saúl.
23 Saúl y Jonatás, amables y gloriosos durante su vida, más
ligeros que las águilas, más fuertes que los leones, han
sido inseparables hasta la muerte [19].

24 Llorad, pues, oh hijas de Israel [20], llorad sobre Saúl, que
os adornaba con delicados ropajes de grana; y os daba jo-
yeles de oro para engalanaros.

25 Mas, ¿cómo es, que así hayan los valientes perecido en el
combate? ¿Cómo es, ¡oh montes de Gelboé!, que Jonatás
ha sido muerto en vuestras alturas? 26 ¡Oh, hermano mío
Jonatás!, gallardo sobremanera, y digno de ser amado más
que la más amable doncella, yo lloro por ti. Del modo que
una madre ama a un hijo único [21] que tiene, así te amaba
yo.

27 ¡Cómo han caído esos valientes, y se han perdido las ar-
mas con que peleaban [22]!

¿Sabías que?

En el siglo XII, Pedro Abelardo, el gran maestro de las escuelas de París, compuso seis «planctos», lamentos en latín puestos en boca de personajes bíblicos: Dina, Jacob, las doncellas de Israel por la hija de Jefté, Israel por Sansón, y dos de David, uno por Abner (*Abner fidelissime*) y otro por Saúl y Jonatás (*Dolorum solatium*). Abelardo les puso música. En los manuscritos casi toda está escrita con neumas que no se dejan transcribir con seguridad; solo el lamento por Saúl y Jonatás se copió en una notación que permite leer su melodía. Es la versión medieval de este capítulo: David convertido en el poeta del duelo.

PARA PROFUNDIZAR

«¡Cómo *han caído los valientes!*»: *David llora a su perseguidor*

Entre la noticia de la muerte de Saúl y la unción de David en Hebrón, el narrador detiene la historia para copiar un poema. Es una qiná, una elegía (ver nota a 1,17), construida sobre un estribillo: «¡Cómo han caído los valientes!» abre, divide y cierra el canto (1,19.25.27); Torres Amat lo varía cada vez, pero el hebreo repite las mismas palabras. Entre esas columnas se suceden la maldición de Gelboé, el elogio de los caídos, la llamada a las hijas de Israel y el lamento por Jonatás. El narrador dice haberlo tomado del «Libro de los Justos» (ver nota a 1,18). Es el poema más célebre que la Biblia atribuye a David fuera de los Salmos. Muchos estudiosos lo tienen por muy antiguo, y quizá de David, aunque su autoría no puede probarse. Flavio Josefo escribía que los lamen-

tos de David por Saúl y Jonatás se conservaban todavía en su tiempo (*Antigüedades judías* VII,1,1).

Lo asombroso es a quién llora. Saúl lo había perseguido durante años: le había arrojado la lanza, había matado a los sacerdotes que lo ayudaron y lo había obligado a vivir como un fugitivo entre los filisteos (1 Sam 18 – 27). En el poema no hay una sola palabra de reproche. David pide que la derrota no se cuente en Get, para que el enemigo no se burle del rey de Israel (1,20; Miq 1,10), y alaba de Saúl lo que de verdad tuvo: su valor en la guerra, su generosidad con el pueblo, su unión con su hijo (1,22-24). Torres Amat lo resume en una nota: David, «apartando la vista de los vicios o defectos de Saúl», alaba sus virtudes civiles y militares. San Ambrosio veía aquí la cumbre de su nobleza: perdonar a Saúl cuando lo tenía en sus manos era poco; lo admirable es que lo llorara así. Y se preguntaba: «¿Qué madre lloraría así a su hijo único como él lloró a su enemigo?» (*Sobre los deberes* III,9,61-62).

El poema va precedido de una escena dura. Un joven amalecita llega con la corona de Saúl y dice haberlo rematado; David lo hace ejecutar en el acto, porque nadie puede levantar la mano contra «el ungido del Señor» (ver nota a 1,14). Es la convicción que le impidió matar a Saúl cuando pudo (1 Sam 24; 26). Pero el lector sabe lo que David ignora: según 1 Sam 31,4-5, Saúl se dio muerte a sí mismo. Torres Amat lo advierte con sencillez: no hay que tener por verdadero todo lo que dijo el amalecita. El joven mintió para ganarse un premio y murió por sus propias palabras (4,10). El relato no esconde la dureza de una justicia sumaria, que

la Iglesia hoy rechaza (Catecismo, n. 2267); el ensayo del capítulo 3 vuelve sobre la violencia que rodea el trono.

El canto termina con Jonatás, y la voz deja de ser pública: «hermano mío», «me eras muy querido». Jonatás había hecho alianza con David, lo había amado como a su propia alma y lo había salvado de su padre (ver 1 Sam 18 – 20). David lo llora con la hipérbole del duelo, y la Vulgata añade la imagen de una madre con su único hijo (ver nota a 1,26).

Para el cristiano, esta página es una lección de amor a los enemigos antes del Evangelio. Jesús mandará: «Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persiguen» (Mt 5,44), y san Pablo: «Bendecid a los que os persiguen... No devolváis a nadie mal por mal» (Rom 12,14.17). David no ajusta cuentas con el muerto, ni siquiera en su corazón: deja el juicio a Dios y conserva de él lo bueno. Así hace la Iglesia con sus difuntos: honra su memoria y ofrece sufragios por ellos, «para que se vean libres de sus pecados» (Catecismo, n. 958).

El poema ha tenido una larga vida. «How are the mighty fallen» es en inglés una frase proverbial para la caída de los poderosos. En 1739, Georg Friedrich Händel estrenó en Londres el oratorio *Saul*, con libreto de Charles Jennens, cuyo tercer acto incluye una «Elegía por la muerte de Saúl y Jonatás» precedida de una marcha fúnebre, la *Dead March*. Esa marcha se ha tocado en grandes funerales, desde el de George Washington hasta el de Winston Churchill. El llanto de David por su perseguidor sigue acompañando a los muertos.

PAUSA

1. David habló bien de quien le había hecho daño. ¿De quién te cuesta recordar lo bueno, y qué podrías agradecer de esa persona?
2. El amalecita acomodó la verdad esperando un premio. ¿Hay alguna verdad que retocas para quedar bien con quien tiene poder sobre ti?
3. Jonatás fue fiel a su padre y a su amigo a la vez. ¿Cómo vives tú las lealtades que parecen enfrentadas?

Para orar. *Señor, enséñame a llorar sin rencor y a guardar de los que me hirieron solo el bien que pusiste en ellos.*

2

David, rey de Judá en Hebrón

Muerto Saúl, el reino se parte en dos. David, después de consultar al Señor, sube a Hebrón, donde los hombres de Judá lo ungen rey, y envía un mensaje de gratitud a los de Jabes de Galaad, que habían enterrado a Saúl (vv. 1-7). En el norte, Abner, el general de Saúl, proclama rey a Isboset (vv. 8-11). El resto del capítulo cuenta el primer choque entre los dos ejércitos junto al estanque de Gabaón: un duelo de doce contra doce, una batalla y una persecución en la que Abner mata a Asael, el hermano de Joab (vv. 12-32). Esa muerte pondrá en marcha una cadena de venganzas.

David, rey de Judá

1 Después de todo esto, consultó David al Señor [1], diciendo: ¿Iré a alguna de las ciudades de Judá? Le respondió el
Señor: Ve. Preguntó más David: ¿A cuál? Dijo el Señor: A
Hebrón. 2 En consecuencia David se puso en camino con
sus dos esposas Aquinoam de Jezrael y Abigaíl, viuda de
Nabal del Carmelo [2]. 3 Asimismo se llevó allá toda la gente
que tenía consigo, cada uno con su familia, y se estable-
cieron en los lugares cercanos a Hebrón; 4 a donde acudieron
los varones o ancianos de Judá, y allí lo ungieron por rey

de la casa de Judá [3]. Supo entonces David que los de Jabes de Galaad habían dado sepultura a Saúl [4];

[5] y les envió comisionados para que les dijesen de su parte: Benditos seáis del Señor, pues habéis hecho tal obra de misericordia [5] con Saúl, vuestro señor, y le habéis dado sepultura. [6] El Señor desde ahora se os mostrará sin duda alguna misericordioso y fiel; mas yo también me mostraré agradecido por esa acción que habéis hecho. [7] Buen ánimo, y cobrad aliento; porque aunque ha muerto Saúl, vuestro señor, la casa de Judá me ha ungido a mí por su rey [6].

Isboset, rey de Israel

[8] Entretanto Abner, hijo de Ner, capitán general del ejército de Saúl, tomó a Isboset, hijo de Saúl, y lo paseó por todo el campamento [7]; [9] y lo hizo declarar rey de Galaad, de Gesuri [8], de Jezrael, de Efraín, de Benjamín y de todo Israel. [10] Cuarenta años tenía Isboset, hijo de Saúl, cuando comenzó a reinar, y dos años reinó tranquilamente sobre Israel [9]. No había más que la tribu de Judá que siguiese a David. [11] El tiempo que habitó David en Hebrón, reinando sobre la casa de Judá, fue de siete años y seis meses.

La batalla de Gabaón y la muerte de Asael

[12] Entonces Abner, hijo de Ner, levantó el campo, y con el ejército de Isboset, hijo de Saúl, se fue a Gabaón. [13] Pero

Joab, hijo de Sarvia [10], por su parte, y los soldados de David salieron a su alcance, y los encontraron cerca del estanque de Gabaón [11]; donde acamparon los unos frente a los otros, dejando en medio el estanque. [14] Dijo entonces Abner a Joab: Salgan al campo algunos jóvenes, y escaramucen delante de nosotros [12]. Respondió Joab: Salgan enhorabuena. [15] Salieron, pues, y se presentaron doce jóvenes de la tribu de Benjamín, por parte de Isboset, hijo de Saúl, y doce de los jóvenes de David. [16] Y asiendo cada uno por los cabellos la cabeza de su contrario, se atravesaron mutuamente el costado con las dagas, y murieron todos a un mismo tiempo; de donde fue llamado aquel sitio Campo de los valientes de Gabaón [13]. [17] Y se trabó aquel día una batalla muy reñida; mas las tropas de David hicieron volver la espalda a Abner y a los soldados de Israel.

[18] Estaban allí a la sazón tres hijos de Sarvia: Joab, Abisai y Asael. Era Asael extremadamente ligero de pies, como un corzo de los que andan por las selvas [14]. [19] Iba, pues, Asael al alcance de Abner, sin desviarse a la derecha ni a la izquierda, corriendo tras él incesantemente. [20] Y volvió Abner la vista atrás, y dijo: ¿No eres tú Asael? Asael soy, respondió él. [21] Pues tuerce, le dijo Abner, a la derecha o a la izquierda, y acomete a cualquiera de esos jóvenes, y apodérate de sus despojos. Mas Asael no quiso dejar de perseguirlo. [22] Segunda vez replicó Abner a Asael: Retírate, deja

de seguirme, no me pongas en términos en que me vea forzado a coserte en tierra con la lanza, y después no tenga valor para mirar la cara de tu hermano Joab. 23 Mas él no hizo caso, ni quiso desviarse. Entonces Abner lo hirió con la parte inferior de la lanza en una ingle [15], y lo atravesó de parte a parte, dejándole muerto en el mismo sitio; y todos cuantos pasaban por el lugar en que Asael cayó muerto, se detenían.

24 Mas Joab y Abisai continuaron hasta ponerse el sol en el alcance de Abner que iba huyendo, y llegaron hasta el collado del Acueducto [16], que está enfrente del valle, camino del desierto de Gabaón. 25 Se reunieron entonces los hijos de Benjamín alrededor de Abner, y formando en columna, se apostaron en la cima de un cerro; 26 desde donde Abner gritó a Joab, diciendo: ¿No se saciará de sangre tu espada [17], sino hasta el total exterminio? ¿No sabes que es cosa peligrosa reducir a la desesperación al enemigo? ¿No será ya tiempo de decir al pueblo que deje de perseguir a sus hermanos? 27 Vive el Señor, respondió Joab, que si hubieses hablado antes, desde la mañana habría cesado la tropa de seguir el alcance a sus hermanos. 28 Al punto Joab mandó sonar la bocina [18], y se detuvo e hizo alto todo el ejército, dejando de perseguir a Israel, y de pelear contra él. 29 Y Abner con los suyos caminó toda aquella noche por la campiña, y pasaron el Jordán, y atravesado todo el país

de Bet-Horón [19], volvieron a su campamento en Manahim.

[30] Joab por su parte, cesando de perseguir a Abner, volvió atrás, juntó toda su gente, y faltaron de los soldados de David diecinueve hombres, sin contar a Asael. [31] Pero las gentes de David mataron a trescientos sesenta de los benjamitas y demás gente de Abner. [32] A Asael lo llevaron consigo, y lo enterraron en Betlehem, en el sepulcro de su padre [20]. Joab y su gente caminaron toda la noche, y al amanecer llegaron a Hebrón.

¿Sabías que?

En Guzana, la actual Tell Halaf, en el norte de Siria, el palacio del rey arameo Kapara (siglos X-IX a. C.) estaba decorado con losas de piedra esculpidas. En una de ellas aparecen dos guerreros que se agarran por la cabeza mientras cada uno clava la espada en el costado del otro. El arqueólogo israelí Yigael Yadin la relacionó, en un artículo célebre, con el «juego» de Gabaón (v. 16), y la reprodujo en su libro *The Art of Warfare in Biblical Lands* (1963): una imagen en piedra, de una época cercana a la de David, del duelo de campeones en el que caen todos a la vez.

Siete años y medio en Hebrón

Cita	Qué pasa	Lugar
1 Sam 30	David recupera el botín de Siceleg	Siceleg
1,1-16	La noticia de Gelboé; el amalecita	Siceleg
1,17-27	El cántico del Arco	Siceleg
2,1-4a	Judá unge rey a David	Hebrón
2,4b-7	Gratitud a los que enterraron a Saúl	Jabes
2,8-11	Abner hace rey a Isboset	Mahanaim
2,12-32	Doce contra doce; muere Asael	Gabaón
3,1	Larga guerra; David se fortalece	Judá e Israel
3,2-5	Seis hijos de seis mujeres	Hebrón
3,6-21	Abner cambia de bando; vuelve Micol	Mahanaim, Hebrón
3,22-39	Joab mata a Abner; duelo de David	Hebrón
4	Asesinato de Isboset	Mahanaim, Hebrón
5,1-5	Todo Israel unge a David	Hebrón

Hebrón era la ciudad de los patriarcas (Gn 23; 35,27). Los «dos años» de Isboset (2,10) no cuadran fácilmente con los siete años y medio de David en Hebrón (2,11; 5,5).

PAUSA

1. David preguntó al Señor antes de dar un paso decisivo. ¿Cómo buscas tú la voluntad de Dios antes de tus decisiones importantes?
2. Los de Jabes fueron leales a Saúl cuando ya no podía darles nada. ¿Con quién estás llamado a una fidelidad que no espera recompensa?
3. «¿Para siempre ha de devorar la espada?». ¿Qué conflicto de tu vida debería terminar ya, y qué te toca hacer para detenerlo?

Para orar. *Señor, que no dé un paso sin preguntarte, y que sepa detener la espada antes de que la contienda devore a mis hermanos.*

3

Abner se pasa a David y muere en Hebrón

La guerra se alarga, pero la balanza ya se inclina hacia David (v. 1). El capítulo tiene cuatro momentos: la lista de los seis hijos que le nacen en Hebrón (vv. 2-5); la ruptura de Abner con Isboset por una concubina de Saúl y sus tratos con David, que exige que le devuelvan a Micol (vv. 6-21); el asesinato de Abner a manos de Joab en la puerta de Hebrón (vv. 22-30), y el duelo público de David, que llora a su enemigo y maldice al asesino (vv. 31-39). El narrador repite una y otra vez que el rey no tuvo parte en aquella muerte.

Los hijos de David en Hebrón

1 Duró, pues, largo tiempo la lucha entre la casa de Saúl y
la casa de David. Pero David iba siempre adelantando, y
haciéndose más fuerte, mientras que la casa de Saúl iba
decayendo cada día. 2 Tuvo David varios hijos en
Hebrón [1]: el primero fue Amnón, que le dio Aquinoam de
Jezrael; 3 el segundo Queleab, nacido de Abigaíl, viuda de
Nabal del Carmelo; el tercero fue Absalón, hijo de Maaca,
la hija de Tolmai, rey de Gesur [2]: 4 el cuarto Adonías, hijo
de Hagit, y el quinto Safatía, hijo de Abital. 5 El sexto, fi-
nalmente, Jetraam, hijo de Egla, mujer también de David.
Estos hijos le nacieron a David en Hebrón.

Abner rompe con Isboset

6 Continuando, pues, la guerra entre la casa de Saúl y la de
David, gobernaba Abner, hijo de Ner, la casa de Saúl.
7 Había tenido Saúl una mujer secundaria llamada Resfa,
hija de Aya [3]; sobre la cual dijo Isboset a Abner: 8 ¿Cómo
te has acercado a la mujer secundaria, viuda de mi padre?
Mas él, sumamente indignado por esas palabras de Isbo-
set, respondió: ¿Acaso valgo yo tan poco como un vil pe-
rro contra la tribu de Judá [4]; yo que he sostenido la casa
de Saúl, tu padre, y a sus hermanos y allegados, y no he
querido entregarte en manos de David? Y en pago de esto,
¿vas buscando ahora cómo hacerme cargos por razón de
una mujer? 9 Que Dios trate con todo su rigor a Abner, si
no procurare a favor de David lo que tiene el Señor prome-
tido con juramento [5], 10 esto es, el trasladar el reino de la
casa de Saúl a la suya, y alzar el trono de David sobre Israel
y sobre Judá, desde Dan hasta Bersabee. 11 No se atrevió Is-
boset a replicarle, porque le temía.

12 Pero Abner envió mensajeros que de su parte dijesen a
David: ¿A quién pertenece todo este país sino a ti? [6], y
además le añadiesen: Haz conmigo las amistades, que yo
te ofrezco todas mis fuerzas, y reducir a tu obediencia
todo Israel. 13 Le respondió David: Bien está, yo haré conti-
go las amistades; pero una cosa exijo de ti, y te prevengo; y
es, que no verás mi cara sin que primero me hayas traído a

Micol, hija de Saúl [7]; bajo esta condición podrás venir, y verme. [14] En seguida envió David embajadores a Isboset, hijo de Saúl, diciendo: Restitúyeme mi mujer Micol, la cual se me dio por esposa, por haber muerto yo cien filisteos [8]. [15] Inmediatamente envió Isboset a buscarla, quitándosela a su segundo marido Falti o Faltiel, hijo de Lais [9]; [16] el cual la fue siguiendo y llorando hasta Bahurim [10], donde le dijo Abner: Anda y vuélvete. Y se volvió.

[17] Comenzó después Abner a tratar con los ancianos de Israel, y les dijo: Hace ya tiempo que vosotros deseabais tener a David por rey. [18] Reconocedle, pues, ahora por tal, ya que el Señor ha hablado y ha dicho de David: Por mano de mi siervo David salvaré a mi pueblo [11] de Israel del poder de los filisteos y de todos sus enemigos. [19] Del mismo modo habló Abner a los de Benjamín. Y se fue a Hebrón para comunicar a David lo acordado con los de Israel y con todos los de Benjamín. [20] Llegó, pues, allí acompañado de veinte personas. Y David dio un banquete a Abner y a los que le acompañaban. [21] Dijo después Abner a David: Voy a marchar para reunir a ti, mi rey y señor, todo Israel, y concertar contigo, a fin de que seas reconocido y reines sobre todos como deseas. Luego que David hubo despedido a Abner y se había marchado éste contento [12],

Joab mata a Abner

22 llegó Joab con las tropas de David; las cuales habiendo
muerto a una partida de ladrones [13], venían con un botín
grandísimo. No estaba ya Abner en Hebrón con David;
pues cuando llegó Joab con toda la tropa, ya David había
despedido a Abner, y se había ido éste contento. 23 Mas no
faltó quien diese la nueva a Joab, diciéndole: Vino Abner,
hijo de Ner, a hablar al rey, y éste ha salido a despedirle, y
Abner se ha vuelto contento. 24 Oído que hubo esto Joab,
entró al rey diciendo: Señor, ¿qué es lo que has hecho? Sé
que Abner acaba de venir a ti: ¿por qué lo has dejado ir, y
que se marche libremente? 25 ¿No conoces quién es Abner,
hijo de Ner, y que no ha venido a ti sino para engañarte, y
espiar el estado de tus cosas, y enterarse de todo cuanto es-
tás haciendo?

26 Y luego que Joab salió de donde David, despachó correos
tras de Abner, y lo hizo volver, sin saber nada David, desde
la cisterna de Sira [14]. 27 Vuelto Abner a Hebrón, lo llamó
Joab aparte, llevándolo al medio de la puerta, o juzgado de
la ciudad, con pretexto de hablarle, urdida ya la traición; y
allí le hirió en una ingle, y lo mató para vengar la sangre
de Asael [15], su hermano.

28 Al oír David lo que había sucedido, dijo: Sea Dios mi tes-
tigo para siempre de que yo y todo mi reino somos inocen-
tes de la muerte de Abner [16], hijo de Ner. 29 Caiga su san-

gre sobre la cabeza de Joab y sobre toda la casa de su padre; no falte jamás de la casa de Joab un flujo vergonzoso que los vuelva estériles, como ni tampoco leprosos, y hombres que lleven rueca en vez de espada [17], y haya siempre quienes mueran a cuchillo, y gentes que vayan mendigando el pan. 30 Joab, pues, y Abisai, su hermano, mataron a Abner por haberles éste muerto a su hermano Asael en la batalla de Gabaón.

El duelo de David

31 David dijo a Joab y a todo el pueblo que estaba con él: Rasgad vuestros vestidos, y vestíos de sacos, y haced duelo en los funerales de Abner. El mismo rey David iba siguiendo el féretro [18]. 32 Sepultado que fue Abner en Hebrón, levantó el grito el rey David, y lloró sobre el sepulcro de Abner, acompañándole asimismo en el llanto todo el pueblo. 33 Y el rey plañendo y deshaciéndose en lágrimas por Abner, dijo: No has muerto, oh Abner, como mueren los cobardes [19]. 34 Jamás tus manos se vieron atadas, ni cargados de grillos tus pies, sino que tú caíste, como suelen los buenos a manos de los malvados. Y todo el pueblo, repitiendo lo mismo, siguió llorando por él.

35 Se levantó, pues, David y toda la gente para ir a comer, siendo aún día claro, juró David diciendo: No me haga Dios bien, y hágame sí mucho mal, si antes de ponerse el sol probare yo pan, ni cosa ninguna. 36 Lo que oyó todo el

pueblo, quedando muy prendado de lo que había hecho el rey a vista de toda la muchedumbre. 37 Con lo cual conoció todo Israel aquel día que el rey no había tenido parte alguna en el asesinato de Abner [20], hijo de Ner. 38 Dijo también el rey a sus criados: ¿Acaso ignoráis que hoy ha perdido Israel un príncipe, y un príncipe grande? 39 Yo me hallo todavía sin fuerzas, aunque ungido rey [21], y esos hijos de Sarvia son demasiado violentos para mí. Dé el Señor la pena al malhechor, conforme a su maldad.

¿Sabías que?

La tradición judía se compadeció de Paltiel, el marido que siguió llorando a Micol hasta Bahurim. El Talmud (Sanedrín 19b-20a) explica su doble nombre: Paltí se llamó también Paltiel, «Dios lo libró», porque Dios lo libró del pecado; sabiendo que Micol seguía siendo mujer de David, habría clavado una espada en el lecho entre los dos para no tocarla. Su llanto, dice el Talmud, era por el mérito que perdía, y rabí Yojanán lo puso por encima de José y de Booz en el dominio de sí mismo. Es una leyenda piadosa, pero muestra que los lectores antiguos no quisieron dejar sin honra al único que llora en esta escena.

Los hijos de David

Hijo	Madre	Qué fue de él
Amnón	Aquinoam de Jezrael	Primogénito; viola a Tamar; muerto por orden de Absalón (13,28-29)
Queleab	Abigaíl, viuda de Nabal	«Daniel» en 1 Cr 3,1; no vuelve a aparecer
Absalón	Maaca, hija del rey de Gesur	Se rebela contra su padre; muerto por Joab (15 – 18)
Adonías	Hagit	Pretende el trono; Salomón lo hace matar (1 Re 1 – 2)
Safatía	Abital	Solo se conoce su nombre
Jetraam	Egla	Solo se conoce su nombre
Hijo sin nombre	Betsabé	Muere a los siete días (12,15-18)
Samua, Sabab, Natán	Betsabé (1 Cr 3,5)	Natán, antepasado de Jesús según Lc 3,31
Salomón	Betsabé	«Amado del Señor»; rey y constructor del templo (12,24-25; Mt 1,6)
Siete más	Otras mujeres	Jebahar, Elisua, Nefeg, Jafia, Elisama, Elioda, Elifalet (5,15-16); Crónicas añade dos
Tamar	Maaca	Violada por Amnón; se consume de tristeza en casa de Absalón (13,20)
Hijos de concubinas	Mujeres secundarias	Mencionados sin nombre (5,13; 1 Cr 3,9)

Seis hijos nacieron en Hebrón (3,2-5) y los demás en Jerusalén (5,14-16; 1 Cr 3,5-9; 14,4-7). «No se apartará jamás de tu casa la espada» (12,10): tres de estos hijos mueren de muerte violenta, Amnón, Absalón y Adonías.

PARA PROFUNDIZAR

Los hijos de Sarvia: la violencia en torno al trono

Entre la muerte de Saúl y la unción de David sobre todo Israel hay una guerra civil (2,8 – 4,12). Su hilo es una cadena de muertes: Abner mata a Asael (2,23), Joab mata a Abner (3,27), Recab y Baana matan a Isboset (4,6-7). Cada muerte quita un obstáculo a David, que no levanta la mano contra nadie. El mismo patrón recorre todo el libro y llega hasta el siguiente: Amnón, Absalón y Amasa caen a manos de otros, y Salomón, al empezar su reinado, elimina a Adonías, a Joab y a Semei (1 Re 2; ver el cuadro del capítulo 4). Cada vez el narrador muestra a David inocente y dolido: llora, ayuna, maldice al culpable o lo hace ejecutar, y repite que «el rey no había tenido parte alguna» (3,37).

El motor de esta violencia es una institución antigua, la venganza de la sangre. Donde no había tribunales del Estado, la vida de un hombre la defendía su clan: el pariente más cercano de la víctima, el goel ha-dam, debía dar muerte al homicida (ver nota a 3,27). La Ley de Moisés no la suprimió, pero la limitó: distinguió el asesinato del homicidio involuntario y abrió ciudades de refugio para quien había matado sin querer (Nm 35; Dt 19). La Pontificia Comisión Bíblica lo resume así: en lugar de la venganza arbitraria, la Ley fija «la medida de una justa reacción al acto malo» (*Inspiración y verdad de la Sagrada Escritura*, 2014, n. 126). Joab se salta esos límites: Asael había caído en batalla, después de dos avisos (2,21-22), y Abner muere a traición en la puerta de Hebrón, que era ciudad de refugio (Jos 20,7). La venganza sirve

de máscara a una eliminación política, y quizá a los celos de un rival (ver nota a 3,26).

Joab es el personaje más ambiguo del libro. Valiente, eficaz y leal a David hasta el final, lo sirve a su manera, con la daga: matará a Abner, a Absalón contra la orden expresa del rey (18,5.14) y a Amasa (20,10), y será él quien ejecute la orden de David de dejar morir a Urías (11,14-17). David lo sabe y lo dice: «esos hijos de Sarvia son demasiado violentos para mí» (3,39; ver nota a 2,13). Lo maldice y lo humilla, pero lo mantiene al frente del ejército, y solo en su lecho de muerte encarga a Salomón que haga justicia (1 Re 2,5-6). El lector de hoy ve en ello la debilidad de un rey que se beneficia de crímenes que deplora.

Muchos estudiosos leen estos capítulos como una «apología de David», escrita contra quienes lo acusaban de usurpador y de asesino, como Semei (16,7-8). P. Kyle McCarter desarrolló esta lectura en un artículo de 1980, «The Apology of David», comparando estas páginas con la *Apología de Hattusili III*, un texto en el que un rey hitita del siglo XIII a. C. explica cómo llegó al trono, arrebatándoselo a su sobrino, sin culpa propia y bajo la protección de la diosa Ishtar. Otros, como Baruch Halpern (2001), sospechan que David estuvo detrás de esas muertes, pero eso ya no se apoya en el texto. Y una mera propaganda no habría conservado lo que este libro cuenta después sin piedad: que David hizo matar a Urías para encubrir su adulterio (cap. 11).

La fe lee estas páginas sin escandalizarse y sin justificarlas. La Escritura no esconde el precio del poder: «Poniendo ante los hombres las terribles consecuencias de las perversiones del corazón

[...], la Palabra de Dios tiene función profética; y así invita a reconocer el mal para evitarlo y combatirlo» (PCB 2014, n. 126). El Antiguo Testamento contiene «elementos imperfectos y pasajeros» al servicio de la pedagogía de Dios (Catecismo, n. 122): Dios cumple su promesa a David a través de una historia manchada de sangre, sin aprobar la sangre.

La clave cristiana está en el Hijo de David. Cuando Pedro saca la espada para defenderlo, Jesús le manda envainarla: «todos los que empuñan espada, a espada perecerán» (Mt 26,52). Ante Pilato declara que su reino no es de este mundo, y que por eso los suyos no combaten (Jn 18,36). No elimina a sus rivales: muere por ellos y perdona a los que lo crucifican (Lc 23,34). En el mismo libro hay páginas que anuncian ese camino: David acoge a Mifiboset, el nieto de Saúl (cap. 9), y se niega a que los hijos de Sarvia maten a Semei, que lo maldice (16,10-12; 19,22-23).

PAUSA

1. David lloró a Abner, pero no se atrevió a castigar a Joab. ¿Hay alguna injusticia cercana ante la que te quedas en las lágrimas, sin hacer lo que te toca?
2. Micol fue negociada como una pieza política, y Paltiel lloró sin que nadie lo escuchara. ¿A quién dejas de ver cuando persigues tus objetivos?
3. Joab confundió la lealtad con el derecho a hacerse justicia por su mano. ¿Dónde se mezclan en ti el celo y el rencor?

Para orar. *Señor, líbrame de la sangre y del rencor, y dame la fuerza que le faltó a David para no tolerar el mal que me favorece.*

4

El *asesinato de Isboset*

Muerto Abner, la casa de Saúl se derrumba. El capítulo es breve y sombrío: Isboset pierde el ánimo (v. 1); dos de sus capitanes, Recab y Baana, lo asesinan mientras duerme la siesta y llevan su cabeza a David (vv. 2-8), y David, como hizo con el amalecita, los hace ejecutar (vv. 9-12). En medio, un paréntesis presenta a Mifiboset*, el hijo cojo de Jonatás, el heredero de la línea del primogénito de Saúl (v. 4); su historia seguirá en el capítulo 9. Ya no hay nadie entre David y el trono de todo Israel.*

Recab y Baana matan a Isboset

1 Cuando Isboset, hijo de Saúl, oyó que Abner había perecido en Hebrón, desmayó su corazón [1] y todo Israel quedó
consternado. 2 Tenía este hijo de Saúl dos caudillos de tropas ligeras o guerrillas [2], de los cuales uno se llamaba Baana, y el otro Recab, hijos de Remmón de Berot de la tribu de Benjamín; pues Berot era contada entre las ciudades de Benjamín [3]; 3 aunque los berotitas se habían refugiado en Getaín, y morado allí como forasteros hasta entonces.

4 Quedábale a Jonatás, hijo de Saúl, un hijo tullido de los pies, porque siendo de cinco años, cuando llegó de Jezrael la funesta noticia de Saúl y de Jonatás, lo tomó su ama de

leche en brazos y echó a huir, y con la precipitación de la fuga cayó, y el niño quedó cojo. Se llamaba Mifiboset [4].

5 Marcharon, pues, los hijos de Remmón berotita, Recab y Baana, y entraron en la mayor fuerza del sol en casa de Isboset [5], el cual estaba sobre su cama durmiendo la siesta. La portera de la casa, limpiando trigo, se había quedado dormida [6]. 6 Con esto Recab y Baana, su hermano, entraron sin ser vistos en la casa, tomando en la mano unas espigas de trigo [7] e hirieron a Isboset en la ingle, y se escaparon. 7 Pues al entrar ellos dormía Isboset sobre su lecho en la cámara, donde lo mataron, y cortándole la cabeza, anduvieron toda la noche por camino desierto [8], 8 y la presentaron a David en Hebrón diciéndole: He aquí la cabeza de Isboset, hijo de Saúl, tu enemigo, que atentaba a tu vida. Dios ha vengado hoy al rey, mi señor [9], de Saúl y de su linaje.

La sentencia de David

9 Pero David respondió a Recab y a Baana, su hermano, hijos de Remmón berotita, diciéndoles: Vive el Señor que ha librado mi alma de todos los apuros [10], 10 que si al que me trajo la nueva diciéndome: Saúl es muerto, y pensaba darme una buena noticia, lo hice prender y matar en Siceleg, cuando parecía que se le debían dar albricias por la noticia [11], 11 ¿cuánto más, oh hombres malvados, que habéis asesinado a un inocente dentro de su misma casa, so-

bre su cama [12], he de vengar yo ahora su sangre en vosotros que la habéis derramado con vuestras manos, y extirparos de la tierra? [12] Dio, pues, David la orden a su gente, y los mataron; y cortándoles las manos y los pies, los colgaron junto al estanque de Hebrón [13]; pero la cabeza de Isboset la pusieron en el sepulcro de Abner en Hebrón [14].

¿Sabías que?

En Hebrón se visita todavía, a pocos pasos del recinto de la cueva de Macpelá, un lugar llamado la tumba de Abner. Los viajeros judíos lo mencionan desde la Edad Media: en el siglo XII, un tal Jacob, hijo de Natanael ha-Kohen, contó que había visto en Hebrón los sepulcros de los patriarcas «y el sepulcro de Abner, hijo de Ner»; en el siglo XIV, Estori ha-Parchi lo situaba a un tiro de arco al oeste de la cueva, y el rabino italiano Moisés Basola, que pasó por allí en 1522, anotó que estaba en medio de Hebrón y que los musulmanes habían edificado encima una mezquita. Si la tradición guarda algún recuerdo antiguo, allí estaría también la cabeza de Isboset (v. 12).

Las muertes que abrieron a David el camino del trono

Quién	Cómo murió	Qué hizo David
Saúl, Jonatás	En Gelboé (1 Sam 31)	Los llora (1,17-27)
El amalecita	Dice haber rematado a Saúl	Lo hace ejecutar (1,15)
Asael	Abner, en la batalla (2,23)	Joab lo vengará
Abner	Joab, en la puerta de Hebrón (3,27)	Lo llora y maldice a Joab
Isboset	Recab y Baana, en su cama (4,7)	Los hace ejecutar (4,12)
Urías	En la batalla, por orden de David (11,15)	Natán lo acusa (12,9)
Amnón	Los criados de Absalón (13,29)	Lo llora (13,36)
Absalón	Joab, colgado de una encina (18,14)	«¡Hijo mío Absalón!» (18,33)
Amasa	Joab, al saludarlo (20,10)	Calla (cf. 1 Re 2,5)
Seba	Los de Abela (20,22)	Fin de la revuelta
Siete de Saúl	Entregados a los gabaonitas (21,9)	Los entrega; luego los entierra (21,14)
Tres más	Adonías, Joab y Semei, por orden de Salomón (1 Re 2)	Había pedido castigo para Joab y Semei

En las muertes que lo favorecen, el narrador insiste en la inocencia de David. En la única que él provoca, la de Urías, lo declara culpable: «esto que hizo David fue sumamente desagradable a los ojos del Señor» (11,27).

PAUSA

1. Recab y Baana creyeron hacer un favor a David y a Dios. ¿Has justificado alguna vez con razones «buenas» algo que sabías injusto?
2. Mifiboset quedó cojo por una caída en medio de la huida. ¿Qué heridas de tu historia necesitan todavía la mesa y la misericordia de alguien?
3. David confesó: «el Señor ha librado mi alma de todos los apuros». ¿De qué apuros te ha librado Dios sin que tuvieras que pisar a nadie?

Para orar. *Señor, tú que me libras de todas mis angustias, guárdame de buscar atajos que pasen por encima de los demás.*

5

Rey de todo Israel; Jerusalén, ciudad de David

Al cabo de siete años y medio de reinar sobre Judá en Hebrón, David recibe a todas las tribus de Israel y es ungido rey por tercera vez. El capítulo tiene cuatro partes: la alianza con los ancianos y la cronología del reinado (vv. 1-5), la conquista de la fortaleza jebusea de Sion, que pasa a llamarse Ciudad de David (vv. 6-12), los hijos nacidos en Jerusalén (vv. 13-16) y dos victorias sobre los filisteos (vv. 17-25). El narrador ordena los hechos más por temas que por fechas, y repite la clave de toda la historia: «el Señor Dios de los ejércitos estaba con él» (v. 10).

Rey de todo Israel

[1]Después de esto se presentaron todas las tribus de Israel a
David en Hebrón, diciendo: Aquí nos tienes; hueso tuyo y
carne tuya somos [1]. [2]A más de que tiempo atrás, cuando
Saúl era nuestro rey, tú eras el que capitaneaba a Israel [2];
y a ti te ha dicho el Señor: Tú apacentarás a mi pueblo de
Israel [3] y tú serás su caudillo. [3]Vinieron también los an-
cianos de Israel a tratar con el rey en Hebrón, y capituló
allí con ellos el rey David delante del Señor [4]; después de
lo cual lo ungieron por rey de todo Israel.

4 Treinta años tenía David cuando comenzó a reinar [5], y
reinó cuarenta. 5 En Hebrón reinó sobre Judá siete años y
seis meses, y en Jerusalén reinó treinta y tres años sobre
todo Israel y Judá.

La conquista de Sion

6 Porque a pocos días el rey con toda la gente que tenía
consigo se dirigió a Jerusalén contra los jebuseos, morado-
res de aquel territorio, y le dijeron a David los sitiados: No
entrarás acá dentro de esta plaza si no echas primero de
ella a los ciegos y cojos [6], los cuales están diciendo: No en-
trará David acá. 7 Sin embargo, David se apoderó del alcá-
zar de Sión, que se llama hoy Ciudad de David [7]. 8 Para lo
cual había ofrecido aquel día del asalto un premio al que
batiese a los jebuseos [8], y ganando lo alto de los muros [9],
arrojase de allí a los ciegos y a los cojos enemigos encona-
dos de David; de donde se dice por refrán: Ni ciego ni cojo
entrarán en el templo [10]. 9 Habitó, pues, David en el alcá-
zar, y lo llamó Ciudad de David; e hizo construir varios
edificios alrededor, e interiormente, comenzando desde
Mello [11]. 10 De esta suerte se iba fortificando y engrande-
ciendo más y más, y el Señor Dios de los ejércitos estaba
con él [12].

11 Además Hiram, rey de Tiro [13], envió embajadores a Da-
vid y le remitió maderas de cedro, y carpinteros y canteros
para levantar edificios; y fabricaron la casa de David. 12 Y

David en todo esto reconoció que el Señor le había confirmado en el reino [14] sobre Israel, y elevado para siempre al gobierno de su pueblo de Israel.

Los hijos nacidos en Jerusalén

[13] Tomó también David en Jerusalén, después que vino de Hebrón, otras mujeres de segundo y de primer orden [15], de quienes tuvo otros hijos e hijas. [14] He aquí los nombres de los hijos que tuvo en Jerusalén: Samua, Sabab, Natán y Salomón [16], [15] Jebahar, Elisua, Nefeg, [16] Jafia, Elisama, Elioda [17] y Elifalet.

Dos victorias sobre los filisteos

[17] Luego que oyeron los filisteos que David había sido ungido rey sobre Israel, se pusieron todos en movimiento para ir contra David: lo que sabiendo éste, se atrincheró en una posición muy fuerte [18]. [18] Entretanto los filisteos habiendo avanzado se extendieron por el valle de Rafaím [19]. [19] Y David consultó al Señor, diciendo: ¿Será bien que yo acometa a los filisteos? ¿Los entregarás en mis manos? Ve, respondió el Señor, que en tus manos los pondré infaliblemente. [20] Bajó, pues, David a Baal Farasim [20], y allí los derrotó. Por lo que dijo: El Señor ha dispersado delante de mí a mis enemigos, como agua que se derrama. Por eso se llamó aquel sitio Baal Farasim. [21] Y los filisteos dejaron allí sus ídolos [21], los cuales recogieron David y su gente.

22 Todavía los filisteos volvieron a salir a campaña, y se dispersaron por el valle de Rafaím. 23 Consultó David al Señor, diciendo: ¿Acometeré a los filisteos, y los entregarás tú en mis manos? Le respondió el Señor: No los acometas de frente, sino da la vuelta por sus espaldas, y embístelos por enfrente de los perales. 24 Y cuando sintieres el ruido de uno que anda por entre las copas de los perales [22], entonces darás el combate; porque entonces saldrá el Señor a tu frente para atacar el campamento de los filisteos. 25 Lo hizo así David, como el Señor se lo había mandado, y fue batiendo a los filisteos desde Gabaa hasta la entrada de Gezer [23].

¿Sabías que?

En el monte que hoy se llama Sion, la colina occidental de Jerusalén, los peregrinos visitan un edificio de dos plantas: arriba está la sala gótica del Cenáculo; abajo, una sala con un gran cenotafio venerado como «tumba del rey David». La Biblia, sin embargo, dice que David fue sepultado en la ciudad de David (1 Re 2,10), es decir, en la colina del sureste. La identificación con el monte occidental es una tradición medieval: hacia 1170, el viajero judío Benjamín de Tudela contó que unos obreros habían encontrado allí la cueva del rey, con su corona y su cetro. El cenotafio es de la época de los cruzados, y la verdadera tumba de David nunca se ha encontrado.

Jerusalén, de Jebús a la ciudad de David

Época	Qué se sabe	Fuente
Tradición	Salem, la ciudad del rey Melquisedec	Gn 14,18; Sal 76,3
Hacia 1800 a. C.	Los egipcios maldicen a «Rushalimum» entre sus enemigos	Textos de execración
Siglo XIV a. C.	Abdi-Heba, rey de Urusalim, escribe al faraón	Cartas de El Amarna
Jueces	Jebús, en manos de los jebuseos	Jos 15,8.63; Jue 1,21; 19,10-12
Hacia 1000 a. C.	David toma «el alcázar de Sión»	2 Sam 5,6-9
David	El Mello y un palacio de cedro	2 Sam 5,9.11
David	El arca sube a la ciudad de David	2 Sam 6
David	Compra la era de Areúna, lugar del futuro templo	2 Sam 24,18-25; 2 Cr 3,1
Salomón	Templo y palacio en el monte, al norte	1 Re 6 – 8
Hacia 700 a. C.	Ezequías abre el túnel de Siloé	2 Re 20,20
587 a. C.	Nabucodonosor incendia el templo y la ciudad	2 Re 25,8-10
Arqueología	Pozo de Warren (1867); estructura escalonada; «gran estructura de piedra» (2005, discutida)	Ciudad de David

El nombre de Sion pasó de la pequeña colina del sureste al monte del templo, a toda la ciudad y al pueblo de Dios. El «monte Sion» que hoy visitan los peregrinos, con el Cenáculo, está en la colina occidental: es una identificación posterior.

PARA PROFUNDIZAR

Jerusalén, ciudad de David

Después de siete años y medio en Hebrón, David necesitaba una capital para un reino recién unido. Hebrón era la ciudad de Judá, y escoger una ciudad del norte habría ofendido a los suyos. Jerusalén tenía una ventaja: no era de nadie. Era un enclave jebuseo que ni Judá ni Benjamín habían logrado conquistar (Jos 15,63; Jue 1,21), en la frontera entre las dos tribus. David la toma con sus propios soldados (5,6), y por eso pasa a ser suya: la «Ciudad de David».

El asalto es uno de los pasajes más oscuros del libro (5,6-8): David promete un premio a quien llegue al *tsinnor*, quizá un conducto de agua. En 1867, el ingeniero británico Charles Warren descubrió junto al Guijón un pozo vertical que comunicaba con un túnel excavado desde la ciudad, y durante un siglo se pensó que por allí habían subido Joab y sus hombres. Las excavaciones de Ronny Reich y Eli Shukron, desde 1995, cambiaron el cuadro: según ellos, el pozo es una grieta natural que quedó al descubierto cuando se rebajó el suelo del túnel, siglos después de David. Sacaron a la luz, en cambio, grandes torres de piedra que protegían el manantial y que fecharon hacia el 1800 a. C.; unos análisis de radiocarbono publicados en 2017 apuntan a una fecha mucho más tardía, hacia finales del siglo IX a. C., y la cuestión sigue discutida. Lo cierto es que el texto no explica cómo cayó la fortaleza jebusea.

¿Qué queda de la Jerusalén de David? Muy poco, porque la ciudad del siglo X a. C. era pequeña y lo que se construyó encima la

ha borrado casi por completo. En la ladera oriental se conserva la «estructura escalonada», un enorme muro de contención que algunos identifican con el Mello (5,9). Desde 2005, Eilat Mazar excavó en lo alto de la colina una «gran estructura de piedra» que interpretó como el palacio construido por los artesanos de Hiram (5,11); otros arqueólogos, como Israel Finkelstein, fechan esos muros más tarde y niegan que formen un solo edificio. Unos ven en el siglo X un reino de cierta importancia; otros, un pequeño señorío de montaña que la memoria engrandeció. La estela de Tel Dan (ver el recuadro del capítulo 8) muestra que, siglo y medio después, los reyes de Judá eran conocidos como la «casa de David», pero no dice cuán grande fue su reino. La Pontificia Comisión Bíblica recuerda que los libros históricos no son «una historiografía en el sentido moderno» (*Inspiración y verdad de la Sagrada Escritura*, 2014, n. 70): su verdad no depende de que aparezca un palacio.

Lo que el narrador quiere contar es otra cosa: cómo una fortaleza conquistada se convirtió en el lugar de Dios. David sube allí el arca, compra la era donde se levantará el templo (24,18-25), y Salomón lo construye (1 Re 6 – 8). El Deuteronomio hablaba de «el lugar que el Señor escogerá» sin nombrarlo (ver el cuadro del capítulo 12 del Deuteronomio); ahora tiene nombre. Los salmos cantan a Sion como el monte donde Dios ha puesto a su rey (Sal 2,6), la ciudad que él defiende (Sal 48), la madre en la que todos los pueblos están inscritos (Sal 87), la meta de la peregrinación gozosa (Sal 122) y la morada que el Señor eligió para siempre (Sal 132,13-14), e Isaías ve a las naciones subir a ella para aprender sus caminos (Is 2,2-4). Así el nombre de Sion pasó de una pequeña

colina al monte del templo, a la ciudad entera y al pueblo de Dios.

El Nuevo Testamento hereda esta historia y la transforma. Jesús sube a Jerusalén, la ciudad de su padre David, llora sobre ella porque no conoció el tiempo en que Dios la visitaba (Lc 19,41-44) y muere fuera de sus murallas (Heb 13,12). San Pablo habla de «la Jerusalén de arriba», que es libre y es nuestra madre (Gál 4,26); la carta a los Hebreos dice a los cristianos que se han acercado «al monte Sion, ciudad del Dios vivo, la Jerusalén celestial» (Heb 12,22), y el Apocalipsis termina con la ciudad santa que baja del cielo «como una novia» (Ap 21,2). San Agustín tomó de un salmo de Sion el título de su gran obra: «Cosas gloriosas se dicen de ti, ciudad de Dios» (Sal 87,3; *La ciudad de Dios* XI,1).

David escogió una ciudad que no pertenecía a ninguna tribu, y Dios hizo de ella la ciudad de todos. Su nombre, en el que muchos han oído el eco de *shalom*, «paz», es todavía una tarea pendiente: «Pedid la paz para Jerusalén» (Sal 122,6).

PAUSA

1. Las tribus fueron a David cuando reconocieron que era «hueso y carne» suya. ¿Con quién te cuesta hoy reconocer ese parentesco?
2. David esperó el ruido de pasos en las copas de los árboles antes de atacar. ¿Sabes esperar la señal de Dios antes de actuar?
3. Jerusalén no era de nadie y llegó a ser la ciudad de Dios. ¿Qué rincón de tu vida necesita que Dios lo haga suyo?

Para orar. *Señor, pastor de tu pueblo, sé tú el rey de mi corazón y la fortaleza donde me refugio.*

6

El arca sube a la ciudad de David

David quiere que el arca de Dios, olvidada durante años en Cariatiarim, esté en el centro del reino. El capítulo tiene tres momentos: el primer intento, que termina con la muerte de Oza y deja el arca tres meses en casa de Obededom (vv. 1-11); la gran procesión, en la que el rey danza «con todas sus fuerzas» delante del Señor (vv. 12-19); y el choque con Micol, la hija de Saúl, que lo desprecia (vv. 20-23). El arca se muestra a la vez temible y fuente de bendición, y David aprende a acercarse a Dios con temor y con alegría.

El primer intento: la muerte de Oza

1 Reunió después David nuevamente todos los soldados
más escogidos de Israel en número de treinta mil; 2 y se
puso en marcha con toda la gente principal de la tribu de
Judá que con él estaba, para traerse de Cariatiarim [1] el
arca de Dios, en presencia de la cual es invocado el nombre
del Señor de los ejércitos, que está sentado encima de ella
sobre los querubines [2]. 3 Y pusieron el arca de Dios en un
carro nuevo [3] sacándola de casa de Abinadab, que habita-
ba en Gabaa; siendo Oza y Ahío, hijos de Abinadab, los que
iban guiando el carro nuevo. 4 Luego que sacaron el arca
de Dios de la casa de Abinadab, en cuya custodia estaba en

Gabaa, Ahío iba delante del arca. 5 David y todo Israel festejaban al Señor con toda suerte de instrumentos de madera [4], con cítaras, y liras, y tambores, y sistros, y címbalos.

6 Mas así que llegaron a la era de Nacón [5], extendió Oza la mano hacia el arca de Dios, y la sostuvo, porque los bueyes coceaban y la habían hecho inclinar. 7 Y el Señor indignado en gran manera contra Oza, lo castigó por su temeridad [6], y quedó allí muerto junto al arca de Dios. 8 Se entristeció David [7] por haber castigado Dios a Oza; y llamó aquel lugar Castigo de Oza, nombre que conserva hasta hoy.

9 Por lo que David concibió en aquel día un gran temor al Señor, y dijo: ¿Cómo ha de ir a mi casa el arca del Señor? [8] 10 Y así no quiso que se llevase el arca del Señor a su casa en la Ciudad de David, sino que la trasladó a casa del levita Obededom, geteo [9]. 11 Estuvo, pues, el arca en casa de Obededom de Get tres meses y bendijo el Señor a Obededom y toda su casa [10].

El arca entra en la ciudad de David

12 Dieron luego aviso al rey David de que el Señor había echado la bendición sobre Obededom y sobre todas sus cosas, por causa del arca de Dios. Fue, pues, David, y trasladó el arca de Dios de la casa de Obededom a la Ciudad de

David con gran regocijo; e iban junto a David siete coros de músicos y un becerro para el sacrificio [11]. [13] Y cada seis pasos [12] que andaban los que llevaban el arca del Señor, inmolaba un buey y un carnero. [14] Y ceñido David de un efod de lino [13], danzaba con todas sus fuerzas [14] delante del arca del Señor; [15] y de este modo acompañado de toda la casa de Israel, conducía el arca del Testamento del Señor con júbilo y al son de las trompetas o clarines [15].

[16] Mas al entrar el arca del Señor en la Ciudad de David, Micol, hija de Saúl, mirando desde una ventana [16], vio al rey David bailando y saltando delante del Señor; y lo despreció en su corazón [17]. [17] Introdujeron, pues, los levitas el arca del Señor [18], y la colocaron en su sitio, en medio del Tabernáculo que le había mandado levantar David, el cual ofreció holocaustos y víctimas pacíficas en acción de gracias delante del Señor. [18] Así que acabó de ofrecer los holocaustos y las víctimas pacíficas bendijo al pueblo, en el nombre del Señor Dios de los ejércitos. [19] Y distribuyó a toda la muchedumbre de israelitas que le habían acompañado, tanto a hombres como a mujeres, a cada persona una torta de pan, un pedazo de carne de buey asada, y flor de harina frita en aceite [19]. Con esto se retiró toda la gente, cada cual a su casa.

Micol

[20] David también entró en la suya para bendecirla; y Micol,
hija de Saúl, saliendo a recibirle, le dijo: ¡Qué bella figura
ha hecho hoy el rey de Israel, despojándose de sus insig-
nias delante de las criadas de sus siervos, y desnudándose
ni más ni menos de lo que haría si fuese un bufón! [21] Pero
David respondió a Micol: Delante del Señor, que me eligió
en lugar de tu padre [20] y de toda su descendencia, y que
me mandó ser el caudillo del pueblo del Señor en Israel,
[22] bailaré yo, y me abatiré todavía más de lo que he hecho,
y seré despreciable a los ojos míos; y a los de las criadas, de
que has hablado, pareceré más glorioso [21]. [23] Por lo que
Micol, hija de Saúl, no tuvo hijos todo el tiempo que
vivió [22].

¿Sabías que?

En 1921, el compositor suizo Arthur Honegger escribió en solo dos meses la música para *Le Roi David*, un drama de René Morax estrenado el 11 de junio de ese año en el Théâtre du Jorat de Mézières, en Suiza, con un coro de aficionados y un pequeño grupo de instrumentos. En 1923 lo convirtió en un «salmo sinfónico» con narrador, que hoy cantan coros de todo el mundo. La segunda parte culmina en «La danza ante el arca», y la obra termina con un ángel que anuncia la flor que brotará del tronco de David (Is 11,1).

El arca sube a Jerusalén: 2 Samuel 6 y 1 Crónicas 13 – 16

2 Samuel 6	1 Crónicas 13 – 16
Un carro nuevo, guiado por Oza y Ahío (6,3-4)	Lo mismo, tras consultar a los jefes del pueblo (13,1-7)
«Instrumentos de madera» (6,5)	«Con todas sus fuerzas y con cantos» (13,8)
Oza muere en la era de Nacón «por su temeridad» (6,6-7)	En la era de Quidón, por extender la mano hacia el arca (13,9-10)
No se explica por qué	Porque no la llevaban los levitas, como manda la Ley (15,2.13-15)
Tres meses en casa de Obededom, «geteo» (6,10-11)	Obededom es levita, portero y músico (15,18.24; 16,38)
«Los que llevaban el arca» (6,13)	Los levitas, con varales sobre los hombros (15,15)
Un buey y un carnero tras seis pasos (6,13)	Siete novillos y siete carneros (15,26)
David danza ceñido de un efod de lino (6,14)	Manto de lino fino y efod de lino (15,27)
Micol lo desprecia y lo reprende (6,16.20-23)	Solo la mirada desde la ventana (15,29)
Trompetas y júbilo (6,15)	Coros de levitas cantores y músicos (15,16-24)
Ningún canto	Un salmo de acción de gracias (16,8-36 = Sal 105; 96; 106)
La tienda de David en Sion (6,17)	Levitas ante el arca; la morada sigue en Gabaón (16,4-6.39)

El Cronista mira el traslado con los ojos de la liturgia del templo: levitas, coros y salmos. El «levita» de 6,10 y «los levitas» de 6,17 son de Torres Amat, que los toma de las Crónicas.

PARA PROFUNDIZAR

Danzar ante el Señor: el arca, Oza y Micol

El capítulo 6 describe la primera gran liturgia de Jerusalén: la procesión con el arca, la música, los gritos de aclamación y los toques de *shofar*, los sacrificios, la danza del rey, la entrada en la tienda preparada, la bendición en el nombre del Señor y una comida para todo el pueblo. Muchos estudiosos piensan que algunos salmos se cantaron en procesiones semejantes: el Sal 24, que manda a las puertas alzar sus dinteles para que entre «el Rey de la gloria», y el Sal 132, que pide: «Levántate, Señor, ven a tu reposo, tú y el arca de tu poder» (Sal 132,8). El Leccionario une precisamente este capítulo con el Sal 24 (martes de la 3.ª semana del tiempo ordinario, años pares).

Pero la fiesta había empezado con una muerte. Oza tocó el arca para que no cayera, y cayó él (6,6-7). El texto no explica más; las Crónicas lo atribuyen a que el arca no iba a hombros de los levitas, como mandaba la Ley (1 Cr 15,2.13-15; Nm 4,15), y Torres Amat sigue esa explicación. El relato es duro, y no hay que suavizarlo: Dios no es un objeto que se transporta ni un amuleto que se maneja (ver 1 Sam 4, y el ensayo del capítulo 10 del Levítico sobre Nadab y Abiú). David pasa de la indignación al miedo (6,8-9), y luego descubre que la misma presencia que hirió a Oza bendice la casa de Obededom (6,11-12). El temor de Dios no es terror, sino el respeto de quien sabe que está ante el Santo, «porque nuestro Dios es un fuego devorador» (Heb 12,29).

En el segundo traslado, David danza «con todas sus fuerzas» delante del Señor (6,14), ceñido con un efod de lino, sin sus vestidu-

ras reales: es una oración de todo el cuerpo. Los Padres no se escandalizaron. San Gregorio de Nisa veía en ella la alegría interior que se hace visible en el movimiento acompasado del cuerpo (*Homilías sobre el Eclesiastés* VI). San Gregorio Magno escribió: «Qué piensen otros de sus hechos, no lo sé; yo me admiro más de David cuando danza que cuando pelea. Peleando sometió a sus enemigos; danzando ante el Señor se venció a sí mismo» (*Moralia* XXVII, 77).

Micol lo mira desde la ventana y lo desprecia (6,16). Su reproche es el de la dignidad ofendida: un rey no hace el ridículo delante de las criadas (6,20). David responde que ha danzado «delante del Señor» y que está dispuesto a abatirse todavía más (6,21-22). El verbo que usa, «jugar», es el mismo con que la Sabiduría dice que jugaba ante Dios cuando él creaba el mundo (Prov 8,30-31), y Romano Guardini describió la liturgia como un juego santo ante Dios, sin utilidad y lleno de sentido (*El espíritu de la liturgia*, 1918). Para Micol, la grandeza consiste en no rebajarse; para David, en saberse pequeño ante Dios. Es la lógica del Magníficat (Lc 1,52) y la de Cristo, que «se anonadó a sí mismo» (Flp 2,7). El capítulo termina con la esterilidad de Micol (6,23), como si el desprecio no pudiera dar fruto.

¿Quiere decir esto que la danza debe entrar en la misa? La Iglesia ha sido prudente. Joseph Ratzinger, en su libro del mismo título, *El espíritu de la liturgia* (2000), sostuvo que la danza no es una forma de expresión propia de la liturgia cristiana y advirtió contra la tentación de hacer el culto más «atractivo» con espectáculos; el concilio Vaticano II admitió que la liturgia acoja con prudencia elementos de la cultura de los pueblos (*Sacrosanctum Conci-*

lium, 37-40). Más que una forma ritual, el capítulo enseña una actitud: en la liturgia participa también el cuerpo, que se arrodilla, se inclina, camina y canta, y quien adora no busca su propia imagen, sino a Dios.

La tradición leyó además esta escena en clave mariana. San Lucas cuenta la Visitación con ecos de este capítulo: María se pone en camino hacia Judá, Isabel se pregunta cómo puede venir a ella la madre de su Señor, Juan salta de gozo y María se queda allí unos tres meses (Lc 1,39-56; ver el ensayo del capítulo 26 del Éxodo). La oración del pueblo de Dios, dice el Catecismo, se desarrolló «a la sombra de la morada de Dios, el Arca de la Alianza» (n. 2578); para los cristianos, esa morada es Cristo, y María, el arca que lo llevó.

PAUSA

1. Oza tocó lo santo con buena intención, pero sin el respeto debido. ¿Tratas las cosas de Dios con confianza respetuosa o con descuido?
2. David danzó «con todas sus fuerzas» delante del Señor. ¿Qué lugar tienen la alegría y el cuerpo en tu oración?
3. Micol despreció lo que no entendía. ¿Juzgas con desprecio la manera de rezar de otros?

Para orar. *Señor, que en tu presencia no me importe parecer pequeño, con tal de alegrarme en ti.*

7

La profecía de Natán

Es uno de los textos clave de todo el Antiguo Testamento. David, ya en paz, quiere construir una casa para el arca; el profeta Natán le da su aprobación, pero esa misma noche el Señor le hace saber que será él quien construya una «casa» a David: una dinastía cuyo trono será firme para siempre. El capítulo tiene tres partes: el proyecto de David (vv. 1-3), el oráculo de Natán (vv. 4-17) y la oración de David (vv. 18-29). La palabra hebrea báyit, «casa», que significa a la vez palacio, templo y familia, aparece quince veces y es la clave de todo el capítulo.

David quiere construir una casa para Dios

1 Estando ya el rey David de asiento en su casa, y habiéndole concedido el Señor paz por todas partes [1] con todos sus
enemigos, 2 dijo al profeta Natán [2]: ¿No reparas que yo habito en una casa de cedro, mientras el arca de Dios está debajo de pieles [3]? 3 No te detengas, respondió el profeta Natán al rey: Haz lo que te dicta tu corazón, pues el Señor está contigo.

La profecía de Natán

4 Mas aquella misma noche he aquí que el Señor habló a
Natán, diciéndole: 5 Anda y dile a mi siervo David: Esto

dice el Señor: ¿Conque tú piensas edificarme casa para mi habitación? [4] [6] Pues yo no he habitado en ninguna casa, desde el día que saqué a los hijos de Israel de la tierra de Egipto hasta el presente, sino que he habitado en pabellones y tiendas [5]. [7] ¿Por ventura en todos los lugares por donde pasé con todos los hijos de Israel, he hablado nunca a alguna de las tribus [6], a quien hubiese yo encargado el gobierno de mi pueblo Israel, ni le he dicho jamás: ¿Por qué no me edificáis una casa de cedro?

[8] Ahora bien, tú dirás a mi siervo David: Esto dice el Señor de los ejércitos [7]: Yo te saqué de las dehesas donde apacentabas el ganado [8], a fin de que fueses el caudillo de mi pueblo de Israel. [9] Por todas partes donde has andado he estado contigo; he exterminado delante de ti a todos tus enemigos, y hecho tu nombre tan célebre como el de los grandes de la tierra [9]. [10] También colocaré en un lugar estable a mi pueblo de Israel, lo estableceré en él, y en él habitará, sin ser inquietado más; ni los hijos de iniquidad volverán a humillarle como lo hacían antes, [11] desde el tiempo en que constituí jueces sobre mi pueblo de Israel; y yo te daré la paz con todos tus enemigos. Además el Señor es el que te promete desde ahora que él mismo dará un firme estar a tu casa [10].

[12] Y cuando hayas terminado tus días e ido a descansar con tus padres, yo levantaré después de ti a un hijo tuyo, que

nacerá de ti [11], y consolidaré su reino. [13] Este edificará un templo en que será adorado mi Nombre [12], y yo afirmaré su regio trono para siempre. [14] Yo seré su padre, y él será mi hijo [13]; que si en algo obrare mal, yo lo corregiré paternalmente con vara de hombres, y con castigos de hijos de hombres [14]. [15] Mas no apartaré de él mi misericordia, como la aparté de Saúl [15], a quien arrojé de mi presencia. [16] Antes tu casa será estable y verás permanecer eternamente tu reino, y tu trono será firme para siempre [16]. [17] Conforme a todas estas palabras de Dios, y conforme a toda esta revelación, así habló Natán a David.

La oración de David

[18] Entonces David fue a presentarse delante del Señor en el Tabernáculo, y permaneciendo allí en oración [17], dijo: ¿Quién soy yo, Señor Dios mío, y cuál es mi casa [18] para haberme elevado hasta este punto? [19] Y pareciéndote aún, ¡oh Señor Dios!, que esto era poco a tus ojos, has querido asegurar a tu siervo la permanencia de su casa para los siglos venideros; que tal es la ley o el deseo de los hijos de Adán [19], ¡oh Señor Dios! [20] ¿Qué más podrá decir ahora David hablando contigo, puesto que tú, Señor Dios mío, conoces bien a tu siervo y su gratitud? [21] Por amor de tu palabra y según tu corazón [20] has hecho estas grandes maravillas, y aun las has manifestado a tu siervo.

22 En lo cual, ¡oh Señor Dios mío! has ostentado tu grandeza; que nadie hay semejante a ti, ni hay Dios fuera de ti, según todas las cosas que hemos oído con nuestros mismos oídos. 23 Y ¿qué nación hay sobre la tierra comparable a tu pueblo de Israel, al cual tú has ido a rescatar para hacer de él un pueblo tuyo, en el cual has engrandecido tu nombre con las maravillas obradas en favor suyo, y en cuya presencia has hecho tan espantosos prodigios para sacarle de la esclavitud de Egipto, y castigar a aquella tierra, su gente y su dios o rey [21]? 24 Pues tú escogiste a Israel para que fuese para siempre tu pueblo; y tú, ¡ah Señor Dios!, quisiste hacerte su Dios.

25 Ahora, pues, ¡oh Señor Dios!, mantén siempre viva la promesa [22] que has hecho a tu siervo para él y para su casa, y hazlo como has dicho; 26 para que tu nombre sea eternamente engrandecido, y se diga: El Señor de los ejércitos es el Dios de Israel. Sí, la casa de tu siervo David será estable delante del Señor; 27 porque tú, ¡oh Señor de los ejércitos, Dios de Israel!, revelaste y dijiste a tu siervo: Yo te fundaré una casa estable; de aquí es que tu siervo se ha animado para dirigirte esta plegaria. 28 Ahora, pues, Señor y Dios mío, tú eres Dios, y se cumplirán tus palabras [23]. Ya que has prometido a tu siervo tales bienes, 29 empieza desde luego y echa la bendición sobre la casa de tu siervo, para que siempre subsista en tu acatamiento; puesto que

tú, ¡oh Señor Dios!, has hablado y dicho que la casa de tu siervo será bendita con tu bendición eternamente [24].

¿Sabías que?

Del 17 al 23 de diciembre, la Iglesia canta antes del Magníficat de Vísperas las llamadas «antífonas O», siete invocaciones a Cristo que empiezan con una exclamación. Dos son davídicas: «Oh Raíz de Jesé» (19 de diciembre) y «Oh Llave de David y Cetro de la casa de Israel», que abre y nadie puede cerrar (20 de diciembre; Is 22,22; Ap 3,7). Si se leen al revés las iniciales de los siete títulos latinos (*Sapientia*, *Adonai*, *Radix*, *Clavis*, *Oriens*, *Rex*, *Emmanuel*), forman *ero cras*, «estaré mañana». El himno *Veni*, *veni*, *Emmanuel* es una paráfrasis de estas antífonas.

La promesa de Natán en la Biblia

Texto	Qué dice	Matiz
2 Sam 7,12-16	Casa, hijo y trono para siempre; «yo seré su padre»	Corrección «con vara de hombres»
1 Cr 17,11-14	«En mi casa y en mi reino»	Sin el castigo
2 Sam 23,5	«Una alianza eterna»	Últimas palabras de David
Sal 89	Alianza y juramento; «mi primogénito»	Termina en lamento (vv. 39-52)
Sal 132,11-12	El Señor juró a David	«Si tus hijos guardan mi alianza»
1 Re 2,4; 9,4-5	No faltará quien se siente en el trono	Con condiciones
Is 11,1-10	Un renuevo del tronco de Jesé	Lleno del Espíritu
Jr 33,14-26	Un «germen justo» de David	Firme como el día y la noche
Is 55,3	«Las misericordias firmes de David»	Para todo el pueblo
4Q174	«El Renuevo de David»	Qumrán, antes de Cristo
Lc 1,32-33	«Su reino no tendrá fin»	El hijo de María
Hch 13,33-34; Heb 1,5	«Tú eres mi hijo»; «Yo seré su padre»	Cumplida en la resurrección

El sentido inmediato del oráculo no era mesiánico, recuerda la Pontificia Comisión Bíblica, pero la promesa de un hijo de David llegó a ser para los primeros cristianos «una clave de lectura primordial y esencial» (2001, nn. 62-63).

PARA PROFUNDIZAR

Una casa para David: la profecía de Natán

El capítulo 7 es el centro teológico de los libros de Samuel y uno de los textos más importantes del Antiguo Testamento. Su estructura es sencilla: David, instalado en su palacio y en paz, comunica a Natán su deseo de construir un templo para el arca (vv. 1-3); esa noche Dios habla al profeta y da la vuelta al proyecto (vv. 4-17); y David, sentado ante el Señor, responde con una larga oración (vv. 18-29). El hilo que une todo es la palabra *báyit*, «casa», que aparece quince veces: el palacio de cedro, el templo que David quería construir y la dinastía que Dios le promete. «¿Tú piensas edificarme casa?», pregunta Dios (v. 5); y anuncia: el Señor te hará una casa a ti (v. 11).

Dios empieza recordando su libertad. Desde el éxodo ha ido de un lugar a otro «en pabellones y tiendas», acompañando a su pueblo, y nunca pidió una casa de cedro (vv. 6-7); san Esteban lo recordará con palabras de Isaías: «el cielo es mi trono, y la tierra el estrado de mis pies; ¿qué casa me edificaréis?» (Hch 7,49; Is 66,1). Sin embargo, el oráculo no rechaza el templo: lo construirá el hijo, «para mi Nombre» (v. 13). Antes de que el hombre haga algo por Dios, Dios ha hecho y hará todo por el hombre.

La promesa se despliega en dos tiempos. Para la vida de David: Dios lo sacó de detrás de las ovejas, estuvo con él y le dará un nombre grande, como a Abrahán (v. 9; Gn 12,2); y a Israel, un lugar donde será «plantado» sin temor (v. 10). Para después de su muerte: un descendiente salido de sus entrañas, un reino y un trono afirmados «para siempre» —la expresión se repite ocho ve-

ces en el capítulo— y una relación de padre a hijo (v. 14; ver nota a 7,14). Si el hijo peca, será corregido «con vara de hombres», pero la misericordia, el *jésed*, no se le retirará como a Saúl (vv. 14-15).

Aquí está la novedad. La alianza del Sinaí dependía de la fidelidad de Israel; la promesa a David es incondicional. La Pontificia Comisión Bíblica lo dice así: «Por tratarse de una promesa incondicional, la alianza con la casa de David no puede ser rota», y si el sucesor de David peca, Dios «lo castigará como un padre castiga a su hijo, pero no le retirará su favor» (*El pueblo judío y sus Escrituras sagradas en la Biblia cristiana*, 2001, n. 38). Otros textos, en cambio, ponen condiciones: «si tus hijos guardan mi alianza» (Sal 132,12; cf. 1 Re 2,4; 9,4-5). La historia puso a prueba las dos voces: el reino se dividió, la dinastía cayó en el 587 a. C., y el Sal 89, después de cantar el juramento a David, termina con una queja: ¿dónde están, Señor, tus antiguas misericordias, las que juraste a David? (Sal 89,50). Pero Jeremías proclamó que la alianza con David es tan firme como la del día y la noche (Jr 33,20-21), y las Crónicas, escritas después del destierro, repiten el oráculo sin la cláusula del castigo y con un matiz significativo: «lo estableceré en mi casa y en mi reino para siempre» (1 Cr 17,14). El rey es solo el administrador del reino de Dios.

La Comisión Bíblica añade que «el sentido inmediato del oráculo no era mesiánico»: prometía un sucesor que tendría a su vez sucesores, y cada uno de ellos era un «ungido» del Señor, «pero ninguno era el Mesías» (n. 62). De esta promesa, releída en las crisis

de los siglos siguientes, nacerá la esperanza en un Hijo de David definitivo (ver el ensayo siguiente).

La oración de David es un modelo. Empieza con asombro: «¿Quién soy yo…?» (v. 18). Reconoce que todo viene de la palabra y del corazón de Dios (v. 21), alaba su grandeza y la elección de Israel (vv. 22-24), y solo entonces pide, apoyándose en lo prometido: «hazlo como has dicho» (v. 25). Su centro es una confesión de fe: «tú eres Dios, y se cumplirán tus palabras» (v. 28). Por eso el Catecismo ve en David al rey cuya oración es «adhesión fiel a la promesa divina» (n. 2579). Orar no es convencer a Dios de nuestros planes, sino pedirle que cumpla los suyos. David quería dar algo a Dios; terminó recibiendo, y su mejor respuesta fue la acción de gracias.

PARA PROFUNDIZAR

El Hijo de David: de la promesa de Natán a Jesús

La promesa de Natán hablaba de una dinastía. ¿Cómo llegó a ser la esperanza en un Mesías? Primero, en la liturgia de la corte: los salmos reales celebraban al rey como hijo de Dios el día de su entronización (Sal 2,7), pedían para él un reinado de justicia para los pobres (Sal 72) y recordaban el juramento hecho a David (Sal 89; 132). Después, en las crisis. Isaías anunció a la casa de David la señal de la virgen que da a luz al Emmanuel (Is 7,14), un niño que se sentaría en el trono de David con una paz sin fin (Is 9,5-6) y un renuevo del tronco de Jesé lleno del Espíritu (Is 11,1-10). En la ruina del reino, Jeremías y Ezequiel prometieron un «germen jus-

to» de David y un pastor único, «mi siervo David» (Jr 23,5-6; Ez 34,23-24); Amós, que Dios levantaría la tienda caída de David (Am 9,11); y Miqueas, un jefe nacido en Belén (Miq 5,1). Esas profecías, dice la Comisión Bíblica, «dibujaban cada vez más el retrato de un rey ideal, que instauraría el reinado de Dios» (2001, n. 62).

En tiempos de Jesús, muchos judíos esperaban a ese hijo de David. En Qumrán, un comentario de textos escogidos, el llamado *Florilegio* (4Q174), cita la profecía de Natán y explica que el hijo prometido es «el Renuevo de David», que se levantará al final de los tiempos junto con el Intérprete de la Ley. Los *Salmos de Salomón*, compuestos en el siglo I a. C., piden a Dios que suscite a su rey, el hijo de David, para purificar Jerusalén de los paganos (17,21).

El Nuevo Testamento proclama que la promesa se ha cumplido en Jesús. El ángel Gabriel la evoca casi palabra por palabra al anunciar a María que su hijo será llamado Hijo del Altísimo, que Dios le dará «el trono de David, su padre» y que «su reino no tendrá fin» (Lc 1,32-33). Mateo abre su evangelio con «Jesucristo, hijo de David» (Mt 1,1), y José, «hijo de David», recibe al niño en su descendencia (Mt 1,20; Catecismo, n. 437). Pablo presenta a Jesús «nacido del linaje de David según la carne, constituido Hijo de Dios con poder» por su resurrección (Rom 1,3-4). En los Hechos, Pedro y Pablo ven en la resurrección el cumplimiento del juramento a David: David murió y su sepulcro está entre nosotros, pero Dios resucitó a su descendiente (Hch 2,29-36;

13,22-23.34; Is 55,3). La carta a los Hebreos aplica a Jesús el «Yo seré su padre» (Heb 1,5).

Jesús aceptó el título, pero lo purificó. Los ciegos lo llaman «Hijo de David» para pedirle compasión (Mc 10,47-48), y su grito ha pasado a la «oración de Jesús» de la tradición cristiana (Catecismo, n. 2616); la multitud lo aclama a la entrada de Jerusalén con el reino de «nuestro padre David» (Mc 11,10), pero él entra montado en un asno (Zac 9,9; Catecismo, n. 559). Él mismo planteó la pregunta: si David, en el Sal 110, llama «Señor» al Mesías, ¿cómo puede ser su hijo? (Mt 22,41-46). El Catecismo explica que Jesús aceptó el título de Mesías «pero no sin reservas», porque muchos lo entendían de manera demasiado humana y política (n. 439); ante Pilato dirá que su reino no es de este mundo (Jn 18,36). La Comisión Bíblica habla de la «novedad radical» de su mesianismo, que pasa por el sufrimiento y la muerte (n. 63).

San Agustín dedicó a este capítulo varias páginas de *La ciudad de Dios*. Quien piense que la promesa se cumplió en Salomón, escribe, se equivoca: su casa se llenó de mujeres extranjeras y de ídolos; además, Salomón empezó a reinar en vida de su padre, y el oráculo habla de un hijo levantado después de la muerte de David. Salomón fue una sombra; la verdad es Cristo, que construye una casa no de madera y piedra, sino de hombres (XVII,8; cf. 1 Cor 3,17). Torres Amat recoge esa doble lectura en su nota a 7,14: las palabras se entienden «de Cristo hijo de Dios por naturaleza», y «en segundo lugar de Salomón».

El Catecismo resume el camino recorrido: el Reino prometido a David «será obra del Espíritu Santo; pertenecerá a los pobres se-

gún el Espíritu» (n. 709). La casa que Dios prometió a David es, al final, la familia de sus hijos: «yo seré para vosotros padre, y vosotros seréis para mí hijos e hijas» (2 Cor 6,18), una casa edificada sobre Cristo como piedra angular (Ef 2,19-22).

PAUSA

1. David quería hacer algo grande por Dios, y Dios le respondió con un regalo mayor. ¿Dejas que Dios corrija tus proyectos, aunque sean buenos?
2. «¿Quién soy yo, Señor?» ¿Cuándo fue la última vez que te sorprendió la generosidad de Dios contigo?
3. David pidió a Dios que cumpliera lo que había prometido. ¿Qué promesa de Dios puedes convertir hoy en oración?

Para orar. *Señor, tú eres Dios y tus palabras son verdad: construye tú mi casa y bendícela para siempre.*

8

Las guerras y la corte de David

Un resumen de las campañas de David en todas direcciones: contra los filisteos al oeste, Moab al este, los arameos de Soba y de Damasco al norte y Edom al sur (vv. 1-14), con un estribillo: «le guardó el Señor en todas las expediciones que hizo» (vv. 6.14). Termina con la justicia del rey y la lista de sus ministros (vv. 15-18), que volverá, con algunos cambios, en 20,23-26. El capítulo pinta el reino en su apogeo, con fronteras que llegan hacia el Éufrates, y no oculta la dureza de la guerra. Cuán grande fue en realidad ese reino es una cuestión que los historiadores discuten.

Las victorias de David

1 Después de esto derrotó David a los filisteos, y los humilló, y les arrancó de la mano el freno del tributo [1].
2 También destrozó a los moabitas; y a los prisioneros, haciéndolos tender en el suelo, los midió a cordel [2]; dos fueron las cuerdas con que los midió, y sorteó una para dar muerte, y otra para salvarles la vida. Con esto quedaron los moabitas sujetos a David y tributarios suyos.

3 Destrozó igualmente David a Adarecer, hijo de Rohob, rey de Soba [3], cuando salió a campaña para extender sus dominios hasta el río Eufrates; 4 e hizo mil setecientos pri-

sioneros de a caballo, y veinte mil de a pie, desjarretando asimismo todos los caballos de los carros de guerra [4], sin dejar más que los necesarios para cien de éstos. [5] Acudieron los siros de Damasco a socorrer a Adarecer, rey de Soba, y David pasó a cuchillo a veintidós mil de ellos. [6] Con lo que puso David guarniciones en la Siria de Damasco, la cual le quedó sujeta y tributaria; y le guardó el Señor en todas las expediciones que hizo [5]. [7] Y se llevó las armas de oro [6] que tenían los cortesanos de Adarecer, y las trajo a Jerusalén. [8] Asimismo sacó de Bete y de Berot, ciudades de Adarecer, inmensa cantidad de cobre [7].

[9] Entonces oyendo Tou, rey de Emat [8], que David había destrozado todas las fuerzas de Adarecer, [10] envió a Joram, su hijo, a saludar a David, a fin de congratularse con él, y darle gracias por haber vencido y deshecho a Adarecer; pues Tou era enemigo de Adarecer. Joram trajo consigo alhajas de oro, de plata y de cobre; [11] las que David consagró también al Señor, además de la plata y oro que le había ya consagrado, de todas las naciones que había sojuzgado, [12] de la Siria, de Moab, de los amonitas, de los filisteos, de los amalecitas y de los despojos de Adarecer, hijo de Rohob, rey de Soba.

[13] Adquirió también David gran nombradía cuando en el valle de las Salinas, al volver de la conquista de Siria [9], mató a dieciocho mil hombres. [14] Puso gobernadores y

guarniciones en la Idumea [10], quedándole toda ella sujeta,
y le guardó el Señor en todas las expediciones que hizo.

La corte de David

15 Reinó, pues, David sobre todo Israel, y daba audiencia, y
administraba justicia a todo su pueblo [11]. 16 Joab, hijo de
Sarvia, era el general de sus tropas; Josafat, hijo de Ahi-
lud, era su secretario o cronista [12]; 17 Sadoc, hijo de Aqui-
tob, y Aquimelec, hijo de Abiatar [13], eran los sumos sacer-
dotes, y Saraías le servía de escribano. 18 Banaías, hijo de
Joíada, era capitán de los cereteos y feleteos [14]. Pero los
hijos de David eran los primeros después del rey [15].

¿Sabías que?

En julio de 1993, en Tel Dan, al pie del monte Hermón, una topógrafa del equipo del arqueólogo Avraham Biran vio un fragmento de basalto con letras arameas reutilizado en un muro; en 1994 aparecieron otros dos. Son restos de una estela de victoria del siglo IX a. C., atribuida casi siempre a Jazael, rey de Damasco, que se jacta de haber matado a [Jo]ram, rey de Israel, y a un rey de *bytdwd*, la «casa de David»: la dinastía de Judá, siglo y medio después de su fundador. Algunos discutieron la lectura, porque las dos palabras van sin separación, pero hoy la acepta la mayoría de los estudiosos. La estela se conserva en el Museo de Israel, en Jerusalén. Más discutida es la «casa de David» que André Lemaire propuso leer en 1994 en la estela de Mesa, rey de Moab.

Las guerras y la corte de David

Pueblo o cargo	Qué pasa	Cita
Filisteos	Derrotados en Rafaím; pierden Gat (1 Cr 18,1)	5,17-25; 8,1; 21,15-22
Moab	Prisioneros medidos a cordel; tributario	8,2
Soba	Adarecer vencido; carros desjarretados	8,3-4; 10,15-19
Damasco	Guarniciones de David; tributario	8,5-6
Emat	El rey Tou envía a su hijo con regalos	8,9-10
Edom	Valle de la Sal; guarniciones	8,13-14
Amón	La afrenta a los embajadores; Rabbat	10; 12,26-31
General	Joab, hijo de Sarvia	8,16; 20,23
Guardia real	Banaías, sobre cereteos y feleteos	8,18; 20,23
Cronista	Josafat, hijo de Ahilud	8,16; 20,24
Sacerdotes	Sadoc y Abiatar; los hijos de David; Ira	8,17-18; 20,25-26
Escribano	Saraías; Siva en la segunda lista	8,17; 20,25
Rentas y trabajos	Aduram, solo en la segunda lista	20,24; 1 Re 12,18

Las fronteras hacia el Éufrates (8,3) evocan las de la promesa a Abrahán (Gn 15,18). Cuán grande fue realmente el reino de David se discute (ver el ensayo del capítulo 5).

PAUSA

1. El texto repite que el Señor guardaba a David en sus campañas. ¿A quién atribuyes tus logros: a Dios o solo a tu esfuerzo?
2. David «administraba justicia a todo su pueblo». ¿Dónde te pide Dios ser justo con los que dependen de ti?
3. Ante la crueldad de 8,2, ¿qué te enseña Jesús sobre el trato a los vencidos y a los enemigos?

Para orar. *Señor, sé tú mi salvador en todos mis caminos, y haz que mi fuerza sirva a la justicia y no a la violencia.*

9

Mifiboset a la mesa del rey

Terminadas las guerras, David busca a alguien de la casa de Saúl para cumplir la promesa que había hecho a Jonatás. El capítulo es breve y tiene tres escenas: la pregunta del rey y la noticia que le da Siba, antiguo siervo de Saúl (vv. 1-5); el encuentro con Mifiboset, el hijo cojo de Jonatás, que se postra esperando lo peor y recibe tierras y un lugar en la mesa real (vv. 6-8), y las órdenes a Siba (vv. 9-13). Aquí empieza la llamada «historia de la sucesión», que contará quién heredará el trono de David.

David busca a la casa de Saúl

[1] Dijo también David: ¿Si habrá quedado alguno de la casa
de Saúl, a quien pueda yo hacer bien por amor de
Jonatás [1]? [2] Había a la sazón un criado de Saúl, llamado
Siba [2]. Lo hizo venir el rey, y le dijo: ¿Eres tú Siba? Sí, se-
ñor, respondió él, Siba soy, para lo que queráis mandar-
me. [3] Le preguntó el rey: ¿Vive por ventura alguno de la
casa de Saúl, para que pueda yo hacerle grandes
mercedes [3]? Le respondió Siba: Sí, señor; vive todavía un
hijo de Jonatás, estropeado de los pies [4]. [4] ¿Dónde está?,
replicó David. Está, dijo Siba, en Lodabar, en casa de Ma-
quir, hijo de Ammiel [5]. [5] Envió, pues, David por él, y lo

hizo venir de Lodabar, de la casa de Maquir, hijo de Ammiel.

Mifiboset ante el rey

6 Llegado que fue Mifiboset, hijo de Jonatás, hijo de Saúl, a
la presencia de David, se postró sobre su rostro, haciéndo-
le una profunda reverencia [6]. Le dijo entonces David: ¡Mi-
fiboset! Aquí tienes, señor, respondió él, a tu siervo. 7 Y
David: No tienes que temer, le dijo, pues yo pienso colmar-
te de mercedes por amor de Jonatás, tu padre, y restituirte
todas las heredades de tu abuelo Saúl [7]; y tú comerás
siempre a mi mesa [8]. 8 Mifiboset, haciéndole profunda re-
verencia, dijo: ¿Quién soy yo, siervo tuyo, para que te ha-
yas dignado poner los ojos [9] en un perro muerto cual soy
yo [10]?

Las órdenes a Siba

9 Llamó, pues, el rey a Siba, criado de Saúl, y le dijo: He
dado al hijo de tu amo todo cuanto poseía Saúl [11] y todos
los bienes de su casa. 10 Por tanto cuida tú con tus hijos y
criados de labrarle las tierras, y de proveer a Micá, el hijo
de tu amo Mifiboset [12], lo necesario para sus alimentos.
En cuanto a Mifiboset, hijo de tu difunto señor, comerá
siempre a mi mesa. Es de saber que Siba tenía quince hijos
y veinte siervos. 11 Y dijo Siba al rey: Como tú se lo has
mandado, así lo hará, mi señor y rey, este tu siervo. En

cuanto a Mifiboset, repitió David [13], comerá a mi mesa como uno de los hijos del rey. [12] Tenía Mifiboset un hijo pequeño llamado Micá [14], y toda la familia de Siba estaba al servicio de Mifiboset. [13] Mas éste vivía en Jerusalén, porque todos los días comía a la mesa del rey. Era Mifiboset cojo de ambos pies [15].

¿Sabías que?

Entre 1899 y 1917, los arqueólogos alemanes que excavaban Babilonia bajo la dirección de Robert Koldewey encontraron, cerca de la puerta de Istar, unas tablillas de arcilla con listas de raciones de aceite para los cautivos y extranjeros mantenidos por la corte de Nabucodonosor. Publicadas en 1939, una de ellas nombra a «Yaukín, rey del país de Yahud», y a sus cinco hijos. Es Joaquín, el rey de Judá deportado en el 597 a. C. (2 Re 24,15), el mismo que, años después, comerá a la mesa del rey de Babilonia (2 Re 25,27-30), como Mifiboset a la de David. Las tablillas se conservan en el Museo del Antiguo Oriente de Berlín.

La casa de Saúl después de Saúl

Persona	Parentesco	Qué fue de ella
Jonatás	Hijo de Saúl	Muere en Gelboé (1 Sam 31,2); David lo llora (1,26)
Mifiboset	Hijo de Jonatás	Come a la mesa del rey (9); Siba lo acusa (16,3); se defiende (19,24-30); se salva (21,7)
Micá	Hijo de Mifiboset	Padre de una larga descendencia (1 Cr 8,34-40)
Isboset	Hijo de Saúl	Rey en Mahanaim; asesinado en su cama (2,8-10; 4,5-7)
Abner	Primo de Saúl	Pacta con David, y Joab lo mata (3,12-27)
Micol	Hija de Saúl	Devuelta a David (3,13-16); muere sin hijos (6,20-23)
Merob	Hija de Saúl	Sus cinco hijos, entregados a los gabaonitas (21,8-9)
Resfa	Mujer secundaria de Saúl	Sus hijos Armoni y Mifiboset, entregados; ella vela sus cuerpos (21,8-10)
Siba	Siervo de Saúl	Administra las tierras de Mifiboset (9,9-10); lo calumnia (16,1-4)
Semei	De la familia de Saúl	Maldice a David (16,5-13); perdonado (19,23); muerto bajo Salomón (1 Re 2,46)

La misericordia de David con la casa de Saúl (9,1) convive con la violencia que la va diezmando. A Mifiboset lo salva el juramento hecho a Jonatás (1 Sam 20,15.42; 2 Sam 21,7). En 21,8 el texto dice «Micol», pero debe entenderse Merob (1 Sam 18,19), como explica Torres Amat en nota.

PAUSA

1. David buscó a quién hacer el bien «por amor de Jonatás». ¿Tienes alguna promesa o deuda de gratitud pendiente con alguien?
2. Mifiboset se veía como «un perro muerto». ¿Te cuesta aceptar que Dios te siente a su mesa sin que lo merezcas?
3. ¿A quién podrías invitar tú a tu mesa, de entre los que no pueden devolverte la invitación?

Para orar. *Señor, que me has sentado a tu mesa sin mérito mío, hazme fiel a mis promesas y generoso con los que nada pueden devolverme.*

10

La guerra con los amonitas

Un gesto de cortesía termina en guerra. David envía embajadores a consolar al nuevo rey de Amón, Hanón, por la muerte de su padre, y los consejeros de Hanón los toman por espías y los devuelven humillados (vv. 1-5). Sabiendo que han ofendido a David, los amonitas contratan mercenarios arameos; Joab, atrapado entre dos ejércitos, divide sus tropas con su hermano Abisai y vence (vv. 6-14). Los arameos se reagrupan con refuerzos del otro lado del Éufrates, y David los derrota en Helam (vv. 15-19). Esta guerra es el telón de fondo del capítulo siguiente.

La afrenta a los embajadores

1 Aconteció después de esto que murió el rey de los hijos de
Amón, y lo sucedió en el trono su hijo Hanón [1].
2 Dijo en-
tonces David: Quiero demostrar mi afecto y compasión a
Hanón, hijo de Naas, según hizo su padre conmigo [2]. Le
envió, pues, embajadores para consolarlo de la muerte de
su padre. Mas luego que llegaron éstos al país de los hijos
de Amón, 3 dijeron los magnates de los amonitas a Hanón,
su señor: ¿Crees tú que David te ha enviado éstos para
consolarte, y honrar así la memoria de tu padre; y no más
bien que te ha enviado sus criados para espiar y reconocer
el estado de la ciudad [3], y destruirla algún día? 4 Con esto

Hanón hizo prender a los criados de David, y raerles la mitad de la barba [4], y cortarles los vestidos hasta cerca de la cintura [5], y los despachó. [5] Lo que sabido por David, envió luego a encontrarlos, porque se hallaban sumamente avergonzados, y a decirles: Deteneos en Jericó [6], hasta que os crezca la barba, y entonces volveréis.

Joab y Abisai contra Amón y Siria

[6] Mas los amonitas reflexionando en la injuria hecha a David [7], tomaron a su sueldo veinte mil infantes de la Siria de Rohob y de la Siria de Soba [8], mil hombres del rey de Maaca y doce mil de Istob. [7] De lo que informado David despachó contra ellos a Joab con todas las tropas. [8] Salieron, pues, los amonitas, y se formaron en batalla frente a la entrada de la puerta de la ciudad [9]; pero los siros de Soba y de Rohob, de Istob y de Maaca estaban aparte en el campo.

[9] Viendo, pues, Joab que iban a acometerle de frente y por retaguardia [10], escogió entre todos los soldados de Israel a los más valientes, y se puso en orden de batalla contra los siros. [10] Y el resto del ejército se lo entregó a su hermano Abisai, el cual marchó de frente contra los hijos de Amón. [11] Y le dijo Joab: Si los siros prevalecieren contra mí, tú vendrás a socorrerme; y si los amonitas prevalecieren contra ti, iré yo a auxiliarte. [12] Pórtate como hombre de valor, y peleemos por nuestro pueblo y por la ciudad de nuestro

Dios; por lo demás el Señor dispondrá lo que sea de su mayor agrado [11].

[13] Con esto Joab atacó con sus tropas a los siros; los cuales huyeron al instante volviéndole las espaldas. [14] Y cuando los hijos de Amón vieron que los siros habían huido, echaron también ellos a huir de delante de Abisai, retirándose a la plaza. Y Joab dejó el país de los hijos de Amón, y volvió a Jerusalén [12].

La derrota de los arameos

[15] Entretanto los siros viéndose derrotados por Israel, volvieron a rehacerse. [16] Adarecer hizo venir a los siros que habitaban a la otra parte del río [13], y juntó de ellos un ejército al mando de Sobac, general de las armas de Adarecer. [17] Avisado de esto David, reunió todas las tropas de Israel; pasó el Jordán, y fue a Helam; y los siros presentando la batalla a David pelearon contra él. [18] Pero Israel los puso en fuga, y destrozó David setecientos carros de los siros y cuarenta mil caballos [14]; e hirió al capitán general Sobac, que murió al instante. [19] Pues como todos aquellos reyes que seguían el partido de Adarecer se viesen vencidos por Israel, se llenaron de pavor, y volvieron las espaldas a presencia de Israel cincuenta y ocho mil hombres [15]. Al fin hicieron paces con los israelitas, y se les sujetaron; y no se atrevieron más los siros a prestar socorro a los amonitas.

¿Sabías que?

Rabbá de los amonitas, la capital que Joab no pudo tomar en esta campaña, cambió de nombre en el siglo III a. C.: el rey Ptolomeo II Filadelfo de Egipto la refundó como Filadelfia, y con ese nombre fue una de las ciudades griegas de la Decápolis, la región que Jesús recorrió (Mc 5,20; 7,31). Hoy es Amán, la capital de Jordania. En la colina de la ciudadela, donde estuvo la acrópolis amonita, se ven las ruinas de un templo romano y de un palacio omeya, y al pie de la colina, un teatro romano para unos seis mil espectadores.

PAUSA

1. Los consejeros de Hanón vieron espías donde había amigos. ¿Interpretas con sospecha los gestos de los demás?
2. Joab luchó con todas sus fuerzas y dejó el resultado en manos de Dios. ¿Qué lucha tuya necesita hoy esas dos cosas?

Para orar. *Señor, líbrame de la desconfianza que convierte la amistad en guerra, y enséñame a trabajar con todas mis fuerzas dejando en tus manos el resultado.*

11

David y Betsabé

Es el centro del libro y una de sus páginas más duras. Mientras el ejército sitia Rabbá, David se queda en Jerusalén, ve a una mujer que se baña, la manda traer y se acuesta con ella (vv. 1-5). Cuando ella le anuncia que está encinta, intenta que su marido, Urías, pase la noche en su casa para encubrir el adulterio (vv. 6-13); al fracasar, ordena a Joab que lo deje morir en el combate (vv. 14-25), y luego toma por esposa a la viuda (vv. 26-27). El Señor no aparece en todo el relato hasta la última frase, que da su juicio.

El adulterio

1 Y acaeció a la vuelta de un año, al tiempo que suelen los
reyes salir a campaña [1], que David envió a Joab y con él a
sus oficiales, y a todo el ejército de Israel, a talar el país de
los amonitas, y sitiaron a Rabba, su capital. David se que-
dó en Jerusalén [2]. 2 Entretanto sucedió que un día leван-
tándose David de su cama después de la siesta, se puso a
pasear por el terrado de su palacio [3], y vio en otra casa de
enfrente una mujer que se estaba lavando [4] en su baño; y
era de extremada hermosura. 3 Envió, pues, el rey a saber
quién era aquella mujer, y le dijeron que era Betsabé, hija
de Eliam, mujer de Urías, heteo [5]. 4 David la hizo venir a

su palacio, habiendo enviado primero a algunos que le hablasen de su parte [6]; y entrada que fue a su presencia, durmió con ella; la cual se purificó luego de su inmundicia [7]; [5] y volvió preñada a su casa. De lo que dio aviso a David, diciendo: He concebido [8].

Urías no baja a su casa

[6] En seguida despachó David un correo a Joab, diciéndole: Envíame a Urías, heteo [9]. Se lo envió Joab; [7] y llegado Urías, le preguntó David en qué estado estaban Joab y sus tropas [10], y cómo iban las cosas de la guerra. [8] Dijo después David a Urías: Vete a tu casa; lava tus pies, y descansa [11]. Salido que fue Urías de palacio, le envió el rey en seguida comida de su real mesa. [9] Mas Urías durmió delante de la puerta de palacio [12] con otros criados u oficiales de su señor, y no fue a su casa.

[10] Se lo contaron luego a David, diciéndole: Urías no ha ido a su casa. Por lo que dijo David a Urías: ¿No has llegado de un viaje? Pues, ¿cómo no has bajado a descansar en tu casa? [11] Respondió Urías a David: El arca de Dios, e Israel y Judá están en tiendas de campaña [13], y mi señor Joab y los siervos de mi señor duermen en el duro suelo; ¿e iría yo a mi casa a comer y beber, y dormir con mi mujer? Por la vida y por la salud de mi rey juro que no haré tal cosa. [12] Le dijo entonces David: Quédate también hoy aquí, que mañana te despacharé. Se quedó, pues, Urías en Jerusalén

aquel día y el siguiente. 13 Lo convidó David a comer y beber en su mesa, y procuró embriagarlo 14; mas él saliendo al anochecer, se fue a dormir en su tarima del cuerpo de guardia con los oficiales de su señor, y no bajó a su casa.

La carta de muerte

14 Llegada que fue la mañana, escribió David una carta a Joab, y se la remitió por mano de Urías 15. 15 Decía en ella: Pon a Urías al frente en donde esté lo más recio del combate; y desamparadle para que sea herido y muera 16. 16 Estando, pues, Joab en el sitio de la ciudad, puso a Urías frente al puesto donde sabía que estaban los más valientes de los enemigos. 17 Los cuales habiendo hecho una salida de la ciudad, cargaron sobre Joab, y murieron algunos del ejército de David, y entre éstos también Urías, heteo 17.

18 Inmediatamente Joab despachó aviso a David de todo lo ocurrido en el choque, 19 dando esta orden al correo: Luego que hubieres acabado de referir al rey cuanto ha pasado en el ejército, 20 si ves que él se irrita, y dice: ¿Por qué os fuisteis a pelear tan cerca del muro? ¿No sabíais que de lo alto de él se arrojan con furia muchos dardos? 21 ¿Quién mató a Abimelec, hijo de Jerobaal? 18 ¿No fue una mujer la que en Tebes desde la muralla arrojó sobre él un pedazo de una piedra de molino, y lo mató? ¿Cómo, pues, os arrimasteis al muro? Tú entonces dirás: También quedó muerto tu siervo Urías, heteo.

22 Partió, pues, el correo; y llegando refirió a David todo lo
que Joab le había mandado, 23 y habló de esta manera: Los
sitiados han tenido una pequeña ventaja sobre nosotros;
hicieron una salida contra nuestro campamento, mas
echándonos sobre ellos, los rechazamos hasta las puertas
de la ciudad. 24 Pero los ballesteros desde lo alto del muro
arrojaron sus tiros sobre tus siervos, de que murieron al-
gunos de tus soldados, y entre ellos también Urías heteo,
tu siervo. 25 Respondió David al mensajero: Le dirás a
Joab: No desmayes por ese fracaso; porque los acaecimien-
tos de la guerra son varios [19], y una vez éste, otra vez
aquél, perecen algunos al filo de la espada. Reanima a tus
guerreros contra la ciudad, y esfuérzalos hasta destruirla.

El luto y la boda

26 Supo la mujer de Urías que había muerto su marido, y le
hizo el duelo [20]. 27 Acabados los siete días del luto [21], Da-
vid la hizo venir a palacio, y la tomó por esposa; y ella le
dio después un hijo. Mas esto que hizo David fue suma-
mente desagradable a los ojos del Señor [22].

¿Sabías que?

El Diccionario de la lengua española recoge la expresión «carta de Urías»: «medio falso y traidor que alguien emplea para dañar a otra persona, abusando de su confianza y buena fe». En alemán existe la palabra *Uriasbrief* para una carta que trae la desgracia a quien la entrega. El motivo era antiguo: en el canto VI de la *Ilíada*, el rey Preto envía a Belerofonte a Licia con una tablilla plegada en la que pide a su suegro que lo mate. Y Shakespeare lo retomó en *Hamlet*, cuyo protagonista descubre que los cortesanos que lo acompañan a Inglaterra llevan la orden de su muerte.

PARA PROFUNDIZAR

David y Betsabé: anatomía de un pecado

«David se quedó en Jerusalén» (11,1). Con esta frase, casi de paso, empieza la página más sombría de su vida. El rey que debía salir al frente de su pueblo se queda en el palacio, y desde el terrado ve a una mujer. El relato avanza con verbos rápidos: vio, envió a preguntar, envió mensajeros, la tomó, durmió con ella (11,2-4). Son los pasos de todo pecado tal como la Biblia los describe: Eva «vio» que el fruto era apetecible «y tomó» (Gn 3,6); Acán confesó: vi, codicié, tomé, escondí (Jos 7,21; ver el ensayo del capítulo 7 de Josué). Jesús irá a la raíz: el adulterio empieza en la mirada que desea (Mt 5,28).

El segundo movimiento, el encubrimiento, es todavía más revelador. Cuando Betsabé le hace saber «He concebido» (11,5), David

no reconoce nada: llama a Urías, le pregunta por la marcha de la guerra, lo manda a su casa con un regalo, lo emborracha. Cada fracaso lo empuja un paso más, hasta la carta que el propio Urías lleva a Joab: «desamparadle para que sea herido y muera» (11,15). Con Urías mueren otros soldados (11,17). Torres Amat lo resumía en una nota de 1824: una pasión «por no haberse reprimido al nacer» transformó «en cruel al mansísimo rey David». El pecado escondido no se queda quieto: necesita nuevos pecados para sostenerse.

Frente a David, el narrador pone a un extranjero, Urías el hitita (ver nota a 11,3). Es el único justo de la escena: no baja a su casa mientras el arca y sus compañeros están en el campo, jura por la vida del rey que no lo hará y, aun borracho, cumple su palabra (11,11-13). De Betsabé, en cambio, el texto dice muy poco, y nada de su voluntad. Se bañaba en su casa; el rey «la tomó», dice el hebreo, y Torres Amat suaviza la escena; sus únicas palabras son el anuncio del embarazo; hace duelo por su marido (11,26). El relato no la culpa en ningún momento: en la parábola de Natán será la ovejita robada, y la sentencia caerá solo sobre David (12,7-9). Muchos lectores de hoy subrayan aquí el abuso de poder de un rey que «toma», como Samuel había advertido que harían los reyes (1 Sam 8,11-17). Años después, Betsabé será la reina madre que asegure el trono a Salomón (1 Re 1 – 2), y san Mateo la nombrará en la genealogía de Jesús como «la que fue mujer de Urías» (Mt 1,6; ver el ensayo del capítulo 38 del Génesis).

El juicio llega en la última frase, y es el de Dios: lo que hizo David «fue sumamente desagradable a los ojos del Señor» (11,27); en hebreo, «fue malo a los ojos del Señor», respuesta exacta al «no te

parezca mal esto» con que el rey había despachado la muerte de sus soldados (11,25). Algunos maestros judíos intentaron disculparlo: el Talmud recoge la opinión de que «quien dice que David pecó con Betsabé se equivoca», porque los soldados daban a sus mujeres un divorcio condicional antes de ir a la guerra y Urías habría sido un rebelde (Shabbat 56a). Pero en esa misma página otro maestro recuerda el veredicto de la Escritura: David obró rectamente toda su vida, «salvo el suceso de Urías, heteo» (1 Re 15,5). La palabra del profeta no deja lugar a dudas (12,9).

La Iglesia no ha leído esta historia para rebajar a David, sino para aprender de ella. San Agustín respondía a los maniqueos, que se escandalizaban de los pecados de los patriarcas, que la Escritura es como un espejo fiel que no adula a nadie, y que no se nos propone aprobar ni imitar los pecados de David, que Dios mismo reprende por medio del profeta (*Contra Fausto* XXII,65). El Catecismo llama al adulterio una injusticia que quebranta el derecho del otro cónyuge y lesiona el signo de la alianza (n. 2381). El papa Francisco describió a David como «santo y pecador, perseguido y perseguidor, víctima y verdugo» (audiencia general del 24 de junio de 2020). Pero el pecado no es la última palabra de esta historia: el capítulo siguiente empieza con otro envío, el de Dios, que manda a su profeta.

PAUSA

1. David se quedó en Jerusalén cuando debía estar en otro lugar. ¿En qué momentos de ociosidad o de descuido te sientes más expuesto a la tentación?
2. Un pecado escondido llevó a David a otro peor. ¿Hay algo que intentas tapar en lugar de reconocerlo?
3. Urías fue fiel a sus compañeros aunque nadie se lo habría reprochado. ¿A quién debes hoy una fidelidad semejante?

Para orar. *Señor, que ves lo que hago en secreto, guarda mis ojos y mi corazón, y no permitas que encubra mis caídas en lugar de confesarlas.*

12

«Ese hombre eres tú»

El Señor envía a Natán, y el profeta cuenta al rey el caso de un rico que roba la única ovejita de un pobre; David, indignado, dicta sentencia, y Natán le responde: «Ese hombre eres tú» (vv. 1-12). David confiesa «Pequé contra el Señor» y es perdonado, pero el niño muere tras siete días de ayuno y súplica (vv. 13-23). Nace Salomón, a quien el Señor ama y llama Jedidías (vv. 24-25). El capítulo se cierra con la toma de Rabbá (vv. 26-31). Del pecado escondido se pasa a la confesión y al perdón, que no borra las consecuencias.

La parábola de Natán

1 El Señor, pues, envió Natán a David [1], al cual dijo Natán
luego de llegado: Había dos hombres en una ciudad de tu
reino [2], el uno rico y el otro pobre. 2 Tenía el rico ovejas y
bueyes en grandísimo número. 3 El pobre no tenía nada
más que una ovejita que había comprado y criado, y que
había crecido en su casa entre sus hijos, comiendo de su
pan y bebiendo en su vaso, y durmiendo en su seno, y la
quería como si fuese una hija suya [3]. 4 Mas habiendo lle-
gado un huésped a casa del rico [4], no quiso éste tocar a sus
ovejas, ni a sus bueyes para dar el convite al forastero que
le había llegado; sino que quitó la ovejita al pobre, y la ade-

rezó para dar de comer al huésped que tenía en casa.
5 Oído esto, David, altamente indignado contra aquel
hombre, dijo a Natán: Vive Dios que hombre que tal hizo
es reo de muerte [5]. 6 Pagará cuatro veces la oveja [6], por
haber hecho ese atentado, y no haber tenido considera-
ción al pobre.

7 Dijo entonces Natán a David: Ese hombre eres tú [7]. Esto
es lo que dice el Señor Dios de Israel: Yo te ungí rey de Is-
rael, y te libré de la mano de Saúl. 8 Te di la casa de tu se-
ñor, y puse a tu arbitrio sus mujeres [8]; te hice dueño tam-
bién de la casa de Israel y de Judá; y si esto es poco, te aña-
diré aun cosas mucho mayores. 9 ¿Cómo, pues, has vili-
pendiado mi palabra [9], haciendo el mal delante de mis
ojos? A Urías, heteo, le hiciste perder la vida, y has toma-
do su mujer para mujer tuya, matándole a él con la espada
de los hijos de Amón. 10 Por lo cual no se apartará jamás de
tu casa la espada de la muerte [10], porque me has despre-
ciado y has quitado la mujer a Urías, heteo, para que fuese
mujer tuya. 11 He aquí, pues, lo que dice el Señor: Yo haré
salir de tu propia casa los desastres contra ti, y te quitaré
tus mujeres delante de tus ojos [11], se las daré a otro, el cual
dormirá con ellas a la luz de este sol. 12 Porque tú has co-
metido el pecado ocultamente; pero yo haré esto que digo
a vista de todo Israel y a la luz misma del sol.

La confesión y la muerte del niño

13 Dijo David a Natán: Pequé contra el Señor [12]. Le respondió Natán: También el Señor, que ve tu dolor, te ha perdonado el pecado. No morirás. [13] 14 Pero como tú has sido causa de que los enemigos del Señor hayan blasfemado contra él [14], el hijo que te ha nacido del adulterio, morirá irremisiblemente [15].

15 Dicho esto, se retiró Natán a su casa. En efecto, el Señor hirió al niño que la mujer de Urías había dado a David, y fue desahuciado. 16 No obstante, David rogó al Señor por el niño, y ayunó con rigor extremado; y retirándose aparte se estuvo postrado en tierra [16]. 17 Fueron a él los más ancianos o principales de sus domésticos, para obligarle a fuerza de ruegos a que se levantase del suelo; mas él no quiso hacerlo, ni tomar con ellos alimento. 18 Murió el día séptimo el infante, y los criados de David temían darle la noticia de la muerte, porque decían: Si cuando aún el niño vivía, le hablábamos y no quería escucharnos, ¿cuánto más se afligirá ahora [17], si le decimos que el niño ha muerto?

19 David observando que sus criados andaban en murmullos, conoció ser muerto el niño; y así les dijo: ¿Es que ha muerto ya el niño? Y respondieron: Ha muerto. 20 Entonces David se levantó del suelo; se lavó y se ungió; y mudando de ropa, entró en la casa del Señor, y lo adoró [18].

Pasando después a su palacio, pidió que le pusiesen la mesa, y comió. 21 Y le dijeron sus criados: ¿De qué provendrá esto? Tú ayunabas y llorabas por el niño cuando aún vivía, y ahora que ha muerto, te has levantado y has comido. 22 Les respondió David: He ayunado y llorado por el niño mientras vivía, porque decía yo: ¿Quién sabe si el Señor me lo dejará, y quedará con vida el niño? 23 Mas ahora que ya ha muerto, ¿a qué fin he de ayunar? Por ventura ¿podré restituirle a la vida? Antes bien iré yo a él; pero él no volverá a mí [19].

El nacimiento de Salomón

24 Consoló después David a Betsabé, su esposa [20]; y estuvo, y durmió con ella; la cual le dio un hijo, a quien David puso por nombre Salomón, y a quien amó el Señor. 25 Y por medio del profeta Natán le puso también el nombre de Amado del Señor [21], en atención al amor que el Señor le tenía.

La toma de Rabbá

26 Entretanto prosiguió Joab el asedio de Rabbat de los amonitas; y estando para dar el asalto a esta ciudad regia, 27 remitió correos a David, diciendo: He combatido a Rabbat, y está para ser tomada la ciudad de las aguas [22]. 28 Junta, pues, ahora el resto del ejército, y ven a batir la ciudad y tomarla; a fin de que, conquistándola yo, no se

me atribuya a mí el honor de la victoria. 29 Juntó, pues,
David todas las tropas, y marchó contra Rabbat, y la tomó
por asalto. 30 Y quitó de la cabeza de su rey la corona [23],
que pesaba un talento de oro, y tenía piedras preciosísi-
mas; la cual fue puesta sobre la cabeza o trono de David.
Además de esto, llevó de la ciudad muchísimos despojos.
31 A los habitantes los sacó fuera, y mandó que unos fuesen
aserrados [24], haciendo pasar sobre otros narrias o carros
con ruedas de hierro, y despedazarlos con cuchillos y arro-
jarlos en los hornos de ladrillos. Así trató a todas las ciuda-
des de los amonitas. En seguida volvió David con todo su
ejército a Jerusalén.

¿Sabías que?

Hacia 1638, en tiempos del papa Urbano VIII, Gregorio Allegri compuso para la Capilla Sixtina un *Miserere* a nueve voces, en dos coros, que se cantaba en el oficio de tinieblas de la Semana Santa. La partitura se guardaba celosamente, y se decía que estaba prohibido copiarla. En abril de 1770, Wolfgang Amadeus Mozart, de catorce años, lo escuchó en Roma y lo escribió de memoria, según contó su padre, Leopold, en una carta a su mujer del 14 de abril; el relato posterior añade que lo transcribió ese mismo día, y algunos historiadores dudan de los detalles, porque la carta de Leopold es prácticamente la única fuente. Desde entonces, el *Miserere* de Allegri es una de las piezas corales más célebres del mundo.

«La espada no se apartará de tu casa»

Quién	Lo que anunció Natán	Cómo se cumplió
El niño	«Morirá irremisiblemente» (12,14)	Muere al séptimo día (12,18)
Amnón	«No se apartará jamás de tu casa la espada» (12,10)	Asesinado por los criados de Absalón (13,28-29)
Absalón	La espada (12,10)	Atravesado por Joab y sus escuderos (18,14-15)
Adonías	La espada (12,10)	Muerto por orden de Salomón (1 Re 2,24-25)
Tamar	«Haré salir de tu propia casa los desastres» (12,11)	Violada por su hermano Amnón (13,14)
David	Los desastres (12,11)	Absalón se rebela, y el rey huye de Jerusalén (15,10-17)
Las concubinas	«Te quitaré tus mujeres… a la luz de este sol» (12,11-12)	Absalón entra en el harén en el terrado (16,21-22); después, encerradas «como viudas» (20,3)
Cuatro hijos	«Pagará cuatro veces» (12,6, sentencia de David)	El Talmud cuenta el niño, Amnón, Tamar y Absalón (Yoma 22b)
David	«No morirás» (12,13)	Muere anciano y es sepultado en su ciudad (1 Re 2,10)
Salomón	«A quien amó el Señor» (12,24-25)	Ungido rey en vida de su padre (1 Re 1,32-40)

Desde L. Rost (1926), muchos llaman a los capítulos 9 – 20 y a 1 Re 1 – 2 la «historia de la sucesión», que puede leerse como el cumplimiento paso a paso de la palabra de Natán. La espada «para siempre» (12,10) usa la misma expresión que el trono «para siempre» (7,16): el castigo no anula la promesa, ni la promesa borra el castigo.

El Salmo 51 y la historia de David

Salmo 51 (Torres Amat, 50)	2 Samuel 11 – 12
Título: «cuando vino a él el profeta Natán, después que él se había llegado a Betsabé» (51,2)	«El Señor envió a Natán» (12,1); en hebreo, el mismo verbo «venir» para el profeta y para el pecado
«Lávame a fondo de mi culpa, purifícame de mi pecado» (51,4)	El baño de Betsabé (11,2.4); David se lava al morir el niño (12,20)
«Contra ti, contra ti solo pequé» (51,6)	«Pequé contra el Señor» (12,13); «me has despreciado» (12,10)
«Para que seas justo en tu sentencia» (51,6; Rom 3,4)	David dicta sentencia contra el rico, y Natán se la aplica (12,5-7)
«Crea en mí, oh Dios, un corazón puro» (51,12)	Un corazón que pasó de una mirada al adulterio, y del adulterio al crimen (11,2-17)
«No retires de mí tu santo espíritu» (51,13)	El espíritu que se apartó de Saúl (1 Sam 16,14; cf. 2 Sam 7,15)
«Líbrame de la sangre, oh Dios» (51,16)	La sangre de Urías y de los soldados que murieron con él (11,17; 12,9)
«Un corazón contrito y humillado, oh Dios, tú no lo desprecias» (51,19)	David «despreció» la palabra del Señor (12,9): el mismo verbo hebreo, *bazá*
«Reconstruye las murallas de Jerusalén» (51,20)	Versos que muchos creen añadidos después del destierro

Los títulos de los salmos se añadieron después de compuestos, y este une el *Miserere* a la visita de Natán. La Iglesia lo reza en Laudes todos los viernes. El otro gran salmo del pecado perdonado es el 32 (31), que se canta con la historia de Natán el 11.º domingo del tiempo ordinario, ciclo C.

La parábola de la ovejita

La parábola (12,1-6)	La realidad (2 Samuel 11)
«Dos hombres en una ciudad», uno rico y otro pobre (12,1)	El rey David y su soldado Urías, en Jerusalén (11,1.6)
El rico tiene «ovejas y bueyes en grandísimo número» (12,2)	David tiene sus mujeres, y Dios le dio además las de Saúl (3,2-5; 5,13; 12,8)
El pobre no tiene «nada más que una ovejita» (12,3)	Urías, un extranjero, y su mujer, Betsabé (11,3)
La ovejita come de su pan, bebe de su vaso y duerme en su seno (12,3)	«¿Iría yo a mi casa a comer y beber, y dormir con mi mujer?» (11,11): los mismos tres verbos
La quería «como si fuese una hija» (en hebreo, *kebat*; 12,3)	Bat-Sheba, Betsabé (11,3): quizá un juego con su nombre
Llega al rico un caminante, luego «huésped», luego «hombre» (12,4)	El deseo de David; para el Talmud, el mal deseo, que entra de paso y acaba como dueño (Sucá 52b)
No toca sus rebaños y «quitó la ovejita al pobre» (12,4)	«Envió David mensajeros y la tomó» (11,4, en hebreo)
La ovejita muere, guisada para el banquete (12,4)	Muere el pobre, Urías (11,17), y después el niño (12,18)
«Es reo de muerte»; «pagará cuatro veces» (12,5-6; Éx 21,37; el griego dice «siete»)	«Ese hombre eres tú» (12,7); «no morirás» (12,13); cuatro desgracias en sus hijos, según el Talmud (Yoma 22b)

Natán no acusa: deja que el rey juzgue un caso ajeno y se condene a sí mismo (sobre este género, ver el cuadro del capítulo 14). La parábola no encaja del todo con la realidad, y no lo pretende: en ella muere la ovejita; en la historia muere el pobre. San Gregorio Magno la propuso como modelo para corregir a los poderosos (*Regla pastoral* III,2), y el Catecismo la cita al hablar de la envidia (n. 2538).

PARA PROFUNDIZAR

«Pequé contra el Señor»: Natán, David y el Miserere

El capítulo 11 terminaba con el juicio de Dios; el 12 empieza con su respuesta: «El Señor envió a Natán» (12,1). Después de un capítulo en el que el rey lo mueve todo enviando mensajeros, el que envía es Dios. Un rico que lo tiene todo roba la única ovejita de un pobre para agasajar a un huésped. Es lo que los estudiosos llaman una «parábola jurídica»: el oyente juzga un caso ajeno y, sin darse cuenta, se condena a sí mismo (ver el cuadro «La parábola de la ovejita»). San Gregorio Magno lo propuso como modelo para corregir a los poderosos: Natán obró como un médico que esconde el bisturí bajo el manto y lo saca de improviso (*Regla pastoral* III,2). David estalla: «hombre que tal hizo es reo de muerte». Y el profeta: «Ese hombre eres tú» (12,5-7).

La sentencia es dura: la espada no se apartará «jamás» de la casa de David (12,10), con la misma expresión hebrea, «para siempre», de la promesa de una casa eterna (7,16). Dios no retira su promesa, pero el pecado deja una herida que recorrerá toda la historia de la familia (ver nota a 12,10). Entonces David dice dos palabras: «Pequé contra el Señor» (12,13). No se excusa ni culpa a nadie. Saúl había dicho lo mismo (1 Sam 15,24.30), y san Agustín explica la diferencia: las palabras eran iguales, pero Dios veía un corazón distinto (*Contra Fausto* XXII,67). La respuesta es inmediata: «el Señor… te ha perdonado el pecado. No morirás».

Y, sin embargo, el niño muere (12,14-18). Aquí hay un escándalo que no conviene esconder: el narrador presenta esa muerte como castigo del pecado del padre. San Agustín distinguía entre el per-

dón, que abrió a David la salvación, y la corrección temporal de la «vara paterna» (cf. 7,14), que David aceptó sin acusar a Dios de haberlo engañado (*Contra Fausto* XXII,67). El Catecismo enseña que la absolución «quita el pecado, pero no remedia todos los desórdenes que el pecado causó» (n. 1459), y que las penas del pecado no deben concebirse «como una especie de venganza, infligida por Dios desde el exterior», sino como algo que brota de la naturaleza misma del pecado (n. 1472). La revelación posterior corregirá además la idea de que los hijos pagan por los padres (Dt 24,16; Ez 18,20), y Jesús negará que la desgracia de un hombre sea castigo de las culpas de sus padres (Jn 9,2-3).

Mientras el niño vive, ayuna, llora y duerme en el suelo, porque «¿quién sabe si el Señor me lo dejará?»; cuando muere, se lava, adora a Dios y come: «iré yo a él; pero él no volverá a mí» (12,22-23). Es la oración de quien pide con todas sus fuerzas y acepta la respuesta. Y la historia no termina en la muerte: Betsabé, llamada por fin por su nombre, da a luz a Salomón, «a quien amó el Señor», y Natán le pone un segundo nombre, Jedidías, «Amado del Señor» (12,24-25). El profeta que trajo la sentencia trae también el nombre de la gracia, y el hijo de aquella unión será el heredero de la promesa y antepasado de Jesús (Mt 1,6).

La tradición ha puesto en boca de David, en este momento, el Salmo 51, el *Miserere*, cuyo título dice que lo compuso «cuando vino a él el profeta Natán» (Sal 51,2). Los títulos se añadieron más tarde, y los últimos versos, que piden reconstruir las murallas de Jerusalén (51,20-21), parecen suponer la época del destierro; pero el salmo y la historia se iluminan mutuamente (ver el cuadro «El Salmo 51 y la historia de David»). «Contra ti, contra ti solo pe-

qué»: aunque David dañó a Urías, a Betsabé y a sus soldados, todo pecado es ante todo una ofensa a Dios (Catecismo, n. 1850). «Un corazón contrito y humillado, oh Dios, tú no lo desprecias» (51,19): el que había despreciado la palabra del Señor (12,9) descubre que Dios no desprecia al que se arrepiente.

San Agustín advertía, comentando este salmo, que muchos quieren caer con David y no levantarse con David: que lo oigan los que no han caído, para no caer, y los que han caído, para levantarse (*Enarraciones sobre los Salmos* 50,3). San Ambrosio, después de la matanza de Tesalónica del año 390, puso ante el emperador Teodosio el ejemplo de David, que al oír al profeta reconoció: «He pecado contra el Señor» (*Carta* 51,7). La Iglesia reza el *Miserere* en Laudes todos los viernes.

PAUSA

1. Natán contó una historia en la que David no se reconoció. ¿Qué faltas ves con claridad en los demás y no en ti?
2. David dijo «Pequé» sin excusas. ¿Qué te impide confesar tus faltas así, sin justificarte?
3. Después del pecado, Dios dio a David un hijo «amado del Señor». ¿Dónde has visto que la gracia llega después de una caída?

Para orar. *Ten piedad de mí, oh Dios, por tu bondad: crea en mí un corazón puro y no apartes de mí tu santo espíritu.*

13

Amnón y Tamar

La espada anunciada por Natán entra en la casa de David por medio de sus hijos. Amnón, el primogénito, se encapricha de su media hermana Tamar; con el plan de su primo Jonadab, la atrae a su cuarto fingiéndose enfermo, la viola y la echa de casa (vv. 1-19). Absalón, hermano de Tamar, la hace callar, y David se enfurece pero no hace justicia (vv. 20-22). Dos años después, Absalón hace matar a Amnón en un banquete y huye a Gesur (vv. 23-39). Es una de las páginas más duras de la Biblia, y la Biblia la cuenta sin esconder nada.

La trampa de Amnón

1 Sucedió después que Amnón, hijo de David, se enamoró
de una hermana de Absalón, también hijo de David, llamada Tamar [1], la cual era en extremo hermosa; 2 y creció
tanto en él la pasión, que de amor suyo vino a enfermar [2];
pues como Tamar era virgen, le parecía muy dificultoso
poder hacer con ella cosa alguna deshonesta. 3 Tenía Amnón un amigo que se llamaba Jonadab, hijo de Semmaa,
hermano de David, sumamente astuto [3]. 4 Le dijo, pues,
éste a Amnón: ¿En qué consiste, príncipe mío, que cada
día te vas poniendo más flaco? ¿Por qué no te descubres
conmigo? Le respondió Amnón: Estoy enamorado de Ta-

mar, hermana de Absalón, mi hermano. 5 Replicó Jonadab: Quédate en cama, como que estás malo, y cuando venga tu padre a visitarte, dile: Te suplico que venga mi hermana Tamar a darme la comida, y me componga ella misma algún plato con que me alimente.

6 Se puso, pues, Amnón en cama, y empezó a fingirse enfermo; y habiendo venido el rey a visitarlo, le dijo Amnón: Te ruego que venga a verme mi hermana Tamar, y que a presencia mía me haga un par de hojuelas [4], que coma yo de su mano. 7 Con esto David envió un recado a casa de Tamar [5], y la hizo decir: Anda, ve a casa de tu hermano Amnón, y hazle alguna cosa de comer. 8 Pasó Tamar a casa de su hermano Amnón, que estaba en cama; y tomando harina, la amasó, y batiéndola hizo a vista de él unos pastelillos; 9 y después de cocidos, los puso en un plato, y se los presentó. Mas Amnón no quiso comer; dijo: Salgan todos fuera de aquí [6]. Salido que hubieron todos, 10 dijo Amnón a Tamar: Entra la comida en mi aposento, para que la reciba yo de tu mano. Cogió, pues, Tamar los pastelillos que había aderezado, y se los entró a su hermano Amnón en su aposento.

La violación de Tamar

11 Y así que le presentó el plato, asió de ella, diciéndole: Ven, hermana mía, duerme conmigo. 12 La cual le respondió: No quieras hacerme violencia, hermano mío [7], no,

pues no es esto permitido en Israel; no hagas tal villanía,
13 porque yo no podré sufrir mi oprobio [8], y tú serás tenido por un insensato en Israel. Mejor será que hables al rey para casarme contigo [9], que no rehusará entregarme a ti.
14 Mas Amnón no quiso aquietarse con estos ruegos, sino que prevaleciendo en fuerzas, la violentó y durmió con ella [10].

15 Y en seguida le tomó tan extraordinaria aversión, que era más intenso el odio que concibió contra ella, que el amor con que antes la amaba [11]; y así le dijo Amnón: Levántate y vete de aquí. 16 Le replicó Tamar: El ultraje que ahora me haces echándome de esa manera, es mayor [12] que el que me has hecho antes. Pero Amnón no quiso escucharla; 17 antes llamando a uno de sus criados le dijo: Hazla salir de aquí, y cierra tras ella la puerta. 18 Estaba Tamar vestida de una ropa talar de varios colores [13], traje que acostumbraban a usar las doncellas hijas del rey. El criado, pues, de Amnón la hizo salir fuera del aposento, y cerró tras ella la puerta. 19 Entonces Tamar esparciendo ceniza sobre su cabeza, y rasgando su ropa talar, se fue dando gritos [14] y cubriéndose con ambas manos la cabeza.

20 Le dijo Absalón, su hermano: ¿Es acaso que tu hermano ha abusado de ti? Mas por ahora, hermana mía, calla; que al fin es hermano tuyo [15]; no te desesperes por esa desgracia. Con eso Tamar se quedó en casa de su hermano Absa-

lón, consumiéndose de tristeza y de dolor [16]. [21] Habiendo David oído este suceso, se afligió sobremanera; mas no quiso contristar el ánimo de su hijo Amnón [17]; porque lo amaba muy particularmente por ser su primogénito. [22] Absalón no habló de esto con Amnón ni en bien ni en mal [18]; a pesar de que le tomó gran odio, por haber violado a su hermana Tamar.

La venganza de Absalón

[23] Al cabo de dos años acaeció que Absalón hacía el esquileo de sus ovejas en Baalasor, que está cerca de la ciudad de Efraín o Efrem [19], y convidó Absalón a todos los hijos del rey. [24] A este fin fue a ver al rey y le dijo: Te hago presente que esquilan las ovejas de tu siervo; venga, pues, te suplico, el rey con sus criados a la casa de su siervo. [25] Respondió el rey a Absalón: No quieras, hijo mío, no quieras pretender que vayamos todos, pues te sería muy costoso. Y como le hiciese nuevas instancias, David rehusó siempre ir, y le echó su bendición. [26] Mas Absalón replicó: Ya que tú no quieres venir, venga, te suplico, con nosotros a lo menos mi hermano Amnón. Le dijo el rey: No hay necesidad de que vaya contigo. [27] Al fin le importunó tanto Absalón, que dejó ir con él a Amnón con todos sus hermanos. El convite que Absalón tenía dispuesto era como un banquete de un rey [20].

28 Y había ordenado y dicho a sus criados: Estad alerta; y
cuando Amnón estuviere tomando vino [21], y os diere la se-
ñal, heridlo entonces y matadlo; no tenéis que temer; que
yo soy el que os mando. Coraje, y portaos como valientes.
29 Hicieron, pues, los criados de Absalón lo que éste les ha-
bía mandado contra Amnón. Con lo que levantándose de
la mesa todos los hijos del rey, montaron cada uno en su
mula [22], y echaron a huir.

30 Estando todavía en el camino, llegó a oídos de David el
rumor de que Absalón había asesinado a todos los hijos del
rey, sin quedar ni siquiera uno solo. 31 Se levantó al instan-
te el rey, y rasgó sus vestidos, se postró sobre la tierra; y se
rasgaron asimismo los vestidos de los criados que le asis-
tían. 32 Entonces Jonadab, hijo de Semmaa, hermano de
David, dijo al rey: No se imagine el rey mi señor que hayan
sido asesinados todos los hijos del rey; sólo Amnón es el
que ha perecido; porque Absalón tenía jurado perderle
desde el día que violó a Tamar, hermana suya. 33 No pien-
se, pues, ni dé crédito el rey mi señor a esa voz que corre
de que todos los hijos del rey han sido asesinados; porque
sólo Amnón es el que ha muerto.

34 Entretanto escapó Absalón. Un criado que estaba de ata-
laya, tendiendo la vista, vio venir mucha gente por un ca-
mino extraviado al lado del monte. 35 Dijo entonces Jona-
dab al rey: Mira allí muchos hijos del rey; conforme a lo

que ha dicho tu siervo, así ha sucedido. [36] Apenas acabó de hablar, cuando se dejaron ver también los hijos del rey; y luego que llegaron, alzaron el grito y echaron a llorar. Se deshacían asimismo el rey y todos sus criados. [37] Absalón huyó y fue a refugiarse en casa de Tolomai, hijo de Ammiud, rey de Gesur [23]. Y David lloraba continuamente a su hijo. [38] Permaneció Absalón tres años en Gesur [24], después que huyó y se retiró allí. [39] Al cabo el rey David dejó de perseguir a Absalón [25] por habérsele templado la pena de la muerte de Amnón.

¿Sabías que?

Fray Gabriel Téllez, el mercedario conocido como Tirso de Molina, a quien se atribuye *El burlador de Sevilla*, llevó esta historia al teatro en *La venganza de Tamar*, escrita hacia 1621, una de las grandes tragedias bíblicas del Siglo de Oro. Algo más de una década después, hacia 1633-1636, Pedro Calderón de la Barca volvió sobre los mismos hechos en *Los cabellos de Absalón*, y aprovechó en ella escenas enteras de la obra de Tirso. Que dos de los mayores dramaturgos españoles eligieran este capítulo muestra la fuerza con que la Biblia cuenta la ruina de una familia.

PARA PROFUNDIZAR

Tamar: la violencia que la familia calla

Esta página no tiene consuelo fácil, y no hay que buscárselo. Amnón, el heredero del trono, desea a su media hermana; su primo

Jonadab, «muy sabio» según el hebreo y sabio «para el mal» según el Talmud (Sanedrín 21a), le da el plan; el rey, sin sospechar nada, envía a su hija a casa del hijo «enfermo»; Amnón hace salir a todos y le dice: «Ven, hermana mía, duerme conmigo» (13,1-11). La respuesta de Tamar es el discurso más lúcido del capítulo: apela a la ley de Israel («no es esto permitido»), llama al crimen por su nombre («villanía», como en la historia de Dina, Gn 34,7), piensa en su vergüenza y en la de él, y busca una salida (13,12-13). Él no la escucha: «prevaleciendo en fuerzas, la violentó» (13,14). El narrador no añade un solo detalle; no hace falta.

Lo que sigue revela la verdad de lo que Amnón llamaba amor: un odio mayor que el deseo (13,15). La echa como a un estorbo, «echad a ésta», dice el hebreo, y manda cerrar la puerta (13,17). Pero Tamar no se esconde: esparce ceniza sobre su cabeza, rasga la túnica de las princesas y se va gritando (13,19). Según la Ley, el grito de la mujer agredida era el testimonio de su inocencia (Dt 22,24.27). La tradición judía honró ese grito: el Talmud dice que Tamar «levantó una gran valla», porque todos comprendieron que, si aquello podía ocurrir a una hija del rey, podía ocurrir a cualquiera (Sanedrín 21a).

Entonces empieza el silencio. Absalón le dice: «calla; que al fin es hermano tuyo» (13,20). David «se afligió sobremanera», o «se enfureció», como dice el hebreo, y no hizo nada; el griego y la Vulgata añaden que no quiso disgustar a Amnón «porque lo amaba… por ser su primogénito» (13,21). Torres Amat, hombre de su época, justificaba en 1824 el silencio de Absalón porque interesaba «el honor de la familia real» y «en los males domésticos el silencio es parte del remedio». La historia muestra lo contrario.

Tamar se queda «desolada» en casa de su hermano (13,20) y desaparece del relato. Muchos lectores piensan que el padre que había pecado con Betsabé no tuvo autoridad, o no tuvo valor, para juzgar a su hijo; el hermano guardó su odio dos años y lo convirtió en asesinato (13,23-29). Se cumplía la palabra de Natán: «Yo haré salir de tu propia casa los desastres contra ti» (12,11).

La Iglesia no lee esta página en la liturgia, pero tampoco la arranca de la Biblia. El Catecismo dice que la violación «lesiona profundamente el derecho de cada uno al respeto, a la libertad, a la integridad física y moral», que «puede marcar a la víctima para toda la vida» y que «es siempre un acto intrínsecamente malo» (n. 2356). El papa Francisco, escribiendo a toda la Iglesia sobre los abusos sexuales, describió el dolor de las víctimas como «un gemido que clama al cielo», durante mucho tiempo «ignorado, callado o silenciado» (*Carta al Pueblo de Dios*, 20 de agosto de 2018). Son palabras que podrían escribirse al pie de este capítulo. Al poner ante los hombres las consecuencias de las perversiones del corazón, dice la Pontificia Comisión Bíblica, la Escritura «invita a reconocer el mal para evitarlo y combatirlo» (*La inspiración y la verdad de la Sagrada Escritura*, 2014, n. 126).

Tamar no es la única: la Biblia cuenta también la violación de Dina (Gn 34) y la de la mujer del levita en Gabaa (Jue 19). La biblista Phyllis Trible incluyó la historia de Tamar entre los «textos de terror» de la Escritura (1984), y propuso leerlos como memoria de sus víctimas. La Biblia, que no dio a Tamar justicia en vida, le conserva al menos el nombre y la palabra: es una de las pocas víctimas de estas historias que habla, y habla con dignidad. Su hermano pondrá su nombre a su única hija (14,27). El

cristiano lee esta página a la luz de Cristo, que se puso del lado de los humillados y dijo que lo que se hace a uno de sus hermanos más pequeños se le hace a él (Mt 25,40). Callar ante el daño sufrido por otro no es prudencia: es dejar sola a la víctima.

PAUSA

1. Tamar habló con valor, y nadie la escuchó. ¿Sabes escuchar a quien te confía un daño sufrido, sin pedirle que calle?
2. David se enfureció, pero no hizo justicia. ¿Hay algo en tu familia que deberías afrontar y prefieres no ver?
3. Absalón guardó su odio dos años. ¿Qué rencor necesitas entregar a Dios antes de que se convierta en venganza?

Para orar. *Señor, que escuchas el clamor de los humillados, consuela a las víctimas de toda violencia y no nos dejes callar ante la injusticia.*

14

La mujer de Tecua

Absalón lleva tres años desterrado en Gesur, y Joab, que conoce el corazón del rey, prepara una trampa como la de Natán: una mujer sabia de Tecua presenta a David un caso inventado, el de una viuda cuyo único hijo, que mató a su hermano, quieren matar los parientes. El rey jura protegerlo y queda atado por su propia sentencia. El capítulo tiene tres partes: la parábola (vv. 1-20), el regreso de Absalón sin ver al rey (vv. 21-27) y la reconciliación forzada por el fuego (vv. 28-33). En el centro, una frase sobre Dios, que busca caminos para que el desterrado vuelva (v. 14).

La mujer sabia de Tecua

1 Advirtiendo, pues, Joab, hijo de Sarvia, que el corazón
del rey se inclinaba ya a Absalón [1], 2 envió a Tecua, e hizo
venir de allí una mujer sagaz [2], a la cual dijo: Finge que es-
tás de duelo, y ponte un vestido de luto, y no te unjas, a fin
de que parezcas ser una mujer que hace muchísimo tiem-
po está de duelo por un difunto. 3 Y te presentarás ante el
rey y le dirás esto y esto. Y la instruyó Joab en todo lo que
había de decir.

4 Así, pues, presentándose la mujer de Tecua al rey, se pos-
tró en tierra delante de él, y haciéndole profunda reveren-

cia le dijo: ¡Oh rey, sálvame! [3] [5] Le dijo el rey: ¿Qué es lo que tienes? ¡Ay de mí!, respondió ella, soy una mujer viuda; pues se me ha muerto mi marido. [6] Tenía tu sierva dos hijos, que riñeron entre sí en el campo [4], donde no había nadie que pudiese separarlos, y el uno hirió al otro, y lo mató. [7] Y he aquí que ahora toda la parentela conjurándose contra tu sierva, dice: Entréganos el que mató a su hermano, para hacerle morir en venganza de la sangre de su hermano a quien quitó la vida; y acabemos con ese heredero. De esta suerte pretenden extinguir la sola centella que me había quedado [5], para que no reste de mi marido nombre ni reliquia sobre la tierra.

[8] Respondió el rey a la mujer: Vete a tu casa, que yo daré providencia en favor tuyo. [9] Replicó la mujer tecuita al rey: Recaiga sobre mí la culpa [6], oh rey y señor mío, y sobre la casa de mi padre; y queden sin ella el rey y su trono. [10] Dijo el rey: Si alguno se metiere contigo, hazlo venir delante de mí, que no se atreverá a incomodarte más. [11] Añadió ella: Por el Señor Dios suyo, pido al rey que reprima con su autoridad la multitud de parientes que quieren vengar [7] con la muerte de mi hijo la sangre del difunto, y haga que no le maten de manera alguna. Le dijo el rey: Vive Dios que no caerá ni un cabello de tu hijo [8].

[12] Dijo entonces la mujer: Permita mi rey y señor que esta sierva le hable una palabra. Habla, respondió el rey.

13 Dijo, pues, la mujer: ¿Cómo, señor, has pensado tú hacer
lo mismo en daño del pueblo de Dios [9]? y ¿por qué ha re-
suelto el rey hacer ese mal, en lugar de hacer volver a su
hijo del destierro? 14 Todos nos vamos muriendo, y desli-
zando como el agua derramada por la tierra [10], la cual
nunca vuelve atrás; ni Dios quiere que perezca ningún
hombre [11], antes bien está propenso siempre a revocar la
sentencia, a fin de que no perezca enteramente el que está
abatido. 15 Por esto, pues, he venido yo ahora a proponer a
mi rey y señor esta súplica en presencia del pueblo. Porque
dijo tu sierva: Hablaré al rey, a ver si de algún modo puedo
obtener la gracia que le pediré. 16 En efecto, el rey me la ha
otorgado, librando a su sierva de las manos de todos aque-
llos que intentaban exterminarnos a mí y a mi hijo de la
heredad o pueblo de Dios [12]. 17 Con que bien podrá suplí-
car tu esclava que la palabra del rey mi señor a favor de mi
hijo, se cumpla a favor de Absalón, como un sacrificio
acepto a Dios [13]; porque mi señor rey es como un ángel de
Dios [14], que no se mueve ni por bendiciones o aplausos, ni
por maldiciones. De aquí es que el Señor Dios tuyo está
contigo.

18 A lo que respondió el rey a la mujer: No me ocultes nada
de lo que voy a preguntarte. Y ella: Hablad mi rey y señor.
19 ¿No es verdad, prosiguió el rey, que todo lo que me has
dicho es cosa dispuesta por Joab? Respondió la mujer, y

dijo: Por vida tuya (que Dios conserve), oh mi rey y señor, que has dado directamente en el blanco; pues realmente tu siervo Joab es el mismo que me lo ha mandado, y el que ha puesto en boca de tu sierva todas las palabras que te ha dicho. 20 La parábola de que me he valido [15], quien la ha dispuesto ha sido tu siervo Joab. Mas tú, oh rey mi señor, eres sabio como lo es un ángel de Dios, para entender todas las cosas del mundo.

Absalón vuelve sin ver al rey

21 Dijo entonces el rey a Joab: Concedo la gracia que pides; anda pues, y haz volver a mi hijo Absalón. 22 Aquí Joab, postrándose en tierra sobre su rostro, hizo una profunda reverencia al rey, le dio las gracias, y añadió: Oh rey y señor mío, hoy ha reconocido tu siervo que ha hallado gracia en tus ojos; pues que has otorgado la súplica que te he hecho. 23 En seguida se levantó Joab, y pasó a Gesur, de donde se trajo a Absalón a Jerusalén. 24 Pero el rey había dicho: Vuelva a su casa; mas no comparezca en mi presencia [16]. Volvió, pues, Absalón a su casa; mas no vio la cara al rey.

25 No había en todo Israel hombre tan hermoso, ni de tan gallarda presencia como Absalón; desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza [17], no había en él el menor defecto. 26 Cuando se cortaba el cabello (que lo ejecutaba una vez al año, pues le incomodaba la cabellera), pesaban

los cabellos de su cabeza o se apreciaban en doscientos siclos del peso común [18]. [27] Tuvo Absalón tres hijos y una hija llamada Tamar [19], de extremada hermosura.

El beso del rey

[28] Hacía dos años que estaba Absalón en Jerusalén, y no había visto la cara del rey. [29] Mandó, pues, llamar a Joab para enviarle al rey, y no quiso venir. Despachándole segundo recado, y no queriendo venir tampoco, [30] dijo a sus criados: Ya sabéis el campo de Joab, que linda con el mío, donde la cebada está para segarse; id y pegadle fuego. Al punto los criados de Absalón prendieron fuego a las mieses. Y viniendo los criados de Joab, rasgados sus vestidos [20], le dijeron: Los criados de Absalón han puesto fuego a una parte de tu campo.

[31] Fue, pues, Joab a casa de Absalón. Y le dijo: ¿Por qué razón tus criados han puesto fuego a mis mieses? [32] Le respondió Absalón: Es que yo envié a llamarte, rogándote que vinieras, para que dijeses de mi parte al rey: ¿A qué fin he vuelto de Gesur? Para esto me era mejor estarme allí. Alcánzame, pues, la gracia de que pueda ver la cara del rey; y que si aún recuerda mi delito, quíteme la vida. [33] Entonces Joab presentándose al rey le dio cuenta de todo esto; después de lo cual fue llamado Absalón, que entró donde el rey estaba, y arrojándose a sus pies lo adoró, y el rey besó a Absalón [21].

¿Sabías que?

La cabellera de Absalón dio mucho que pensar a los antiguos lectores. La Misná, la gran colección de la ley oral judía reunida hacia el año 200, enseña que Dios castiga «medida por medida»: Absalón se enorgullecía de su cabello, y por eso fue colgado por el cabello; y como se acostó con diez concubinas de su padre, le clavaron diez lanzas (Sotá 1,8; ver 16,22 y 18,15). El texto bíblico solo dice que se le enredó «la cabeza» en la encina (18,9), pero ya Flavio Josefo, en el siglo I, cuenta que se le enredó el pelo en las ramas (*Antigüedades judías* VII,10,2), y Torres Amat comenta en una nota que quizá su gran cabellera le impidió desenredarse.

Tres parábolas para un rey

Parábola	Quién la cuenta, y a quién	Qué consigue
La ovejita del pobre	El profeta Natán, a David (2 Sam 12,1-7)	David dicta sentencia, y Natán le dice: «Ese hombre eres tú»
Los dos hermanos	La mujer de Tecua, enviada por Joab, a David (2 Sam 14,4-20)	David jura proteger al culpable y tiene que hacer volver a Absalón
El prisionero	Un discípulo de los profetas, herido y disfrazado, al rey Acab (1 Re 20,35-43)	Acab dicta su propia condena por haber soltado a Benadad
Los árboles	Joatam, a los de Siquem (Jue 9,7-15)	Una fábula contra Abimelec, el rey zarza
La viña estéril	Isaías, a Jerusalén y a Judá (Is 5,1-7)	«Juzgad entre mí y mi viña»: la viña es la casa de Israel
Los dos deudores	Jesús, a Simón el fariseo (Lc 7,40-43)	«Has juzgado bien»: ama más aquel a quien más se perdona
Los viñadores	Jesús, a los sumos sacerdotes y a los fariseos (Mt 21,33-45)	Ellos mismos dictan la sentencia y entienden que habla de ellos

En la parábola «jurídica», como la llamó en 1967 el estudioso israelí Uriel Simon, el oyente juzga un caso inventado y pronuncia la sentencia antes de saber que se trata de él. Las tres primeras se cuentan a reyes, y de ellas la de Tecua es la única que no busca una condena, sino una gracia. La fábula de Joatam y la viña de Isaías son parientes cercanos del género. En el Leccionario, la parábola de Natán se lee con la de los dos deudores (11.º domingo del tiempo ordinario, ciclo C).

PARA PROFUNDIZAR

La mujer de Tecua: un Dios que no quiere que nadie se pierda

En los libros de Samuel hay dos parábolas contadas a David para que se juzgue a sí mismo. La primera, la de Natán, desenmascaró su pecado (12,1-7); la segunda, la de la mujer de Tecua, quiere arrancarle una gracia. Joab la prepara con cuidado: una viuda de luto, dos hermanos que riñen en el campo, una parentela que exige la sangre del que mató y una madre que se quedaría sin la última brasa de su hogar (14,5-7). El rey decide el caso a favor de la viuda y lo jura «por vida del Señor» (14,11). Solo entonces ella revela el sentido: si el rey protege a un fratricida ajeno, ¿por qué deja en el destierro a su propio hijo? (ver el cuadro «Tres parábolas para un rey»).

El centro del discurso es el v. 14, uno de los más difíciles del libro. El hebreo dice, más o menos: «Todos hemos de morir; somos como agua derramada en tierra, que no se puede recoger; pero Dios no quita la vida, sino que piensa medios para que el desterrado no siga desterrado lejos de él». La Vulgata lo convirtió en una sentencia de alcance universal: nec vult Deus perire animam, «no quiere Dios que perezca un alma, sino que vuelve sobre su decisión, pensando cómo no se pierda del todo el que ha sido rechazado». Torres Amat la amplía todavía: Dios «está propenso siempre a revocar la sentencia». Probablemente la traducción latina dio al versículo una nitidez teológica que el hebreo no tiene; pero en los dos textos la mujer apela al modo de obrar de Dios para pedir al rey que obre igual.

Esa idea recorre toda la Escritura. Ezequiel la pone en boca de Dios: ¿acaso quiere él la muerte del malvado, y no que se convierta de su camino y viva? (Ez 18,23; cf. 18,32; 33,11). El libro de la Sabiduría la convierte en oración: Dios perdona a todos porque todos son suyos, y es «amigo de la vida» (Sab 11,24-26). El Nuevo Testamento la lleva a su plenitud: Dios «quiere que todos los hombres se salven» (1 Tm 2,4), y tiene paciencia porque no quiere que nadie perezca (2 Pe 3,9). Jesús lo cuenta en las parábolas de la misericordia, la del pastor que busca la oveja perdida y la del padre que espera al hijo (Lc 15), y el Catecismo recuerda que «la Iglesia ruega para que nadie se pierda» (n. 1058). El «medio» definitivo que Dios pensó para que el desterrado vuelva fue su propio Hijo (Jn 3,16-17).

Por eso el resto del capítulo es tan triste. David concede el regreso, pero no el perdón: «Vuelva a su casa; mas no comparezca en mi presencia» (14,24). Absalón pasa dos años en Jerusalén sin ver el rostro de su padre, hasta que incendia el campo de Joab para forzar un encuentro (14,28-32). Cuando por fin entra, se postra, y el rey lo besa (14,33); el narrador no recoge una sola palabra, ni de arrepentimiento ni de perdón. Basta compararlo con el padre del hijo pródigo, que ve al hijo de lejos, corre, se le echa al cuello y lo besa, y después hace fiesta (Lc 15,20-24). David no hizo justicia cuando Amnón violó a Tamar (13,21), y ahora tampoco ofrece una misericordia verdadera: deja que el tiempo y Joab decidan por él. El capítulo siguiente mostrará el fruto de ese perdón a medias.

La página plantea así la relación entre justicia y misericordia. El Catecismo enseña que el Evangelio es «la revelación, en Jesucris-

to, de la misericordia de Dios con los pecadores», y que acogerla exige reconocer las propias faltas (nn. 1846-1847). El papa Francisco lo explicó en la bula del Jubileo de la Misericordia: «La misericordia no es contraria a la justicia sino que expresa el comportamiento de Dios hacia el pecador, ofreciéndole una ulterior posibilidad para examinarse, convertirse y creer»; Dios no rechaza la justicia, sino que «la engloba y la supera» (*Misericordiae vultus*, 2015, n. 21). David conoció esa misericordia en carne propia (12,13), pero no supo ejercerla con su hijo: ni lo corrigió, ni lo perdonó de verdad.

La mujer de Tecua, con toda su astucia, dijo una verdad más grande que la intriga de Joab: Dios no se limita a tolerar al culpable desde lejos, sino que piensa medios para que vuelva, y cuando vuelve, le muestra su rostro.

PAUSA

1. La mujer de Tecua habló al rey de forma indirecta para que pudiera ver su propia situación. ¿Quién te ha ayudado alguna vez a ver lo que tú no querías ver?
2. David dejó volver a su hijo, pero no quiso verle la cara. ¿Hay alguien a quien has perdonado solo a medias?
3. Dios «piensa medios» para que el desterrado no quede lejos de él. ¿Por qué caminos te ha buscado a ti?

Para orar. *Señor, que no quieres que nadie se pierda, enséñame a perdonar con el rostro descubierto, como tú me perdonas.*

15

La conjura de Absalón y la huida de David

Absalón prepara el golpe con paciencia: se rodea de un séquito de rey, se pone a la puerta de la ciudad y «roba el corazón» de los israelitas con promesas de justicia y con besos. Después se hace proclamar rey en Hebrón, y Aquitofel, el consejero de David, se pasa a su bando. David no espera el asalto: sale a pie de Jerusalén. El capítulo es una procesión de encuentros: la conjura (vv. 1-12), la salida de la ciudad y el extranjero fiel, Etai (vv. 13-23), el arca que vuelve a Jerusalén (vv. 24-29) y la subida llorando al monte de los Olivos (vv. 30-37).

Absalón roba el corazón de Israel

1 Después de esto Absalón se equipó de carrozas, tomó gentes de a caballo, y cincuenta guardias que fuesen corriendo delante de él [1]. 2 Y levantándose de madrugada, se ponía a la entrada de la puerta; y a todos los que tenían negocios que tratar, y venían a pedir justicia al rey, los llamaba Absalón, y les decía: ¿De dónde eres tú? Le respondía el hombre: Yo, siervo tuyo, soy de tal tribu de Israel. 3 Y Absalón le hablaba así: Tus pretensiones me parecen razonables y justas; la lástima es que no hay persona puesta por el rey para oírte. Y añadía Absalón: 4 ¡Oh, quién me constituyese juez o gobernador de esta tierra [2], para que viniesen

a mí todos los que tienen negocios, y yo les hiciese justicia!
5 Además, cuando alguno se acercaba para hacerle reverencia, le alargaba la mano, y dándole un abrazo lo besaba. 6 Esto hacía con todos los de Israel que venían a que el rey los oyese y juzgase; con los cual robaba al rey los corazones de los israelitas [3].

7 Pero cumplido el año cuadragésimo [4], dijo Absalón al rey David: Permíteme que vaya a cumplir en Hebrón unos votos que tengo hechos al Señor. 8 Pues cuando tu siervo estaba en Gesur, en la Siria, hizo muy de veras este voto a Dios: Si el Señor me restituyere a Jerusalén, le ofreceré un sacrificio [5]. 9 Le respondió el rey David: Anda enhorabuena. Con esto se puso en camino; y marchó a Hebrón.

10 Y despachó Absalón emisarios por todas las tribus de Israel, diciendo: Luego que oigáis el sonido de la trompeta, decid: Absalón ha sido alzado rey en Hebrón [6]. 11 Fueron también con Absalón doscientos hombres de Jerusalén, que había convidado; los cuales le siguieron con sencillez de corazón, sin saber nada de sus designios. 12 Hizo venir asimismo a Aquitofel, gilonita, consejero de David [7], de su ciudad de Gilo. Al tiempo, pues, que estaba inmolando las víctimas, se formaba una recia conjuración; e iba creciendo el número de la gente que corría en tropel al partido de Absalón.

David sale de Jerusalén

13 Le llegó, pues, a David un mensajero, diciendo: Todo Israel se va con plena voluntad en pos de Absalón.
14 Entonces David dijo a sus criados, que tenía consigo en Jerusalén: Daos prisa, huyamos [8]; de lo contrario vamos a caer en manos de Absalón; apresurémonos a salir; no sea que nos sorprenda, y se arroje sobre nosotros, y pase a cuchillo la ciudad. 15 Le respondieron al rey sus criados: Todo cuanto nos ordenare el rey nuestro señor lo ejecutaremos gustosos tus siervos.

16 Salió, pues, el rey con toda su familia a pie; y dejó a diez de sus mujeres secundarias para custodia del palacio [9].
17 Salido que hubo a pie con todos los israelitas que le acompañaban, se paró al estar ya lejos de su casa; 18 y todos sus criados iban a su lado. E iban delante del rey las legiones de Cereti y de Feleti, y todos los geteos [10], guerreros valientes, que en número de seiscientos hombres de a pie le habían seguido desde Get.

19 Dijo entonces el rey a Etai, geteo [11]: ¿Para qué vienes con nosotros? Vuélvete y quédate con el nuevo rey; pues tú eres un extranjero que estás fuera de tu patria. 20 Ayer llegaste a Jerusalén; ¿Y hoy has de verte obligado a salir con nosotros? Yo por mí iré a donde hubiere de ir; pero tú vuélvete y llévate a tus hermanos los seiscientos geteos. El Señor es fiel y misericordioso [12], recompensará el celo y la

lealtad con que me has servido. 21 Pero Etai le respondió:
Vive Dios, y vive el rey mi señor, que doquiera que tú, ¡oh
rey y señor mío!, estuvieres, o para morir o para vivir, allí
estará tu siervo [13]. 22 Con esto dijo David a Etai: Ven, pues,
y pasa el torrente Cedrón. Y pasó Etai, geteo, con todos los
que le acompañaban y la demás gente. 23 Lloraban con
grandes sollozos; y fue pasando toda la muchedumbre.
Pasó también el rey el torrente Cedrón [14], y se encaminó
toda la gente por el camino que va al desierto.

El arca vuelve a la ciudad

24 Vino asimismo el sumo sacerdote Sadoc [15], acompañado
de todos los levitas, que llevaban el arca del Testamento de
Dios, y la colocaron allí. Abiatar se mantuvo junto a ella,
hasta que acabó de pasar todo el pueblo que salía de la ciu-
dad. 25 Dijo entonces el rey a Sadoc: Vuelve a llevar a la ciu-
dad el arca de Dios [16], que si yo hallare gracia en los ojos
del Señor, él me volverá aquí, y me dejará ver otra vez su
arca y su Tabernáculo. 26 Que si me dijere: No eres acepto a
mis ojos, a su disposición estoy, haga de mí lo que fuere de
su mayor agrado [17].

27 Y añadió el rey al sumo sacerdote Sadoc: Oh vidente [18],
vuélvete en paz a la ciudad con tu hijo Aquímaas y con Jo-
natás, hijo de Abiatar; estén con vosotros esos dos hijos
vuestros. 28 Yo voy a ocultarme en los campos del desierto,
hasta tanto que me enviéis otras noticias del estado de las

cosas. [29] Sadoc, pues, y Abiatar, volvieron el arca de Dios a Jerusalén, donde se quedaron.

La cuesta de los Olivos

[30] Entretanto subía David la cuesta de las Olivas, y la subía llorando, caminando a pie descalzo y tapada la cabeza [19]; e igualmente subía llorando con la cabeza tapada todo el pueblo que le acompañaba. [31] Y recibió aviso David de que Aquitofel entraba también en la conjuración de Absalón. Oh Señor, exclamó entonces, desconcierta, te ruego, los consejos de Aquitofel [20].

[32] Estando ya para llegar David a la cumbre del monte desde donde había de adorar al Señor [21], he aquí que se le presentó Cusai, araquita [22], con el vestido rasgado y la cabeza cubierta de polvo. [33] Le dijo David: Si quieres venir conmigo, me servirás de carga; [34] pero si volvieres a la ciudad y dijeres a Absalón: Siervo tuyo soy, oh rey; como serví a tu padre, así te serviré a ti; entonces podrás desconcertar los consejos de Aquitofel. [35] Allí tienes contigo a Sadoc y Abiatar, sumos sacerdotes; todo cuanto oyeres decir en la casa del rey, se lo comunicarás a ellos. [36] En su compañía están dos hijos suyos, Aquímaas, hijo de Sadoc, y Jonatás, hijo de Abiatar, y por ellos me enviaréis a decir todo lo que supiereis. [37] Cusai, pues, amigo de David, se volvió a Jerusalén; adonde llegó al mismo tiempo que entraba también Absalón.

¿Sabías que?

En 1681, el poeta inglés John Dryden publicó *Absalom and Achitophel*, una sátira en verso que contaba la crisis política de su tiempo con los nombres de este capítulo. El rey Carlos II era David; su hijo ilegítimo, el duque de Monmouth, que aspiraba a sucederle, era Absalón; y el conde de Shaftesbury, que lo empujaba a la rebelión, era Aquitofel. El poema, escrito cuando se discutía si el hermano católico del rey podía heredar el trono, es uno de los más célebres de la sátira inglesa. En 1685, muerto Carlos II, Monmouth se alzó en armas contra su tío, Jacobo II, y fue ejecutado.

La huida de David y la Pasión de Jesús

David (2 Sam 15 – 17)	Jesús
Sale de Jerusalén y cruza el torrente Cedrón (15,23)	Sale con sus discípulos «al otro lado del torrente Cedrón» (Jn 18,1)
Sube llorando la cuesta de los Olivos (15,30)	Llora sobre Jerusalén desde el monte (Lc 19,37.41) y va a orar al monte de los Olivos (Lc 22,39)
«Haga de mí lo que fuere de su mayor agrado» (15,26)	«No se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lc 22,42)
Lo traiciona Aquitofel, su consejero (15,31; cf. Sal 41,10)	Lo entrega Judas, «el que come mi pan» (Jn 13,18.21)
El traidor se ahorca (17,23)	Judas se ahorca (Mt 27,5); en griego, el mismo verbo
Un extranjero, Etai, le es fiel «para morir o para vivir» (15,21)	Un centurión romano lo reconoce al pie de la cruz (Mc 15,39): un paralelo más lejano
Llega a la cumbre del monte, donde se adoraba a Dios (15,32)	Ora postrado en Getsemaní, al pie del monte (Mc 14,32-36)
Lo maldicen y apedrean, y no responde (16,5-13)	Cuando lo insultaban, no devolvía el insulto (1 Pe 2,23)
Detiene a Abisai, que quiere cortar la cabeza a Semei (16,9-10)	Manda a Pedro envainar la espada (Jn 18,10-11)
Vuelve victorioso y perdona a Semei (19,23)	Perdona a los que lo crucifican (Lc 23,34)

Los evangelistas no citan 2 Samuel 15; la tipología es una lectura de fe (Catecismo, n. 128). San Agustín lee el Salmo 3, «cuando huía de Absalón», en la persona de Cristo, y ve en el hijo rebelde una figura de Judas (*Enarraciones sobre los Salmos* 3,1). Las diferencias también hablan: David huye por su pecado; Jesús, inocente, carga con el nuestro.

PARA PROFUNDIZAR

David sube llorando el monte de los Olivos

Pocas escenas del Antiguo Testamento están contadas con tanta lentitud como la salida de David de Jerusalén. El narrador, que despachó en unos versículos guerras enteras (8,1-14), sigue aquí al rey paso a paso, desde la última casa de la ciudad hasta el otro lado del monte de los Olivos (15,13 – 16,14). Cada encuentro es como una estación: Etai, el extranjero que jura seguirlo «para morir o para vivir»; los sacerdotes con el arca; Cusai, el amigo que vuelve a la ciudad; Siba, que trae provisiones; Semei, que maldice. La Iglesia ha leído esta procesión como un anuncio de la Pasión (ver el cuadro «La huida de David y la Pasión de Jesús»).

El David de estos capítulos es el penitente del capítulo 12. No se aferra al poder: deja la ciudad para que no sea pasada a cuchillo (15,14). No usa el arca como un talismán, sino que la devuelve a su lugar y se pone en manos de Dios: «haga de mí lo que fuere de su mayor agrado» (15,26). Cuando le dicen que Aquitofel lo ha traicionado, reza, y a la vez actúa (15,31-34). Y cuando Semei lo cubre de maldiciones, no deja que Abisai le corte la cabeza: «el Señor ha dispuesto que maldiga a David» (16,10). San Ambrosio exclama ante esta respuesta: «¡Oh altísima prudencia y oh paciencia altísima!» (*Apología del profeta David* 6), como traduce Torres Amat en nota, y añade el traductor que David atiende a la causa primera de sus infortunios y acepta con humildad el castigo. Sabe que esta huida cumple la palabra de Natán: la espada no se apartará de su casa (12,10-11).

Los cristianos no tardaron en reconocer en esta página el camino de Jesús. También él, la noche en que fue entregado, salió de la ciudad y cruzó el torrente Cedrón (Jn 18,1); también él fue al monte de los Olivos (Lc 22,39), desde el que había llorado sobre Jerusalén (Lc 19,41); también él se entregó a la voluntad del Padre: «no se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lc 22,42). David fue traicionado por su consejero, y Jesús aplicó a Judas un salmo de David: «el que comía mi pan levantó contra mí su calcañar» (Sal 41,10; Jn 13,18); los dos traidores acabaron ahorcándose, y la versión griega usa para Aquitofel el mismo verbo que san Mateo para Judas (17,23; Mt 27,5). David no dejó que Abisai lo defendiera con la espada (16,9-10), y Jesús mandó a Pedro envainar la suya (Jn 18,10-11); de Cristo dice san Pedro que, cuando lo insultaban, no devolvía el insulto (1 Pe 2,23).

El puente entre las dos historias es el Salmo 3, que su título atribuye a David «cuando huía de Absalón, su hijo». San Agustín, al comentarlo, propone leerlo en la persona de Cristo: el hijo que persigue al padre es figura de Judas, el discípulo que entregó al Maestro. Y se detiene en el nombre: «Absalón» significa, según algunos, «paz del padre», porque Cristo mantuvo la paz con el traidor hasta el final, con su paciencia, en la cena y en el beso de Getsemaní (*Enarraciones sobre los Salmos* 3,1). La liturgia ha conservado el vínculo: el lunes de la 4.ª semana del tiempo ordinario de los años pares se leen la huida de David y las maldiciones de Semei, y se responde con el Salmo 3.

Estos paralelos se han de leer con prudencia. Los evangelistas no citan nunca 2 Samuel 15, y el Cedrón de san Juan es, a lo sumo, una alusión. La tipología es una lectura de fe, que reconoce en

las obras de Dios en la Antigua Alianza «prefiguraciones de lo que Dios realizó en la plenitud de los tiempos en la persona de su Hijo encarnado» (Catecismo, n. 128), sin quitar al Antiguo Testamento su valor propio (n. 129). Y la figura ilumina también por contraste: David huye por las consecuencias de su pecado; Jesús, inocente, carga con los nuestros. David volverá al trono y, al final de su vida, pedirá a Salomón que no deje impune a Semei (1 Re 2,8-9); Jesús rezará por quienes lo crucifican (Lc 23,34).

Esta página enseña a vivir las horas de derrota como David en su mejor momento: sin aferrarse a nada, llorando los propios pecados, confiando en que Dios puede sacar bien del mal. Y deja ver, detrás del rey que sube llorando el monte de los Olivos, al Hijo de David que lo subió por nosotros.

PAUSA

1. Absalón «robaba el corazón» de la gente con gestos de cercanía. ¿Qué apariencias te seducen con más facilidad?
2. David devolvió el arca a Jerusalén y dijo: «haga de mí lo que fuere de su mayor agrado». ¿Qué te cuesta más dejar en manos de Dios?
3. Etai, un extranjero, fue más fiel que el consejero de casa. ¿A quién le debes una lealtad que no has sabido agradecer?

Para orar. *Señor Jesús, que cruzaste el Cedrón y subiste al monte de los Olivos por nosotros, acompáñame en las horas de huida y de llanto.*

16

Siba, Semei y el consejo de Aquitofel

Al otro lado del monte de los Olivos, David encuentra a dos hombres de la casa de Saúl. Siba, el administrador de Mifiboset, le trae provisiones y una calumnia contra su amo; Semei, un pariente de Saúl, le arroja piedras y maldiciones. David prohíbe que lo maten y acepta la humillación como venida de Dios. Mientras tanto, Absalón entra en Jerusalén, recibe a Cusai, que finge pasarse a su bando, y sigue el consejo de Aquitofel: tomar a la vista de todos a las concubinas de su padre. El capítulo tiene tres escenas: Siba (vv. 1-4), Semei (vv. 5-14) y Absalón en Jerusalén (vv. 15-23).

Los regalos de Siba

1 Apenas hubo David bajado un poco de la cima del monte,
se dejó ver Siba, criado de Mifiboset [1], que venía a su en-
cuentro con dos asnos cargados de doscientos panes, y
cien hilos de pasas, y cien panes de higos secos [2], y un pe-
llejo de vino. 2 Le dijo el rey: ¿Para qué todo esto? Los as-
nos, respondió Siba, son para que monte la familia del rey;
los panes y la fruta para que coman tus criados; y el vino
para que pueda beber por el desierto el que desfalleciere.
3 Preguntó más el rey: ¿Dónde está el hijo de tu señor? Y
Siba respondió: Se ha quedado en Jerusalén, diciendo:

Hoy me restituirá la casa de Israel el reino de mi padre [3].
[4] Dijo el rey a Siba: Sean tuyas todas las cosas que poseía
Mifiboset [4]. A lo que contestó Siba: Lo que yo pido, ¡oh mi
rey y señor!, es el hallar gracia en tus ojos.

Las maldiciones de Semei

[5] Llegó, pues, el rey David hasta Bahurim; y he aquí que sa-
lía de esta ciudad un hombre de la parentela de Saúl, lla-
mado Semei, hijo de Gera [5]; el cual lo seguía de cerca,
echándole maldiciones. [6] Y arrojaba piedras contra David
y todos sus criados, mientras todo el pueblo y todos los
guerreros iban en filas al lado derecho y al lado izquierdo
del rey. [7] Estas eran las palabras que decía Semei, maldi-
ciendo al rey: ¡Anda, anda, hombre sanguinario, hombre
de Belial [6]! [8] Ahora te ha dado el Señor el pago de toda la
sangre derramada en casa de Saúl [7]; por cuanto tú le usur-
paste el reino, el Señor se lo ha traspasado a manos de tu
hijo Absalón; mira cómo te ves oprimido de males, por ha-
ber sido tú un hombre sanguinario.

[9] Entonces Abisai, hijo de Sarvia, dijo al rey: Y ¿por qué
ese perro muerto [8] ha de estar maldiciendo al rey mi se-
ñor? Iré y le cortaré la cabeza. [10] Mas el rey le replicó: ¿Qué
tengo yo con vosotros, oh hijos de Sarvia? [9] Dejadlo mal-
decir; pues el Señor ha dispuesto que maldiga a David [10].
¿Y quién osará preguntarle por qué lo ha dispuesto así?

[11] Dijo el rey a Abisai y a todos sus criados: Vosotros estáis
viendo que un hijo mío, nacido de mis entrañas, busca
cómo quitarme la vida; ¿pues qué importa que me trate
así ahora un hijo de Jemini [11]? Dejadle que me maldiga,
conforme a la permisión del Señor. [12] Quizá el Señor se
apiadará de mí [12], y me devolverá bienes por las maldicio-
nes que este día he recibido. [13] Así, pues, David proseguía
su camino acompañado de sus gentes; pero Semei iba al
lado por la loma del monte, maldiciendo, y arrojando pie-
dras contra David, y esparciendo polvo [13]. [14] En fin, el rey
y su gente llegaron fatigados a Bahurim [14], donde descan-
saron.

Absalón en Jerusalén

[15] Entretanto Absalón con los de su partido entró en Jeru-
salén, acompañado también de Aquitofel. [16] Cusai, araqui-
ta, amigo de David, fue a presentarse a Absalón, diciéndo-
le: Dios te guarde, oh rey; oh rey, Dios te guarde [15]. [17] Le
respondió Absalón: ¿Y ésta es la gratitud tuya para con tu
amigo? ¿Cómo no has ido a acompañar a tu amigo? [18] De
ningún modo, respondió Cusai, porque yo he de ser de
aquel a quien ha elegido el Señor [16], y todo este pueblo, y
todo Israel; y con él estaré. [19] Además, ¿a quién debo servir
yo?, ¿no es al hijo del rey? Como he obedecido a tu padre,
de la misma manera te obedeceré también a ti.

20 Dijo entonces Absalón a Aquitofel: Tratad entre los dos
qué es lo que debemos hacer. 21 Y dijo Aquitofel a Absalón:
Abusa de las mujeres de tu padre [17], las cuales dejó para
guardar su palacio; a fin de que sabiendo todo Israel que
has hecho esta afrenta a tu padre, se comprometan más en
tu partido. 22 Levantaron, pues, un pabellón para Absalón
en el terrado del palacio [18]; y a vista de todo Israel fue a es-
tar con las mujeres secundarias de su padre. 23 Los conse-
jos que daba Aquitofel eran mirados entonces como orácu-
los del mismo Dios [19]; tan estimados eran los consejos de
Aquitofel, así cuando estaba al lado de David, como cuan-
do estaba con Absalón.

¿Sabías que?

La palabra «Belial» (v. 7) tuvo una larga vida. En los manuscritos del mar Muerto, Belial es el jefe de las fuerzas del mal: el *Rollo de la guerra* describe el combate final de los «hijos de la luz» contra los «hijos de las tinieblas», que forman el ejército de Belial. San Pablo usa el nombre para el adversario de Cristo (2 Cor 6,15). Y el poeta inglés John Milton, en *El paraíso perdido* (1667), hizo de Belial uno de los ángeles caídos: el más elegante y persuasivo de todos, y uno de los más viciosos, capaz de hacer que la peor razón pareciera la mejor.

PAUSA

1. David aceptó las maldiciones de Semei sin responder. ¿Cómo reaccionas cuando te humillan, sobre todo si hay algo de verdad en lo que te dicen?
2. David juzgó a Mifiboset sin escucharlo. ¿Has condenado alguna vez a alguien por oír una sola versión?
3. «Quizá el Señor se apiadará de mí»: ¿qué esperas hoy de Dios sin exigírselo?

Para orar. *Señor, dame la paciencia de David bajo las piedras de Semei, y que en cada humillación sepa mirarte a ti.*

17

Dos consejos

Absalón tiene que decidir cómo acabar con su padre, y escucha a dos consejeros. Aquitofel propone atacar esa misma noche con doce mil hombres y matar solo al rey; Cusai, que trabaja para David, propone esperar, reunir a todo Israel y que Absalón en persona mande el ejército. Gana el consejo peor, «por disposición del Señor» (v. 14). El capítulo tiene tres partes: el duelo de consejos (vv. 1-14), los mensajeros que avisan a David, escondidos en un pozo, y el paso del Jordán (vv. 15-22), y la muerte de Aquitofel, con la llegada de los dos ejércitos a Galaad, donde tres amigos alimentan al rey (vv. 23-29).

El consejo de Aquitofel

1 Dijo, pues, Aquitofel a Absalón: Escogeré doce mil hombres, y partiré esta noche [1] a perseguir a David; 2 y echándome sobre él (mientras estén todos cansados y desmayados), le derrotaré; y luego que huyere toda la gente que tiene consigo, quedará el rey desamparado y acabaré con él [2]. 3 Con lo cual conduciré otra vez a toda aquella gente, como se hace volver a un hombre solo [3]; por cuanto tú no buscas sino una sola persona; y muerta ésta, todo el pueblo quedará en paz [4]. 4 Pareció bien a Absalón y a todos los ancianos de Israel [5] este pensamiento de Aquitofel.

El consejo de Cusai

5 No obstante dijo Absalón: Llamad a Cusai de Araqui, y oigamos también su dictamen. 6 Venido que fue Cusai a la
presencia de Absalón, le dijo éste: Tal es el parecer que ha
dado Aquitofel; ¿debemos seguirlo o no? ¿Qué consejo das
tú? 7 Respondió Cusai a Absalón: Por esta vez no me parece
bueno el consejo de Aquitofel. 8 Y añadió Cusai: No ignoras que tu padre y la gente que le sigue son varones muy
esforzados, y en la actualidad de ánimo exasperado, como
una osa embravecida en un bosque cuando le han robado
sus cachorillos [6]. Sobre todo, tu padre es un hombre aguerrido, y así no se detendrá con su gente. 9 A esta hora estará tal vez escondido en las cavernas [7], u otro lugar que habrá escogido, y si al primer choque cayere alguno de los
nuestros, se publicará luego por todas partes que el ejército que sigue a Absalón ha sido derrotado. 10 Y al oír esto,
los más valientes de tu ejército, cuyo corazón es como de
leones, desmayarán de temor; pues sabe todo el pueblo de
Israel que tu padre es un varón esforzado, y que es gente
valerosa la que lo sigue.

11 Por donde me parece será mejor consejo este: Reúnase
contigo todo el pueblo de Israel, desde Dan hasta Bersabee [8], innumerable que es como las arenas del mar;
y tú te pondrás en medio de todos. 12 Y nos echaremos sobre David en cualquier lugar en que se hallare; y siendo

nosotros tantos, lo cubriremos como el rocío que suele cubrir la tierra, no dejando con vida ni uno siquiera de los que lo siguen. 13 Y si se metiere dentro de alguna ciudad, ceñirá todo Israel con maromas aquella ciudad, y la arrastraremos hasta el torrente; de suerte que no quede de ella ni una piedrecita. 14 Dijo entonces Absalón, con todos los ancianos de Israel: Mejor es el consejo de Cusai, araquita, que el de Aquitofel. Así por disposición del Señor fue disipado el consejo de Aquitofel [9]; que era para ellos el más acertado; porque el Señor quería descargar todo el mal sobre Absalón.

Los mensajeros del pozo

15 En seguida dijo Cusai a los sumos sacerdotes Sadoc y Abiatar: Esto y esto ha aconsejado Aquitofel a Absalón y a los ancianos de Israel; y yo le he aconsejado esto otro. 16 Ahora, pues, enviad cuanto antes a decir a David: No pares esta noche en las campiñas del desierto; antes bien pasa sin dilación a la otra parte del Jordán. No suceda que sea arrollado el rey con toda su gente. 17 Entretanto Jonatás y Aquímaas estaban a la mira junto a la fuente de Rogel [10]. Fue allí una criada, y les dio el aviso, y marcharon a llevar al rey la noticia; pues ellos no podían entrar en la ciudad, para no ser vistos. 18 Con todo, los vio un muchacho, y los delató a Absalón; mas ellos a toda prisa se metieron en la casa de cierto vecino de Bahurim, la cual

tenía un pozo en su patio y se escondieron en él [11]. [19] La mujer de la casa tomó una cubierta y la extendió sobre la boca del pozo, como para secar la cebada mondada [12]; y así quedó oculta la cosa. [20] Y habiendo llegado los criados de Absalón a la casa, preguntaron a la mujer: ¿Dónde están Aquímaas y Jonatás? Les respondió: Pasaron de corrida, sin hacer más que beber un poco de agua [13]. Con eso los que buscaban, no encontrándolos, se volvieron a Jerusalén.

[21] Así que se fueron, subieron los otros del pozo, y prosiguiendo su camino dieron aviso al rey David diciendo: Levantad el campo, y pasad prontamente el río, pues esto ha aconsejado Aquitofel contra vosotros. [22] Marchó, pues, David con toda su gente, y pasó el Jordán antes del amanecer, sin que quedase a la otra parte ni siquiera uno.

La muerte de Aquitofel y los amigos de Galaad

[23] Mientras tanto Aquitofel, viendo que no se había seguido su consejo aparejó su asno, montó, y se fue a su casa de Gilo, su patria; y dispuestos los negocios de su familia, se ahorcó [14]; y fue sepultado en el sepulcro de su padre. [24] David llegó a los campamentos [15]; y Absalón pasó después el Jordán, seguido de todo Israel. [25] Dio Absalón el mando del ejército a Amasa, en lugar de Joab, que seguía el partido de David. Era Amasa hijo de un varón natural de Jezrael, llamado Jetra [16], el cual había casado con Abigaíl,

hija de Naas, padre de David, y hermana de Sarvia, madre de Joab. [26] Acampó Israel con Absalón en tierra de Galaad.

[27] Luego que David volvió a los campamentos, Sobi, hijo de Naas, de Rabat, ciudad de amonitas [17], y Maquir, hijo de Ammiel, de la ciudad de Lodabar, y Berzellai de Rogelim en Galaad, [28] le ofrecieron camas, y alfombras, y vasijas de barro, y trigo, y cebada, y harina, y polenta [18], y habas, y lentejas, y garbanzos tostados, [29] y miel, y manteca de vacas, ovejas y terneros gordos; y lo dieron todo a David y a la gente que lo acompañaba, para que comiesen, persuadidos de que estarían todos acosados del hambre y la sed [19], hallándose en un desierto.

¿Sabías que?

La tradición judía se ocupó mucho de Aquitofel. Un pasaje añadido al tratado de los Padres de la Misná cuenta que David aprendió de él solo dos cosas, y sin embargo lo llamaba su maestro, su guía y su amigo, con palabras del Salmo 55,14: así, concluye, hay que honrar a quien nos ha enseñado algo, aunque sea poco (Avot 6,3). El Talmud deduce de 11,3 y 23,34 que Betsabé era nieta de Aquitofel (Sanedrín 69b), y le aplica el Salmo 55,24, que dice que los sanguinarios y traidores no llegarán a la mitad de sus días: por eso, dice, murió a los treinta y tres años. Otra tradición cuenta que Aquitofel creyó ver en una señal que llegaría a reinar, pero la señal anunciaba a Salomón, su bisnieto (Sanedrín 101b).

Dos consejos: Aquitofel y Cusai

Aquitofel (17,1-4)	Cusai (17,7-13)
Doce mil hombres escogidos, mandados por él mismo (17,1)	Todo Israel, «desde Dan hasta Bersabee», con Absalón al frente (17,11)
Esta misma noche, mientras David está cansado (17,1-2)	Más tarde, cuando se haya reunido el pueblo entero (17,11)
Solo el rey: el pueblo volverá a Absalón «como un hombre solo» (17,2-3)	Todos: «no dejando con vida ni uno siquiera» (17,12)
Frases breves, casi sin imágenes	La osa sin cachorros, el corazón de león, las arenas del mar, el rocío, la ciudad arrastrada con maromas (17,8-13)
Apela a la razón: un solo golpe, y la paz (17,3)	Apela al miedo: David es un guerrero y estará escondido (17,8-10)
Ningún halago	La gloria de Absalón: «tú te pondrás en medio de todos» (17,11)
Busca acabar la guerra cuanto antes	Busca dar tiempo a David para cruzar el Jordán (17,16)
«Pareció bien a Absalón y a todos los ancianos» (17,4)	«Mejor es el consejo de Cusai» (17,14)
Rechazado: Aquitofel se ahorca (17,23)	Aceptado «por disposición del Señor» (17,14)

El versículo 14 es uno de los pocos lugares de esta historia en que el narrador dice lo que hace Dios (con 11,27 y 12,24): el consejo de Aquitofel era «el más acertado», pero el Señor lo desbarató. Así se cumple la oración de David en el monte de los Olivos: «desconcierta, te ruego, los consejos de Aquitofel» (15,31).

PAUSA

1. El consejo de Aquitofel era «el más acertado», pero Dios lo desbarató. ¿Recuerdas algún plan tuyo que fracasó y que, visto ahora, fue para bien?
2. Una mujer sin nombre de Bahurim arriesgó su casa por dos mensajeros. ¿A quién podrías proteger tú hoy?
3. Sobi, Maquir y Berzellai socorrieron al rey cuando lo había perdido todo. ¿Conoces a alguien que esté «hambriento, cansado y sediento en el desierto»?

Para orar. *Señor, que desbaratas los consejos de los soberbios, guía mis decisiones y hazme generoso con el que huye.*

18

¡Hijo mío Absalón!

David divide su ejército en tres cuerpos, se queda en la ciudad a petición de los suyos y da una orden que todos oyen: que traten con suavidad a Absalón. La batalla, en el bosque de Efraín, se cuenta en pocas líneas; la muerte de Absalón, colgado de una encina, en muchas. Joab desobedece y lo mata, y lo entierran bajo un montón de piedras. Después, dos mensajeros corren hacia el rey, que solo hace una pregunta: si su hijo está bien. El capítulo tiene tres partes: la batalla (vv. 1-8), la muerte de Absalón (vv. 9-18) y los mensajeros, que terminan en el llanto del rey (vv. 19-33).

La batalla del bosque de Efraín

1 David, pues, habiendo pasado revista a su gente, eligió
tribunos y centuriones que la mandasen. 2 Y dio a Joab el
mando de un tercio del ejército; el del segundo tercio a
Abisai, hijo de Sarvia y hermano de Joab; y el del otro ter-
cio a Etai, natural de Get [1]. Dijo después el rey a sus tro-
pas: Yo quiero salir también con vosotros al combate. 3 Le
respondieron: No debes venir de ningún modo, pues aun
cuando los enemigos nos hagan huir, no habrán logrado
gran cosa; ni aunque muera la mitad de nosotros, no que-
darán muy satisfechos; porque tú sólo vales por diez

mil [2]. Así mejor es que te quedes en la ciudad para poder socorrernos. [4] Les dijo el rey: Haré lo que bien os pareciere. Y se puso en la puerta de la ciudad, mientras iba desfilando el ejército en cuerpos de a cien y de a mil hombres.

[5] Entonces dio a Joab, a Abisai y a Etai esta orden: Conservadme a mi hijo Absalón [3]. Y oyó todo el ejército que el rey recomendaba a todos los caudillos que conservasen a Absalón. [6] Salió, en fin, el ejército a pelear contra Israel, y se dio la batalla en el bosque de Efraín [4]; [7] donde fue derrotado el ejército de Israel por las tropas de David. La mortandad fue grande; quedaron allí tendidos veinte mil hombres; [8] y los restantes se dispersaron por todo aquel país; y fueron muchos más los que perecieron huyendo por el bosque que los que murieron a filo de espada [5] en aquel día.

La muerte de Absalón

[9] Y sucedió que huyendo Absalón montando en un mulo, se encontró con la gente de David, y como se metiese el mulo debajo de una frondosa y grande encina, se le enredó a Absalón la cabeza en dicho árbol [6], y pasando adelante el mulo en que iba montado, quedó colgado en el aire entre el cielo y la tierra. [10] Lo vio uno, y avisó a Joab, diciendo: He visto a Absalón colgado de una encina. [11] Respondió Joab al hombre que le daba la noticia: Si lo viste, ¿por qué no lo has cosido con la tierra a puñaladas, y yo te habría

dado diez siclos de plata, y te habría honrado con un cinturón? 12 Pero él replicó a Joab: Aunque pusieras en mi mano
mil monedas de plata, no extendería yo mi mano contra el
hijo del rey [7]; pues que, oyéndolo nosotros, te mandó el
rey a ti, y a Abisai, y a Etai diciendo: Conservadme a mi
hijo Absalón. 13 Y aun cuando me hubiera arrojado a hacer
una acción tan temeraria, no se hubiera podido ocultar
esto al rey; ¿Y me habrías tú entonces defendido?

14 Dijo Joab: No será lo que dices; yo mismo lo he de atravesar a tu vista. Cogió, pues, tres dardos o rejones [8] en su
mano, y los clavó en el corazón de Absalón; y como todavía palpitase colgado de la encina, 15 acudieron corriendo
diez jóvenes escuderos de Joab, y lo acabaron de matar a
cuchilladas.

16 Al punto Joab hizo tocar la trompeta, y contuvo al
ejército [9] para que no persiguiese a Israel que iba huyendo; queriendo perdonar a la muchedumbre. 17 A Absalón lo
descolgaron, y lo echaron en una gran hoya, en el bosque,
formando sobre él un elevadísimo montón de piedras [10].
Mientras tanto todo Israel huyó, cada uno a su casa.
18 Absalón, cuando aún vivía, se había erigido un monumento que se conserva en el Valle del Rey, porque decía:
Ya que no tengo hijos, esto servirá para memoria de mi
nombre. Dio, pues, su nombre a este monumento, el cual
se llama aún hasta hoy día: La mano de Absalón [11].

Los mensajeros y el llanto del rey

19 Dijo en seguida Aquímaas, hijo de Sadoc: Iré a dar la
nueva al rey [12] de que el Señor lo ha vengado y le ha hecho
justicia contra sus enemigos. 20 Le respondió Joab: No se-
rás tú el mensajero en esta ocasión, sino en otra; hoy no
quiero que vayas tú a llevar las noticias; pues ha muerto el
hijo del rey [13]. 21 Y así dijo Joab a Cusi [14]: Ve tú y refiere al
rey lo que has visto. Cusi hizo una profunda reverencia a
Joab, y echó a correr. 22 Instó Aquímaas, hijo de Sadoc,
nuevamente a Joab diciendo: ¿Qué inconveniente hay en
que yo vaya corriendo tras de Cusi? Le respondió Joab:
¿Para qué quieres ir a correr, hijo mío? Serás el portador
de una mala noticia [15]. 23 ¿Qué importa, replicó, que yo
corra? Anda, pues, dijo Joab. Con esto Aquímaas, corrien-
do por un atajo se adelantó a Cusi.

24 Estaba a la sazón David sentado entre las dos puertas de
la ciudad [16]. Y el centinela apostado encima de la puerta
sobre la muralla, tendiendo la vista, vio un hombre solo
que venía corriendo; 25 y dio voces y se lo avisó al rey; el
cual dijo: Si viene solo, trae buenas nuevas [17]. Y mientras
él apretaba el paso, y se acercaba más, 26 vio el centinela
otro hombre que venía corriendo, y gritando desde lo alto,
dijo: Me parece divisar otro hombre que viene corriendo
solo. Dijo el rey: También ése trae buenas nuevas.
27 Añadió el atalaya: El modo de correr del primero me

hace pensar que es Aquímaas, hijo de Sadoc. Ese es un buen sujeto, dijo el rey; sin duda que trae buenas noticias.

28 En esto Aquímaas gritando de lejos, dijo al rey: Señor, Dios te guarde. Y postrándose en tierra delante del rey, y haciéndole profundo acatamiento, dijo: Bendito sea el Señor Dios tuyo que ha entregado en tus manos a los que se habían sublevado contra el rey, mi señor. 29 Y dijo el rey: ¿Está vivo y sano mi hijo Absalón? 18 Le respondió Aquímaas: Cuando Joab, tu siervo, me envió a ti, oh rey, vi que se había levantado un gran tumulto; no sé otra cosa. 30 Le dijo el rey: Pasa y ponte aquí. Y apenas se apartó y se puso en su sitio, 31 compareció Cusi, y al llegar dijo: ¡Albricias, rey señor mío!, porque el Señor ha sentenciado hoy a tu favor contra el poder de todos los que se rebelaron contra ti. 32 Mas el rey preguntó a Cusi: ¿Está vivo y sano mi hijo Absalón? Le respondió Cusi: Tengan la suerte de ese joven los enemigos del rey 19, mi señor, y cuántos se levantaren contra él para dañarle.

33 Entonces el rey, lleno de tristeza, subió a la torre o cuarto que estaba sobre la puerta 20, y se echó a llorar, diciendo mientras subía: ¡Hijo mío Absalón! 21 ¡Absalón, hijo mío! ¡Quién me diera, Absalón hijo mío, que yo muriera por ti! ¡Oh hijo mío Absalón!

¿Sabías que?

El llanto de David ha inspirado a músicos y escritores. El motete *Absalon, fili mi*, a cuatro voces, se atribuyó durante siglos a Josquin des Prez; hoy muchos estudiosos lo creen de Pierre de la Rue, y es célebre por sus registros extraordinariamente graves, que descienden como el dolor del padre. En la Inglaterra de comienzos del siglo XVII, Thomas Weelkes y Thomas Tomkins pusieron música a *When David heard*, «cuando David oyó», y Tomkins publicó la suya en 1622. En 1936, el novelista norteamericano William Faulkner tituló *¡Absalón, Absalón!* una de sus grandes novelas, la historia de un hombre del Sur de los Estados Unidos cuyo sueño de fundar una dinastía se hunde en la violencia entre sus hijos.

PARA PROFUNDIZAR

«¡Hijo mío Absalón!»: el llanto de un padre

El capítulo 18 está construido para que la victoria desaparezca detrás de una muerte. La batalla, que decide la suerte del reino, ocupa tres versículos (18,6-8); la muerte de Absalón, diez; la espera de las noticias, quince. Todo está enmarcado por la voz del padre: al principio, una orden que oye todo el ejército, «tratadme con suavidad al muchacho, a Absalón» (18,5); al final, un grito que oye toda la ciudad (18,33). Entre los dos, el rey solo hace una pregunta, dos veces: si hay paz para el muchacho (18,29.32). Ninguna otra noticia le interesa.

Frente al padre está Joab, con la lógica del poder: mientras Absalón viva, no habrá paz en Israel. Cuando el soldado que lo ha vis-

to colgado de la encina se niega a tocar al hijo del rey, Joab toma tres varas y se las clava en el corazón (18,10-14). Quizá salvó el reino, y en el capítulo siguiente reprochará duramente al rey su llanto (ver el capítulo 19); pero desobedeció una orden expresa, con la misma violencia con que mató a Abner y matará a Amasa (3,27; 20,10), y Salomón no lo olvidará (1 Re 2,5-6.31-34). El cuerpo de Absalón acaba en un foso, bajo un montón de piedras, como el de los malditos (Jos 7,26; 8,29). Se había erigido en vida un monumento, «la mano de Absalón», porque no tenía hijos que guardaran su nombre (18,18): quiso hacerse un nombre, como los constructores de Babel (Gn 11,4), y su tumba verdadera no lo tiene.

Luego vienen los mensajeros. El verbo que los describe, basar, es el de las buenas noticias, y la versión griega lo traduce con euangelízomai, de la familia de «evangelio» (18,19-31). Es la palabra del mensajero que corre por los montes anunciando la paz (Is 52,7), la que los cristianos tomarán para la noticia de Jesús (Mc 1,1). Pero aquí la buena noticia de la victoria es, para el padre, la peor. Joab lo sabe y no quiere enviar a Aquímaas; Aquímaas lo sabe y esquiva la pregunta; el cusita responde con delicadeza: «Tengan la suerte de ese joven los enemigos del rey» (18,32).

Entonces el rey sube a la cámara de la puerta, y el guerrero más valiente de Israel se derrumba: «¡Hijo mío Absalón! ¡Absalón, hijo mío! ¡Quién me diera, Absalón hijo mío, que yo muriera por ti!» (18,33). Llora al hijo que lo quería muerto, que tomó a sus mujeres y le quitó el trono. San Ambrosio subraya esa grandeza: David pidió a sus capitanes que perdonaran a su hijo, porque no creía que debiera perecer ni siquiera un hijo impío, y lloró con gran duelo la muerte del parricida (*Apología del profeta David* 6).

San Agustín ve en ese llanto la prueba de que David nunca dejó de tener paz con su hijo (*Enarraciones sobre los Salmos* 3,1). Pero en el llanto hay también culpa: la espada que Natán anunció (12,10) nació del pecado del propio David y de su debilidad de padre, que no corrigió a Amnón ni supo reconciliarse de verdad con Absalón.

El grito de David, «¡quién me diera morir yo en tu lugar!», es el deseo de todo padre ante la muerte de un hijo, y es imposible. Los cristianos lo han leído a la luz del Evangelio: lo que David solo pudo desear, Dios lo hizo. «La prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros», y nos reconcilió cuando éramos sus enemigos (Rom 5,8-10; Catecismo, nn. 604 y 1825). El padre de la parábola dirá: «este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida» (Lc 15,24). El Leccionario, que lee este capítulo el martes de la 4.ª semana del tiempo ordinario de los años pares, lo une al Evangelio de Jairo, el padre que suplica a Jesús por su hija y la recibe viva (Mc 5,21-43).

El llanto de David no resuelve la tensión entre el padre y el rey: el capítulo siguiente mostrará que un rey no puede llorar solo por su hijo mientras su pueblo se avergüenza de haber vencido. Pero deja en la Biblia una de sus páginas más humanas, y una intuición que solo la cruz lleva a su término: el amor verdadero quiere morir en lugar del otro.

PAUSA

1. David dio una orden de misericordia que todos oyeron, y Joab la desobedeció. ¿Cuándo has preferido la eficacia a la misericordia?
2. El rey solo preguntaba por su hijo. ¿Por quién le preguntas tú a Dios cada día?
3. «¡Quién me diera morir yo en tu lugar!»: ¿qué te dice este grito del amor de Dios por ti?

Para orar. *Padre, que entregaste a tu Hijo por nosotros cuando éramos tus enemigos, consuela a los padres que lloran a sus hijos.*

19

El regreso del rey

La victoria se ha vuelto luto. El capítulo cuenta el camino de vuelta de David a Jerusalén en cuatro momentos: el llanto del rey y el duro reproche de Joab (vv. 1-8), las tribus que discuten si hacer volver al rey (vv. 9-15), los encuentros junto al Jordán con Semei, Siba, Mifiboset y Berzellai (vv. 16-39) y la disputa entre Judá e Israel (vv. 40-43). Cada uno de los que salieron al paso de David en su huida reaparece ahora, y el rey tiene que elegir entre la justicia, la clemencia y la política. La pelea final anuncia ya la división del reino.

El llanto del rey y el reproche de Joab

1 Y avisaron a Joab [1] que el rey estaba llorando y que hacía
duelo por su hijo; 2 con lo que la victoria en aquel día se
convirtió en luto [2] para todo el ejército; pues la gente oyó
decir aquel día: El rey está traspasado de dolor por causa
de su hijo. 3 Y así las tropas se abstuvieron de hacer su en-
trada en la ciudad, como suele abstenerse un ejército de-
rrotado que viene huyendo de una batalla. 4 El rey cubrió
su cabeza [3], y exclamaba en alta voz: ¡Hijo mío Absalón!
¡Absalón, hijo mío! ¡Hijo mío!

5 Mas Joab entrando en la casa donde el rey estaba, le dijo:
Tú has cubierto hoy de confusión los rostros [4] de todos
tus siervos, que han salvado tu vida y la vida de tus hijos e
hijas, y la vida de tus esposas o reinas, y la de tus demás
mujeres secundarias. 6 Amas a los que te aborrecen, y abo-
rreces a los que te aman [5], y hoy has mostrado que nada se
te da de tus capitanes, ni de tus soldados; y verdaderamen-
te acabo de conocer ahora que si Absalón viviese y todos
nosotros hubiésemos perecido, entonces estarías conten-
to. 7 Ahora, pues, ven y sal afuera, habla a tus soldados y
manifiéstales que estás satisfecho de ellos; porque yo te
juro por el Señor, que si tú no sales, ni un hombre solo ha
de quedar contigo esta noche; y te hallarás en un peligro,
el mayor de cuantos has tenido desde tu juventud hasta
hoy. 8 Con esto salió el rey y se sentó a la puerta de la
ciudad [6]; y sabiendo el pueblo que el rey estaba allí, vino
toda la gente a presentarse delante de él. Entretanto los de
Israel huyeron a sus tiendas.

Las tribus hacen volver al rey

9 Además todo el pueblo esparcido por todas las tribus de
Israel, a competencia decía: El rey nos libró del poder de
nuestros enemigos, él nos salvó de las manos de los filis-
teos; y ahora ha tenido que huir de esta tierra por causa de
Absalón. 10 Y pues que Absalón, a quien ungimos por nues-

tro rey, ha muerto en la batalla, ¿qué es lo que esperáis? ¿Por qué no hacéis volver al rey?

11 Advertido el rey David de esta buena disposición de todo
Israel a su favor, envió a decir a los sacerdotes Sadoc y
Abiatar [7]: Hablad a los ancianos de Judá y decidles:
¿Cómo sois los últimos en procurar que el rey vuelva a su
casa? 12 Vosotros sois hermanos míos, sois carne y sangre
mía; ¿por qué, pues, sois los postreros en hacer volver al
rey? 13 Decid también de mi parte a Amasa: Por ventura
¿no eres tú carne y sangre mía? No me haga el Señor nin-
gún bien, y sí mucho mal, si no te hiciere general perpetuo
de mis tropas, en vez de Joab [8]. 14 De esta suerte ganó el
corazón de todos los varones de Judá, como si fuesen un
solo hombre, y unánimemente enviaron a decir al rey:
Vuelve con todos los tuyos. 15 Volvió, pues, el rey, y vino
hasta el Jordán; y todo Judá fue hasta Gálgala [9] para reci-
bir al rey, y hacer que pasase el Jordán.

Los que salen al encuentro del rey

16 También Semei, hijo de Gera de la tribu de Benjamín,
natural de Bahurim, acudió a toda prisa, y vino con los de
la tribu de Judá a encontrar al rey David, 17 con mil hom-
bres de Benjamín, e iba con ellos Siba, criado de la casa de
Saúl, con sus quince hijos y veinte siervos. Y rompiendo
por el Jordán para ponerse delante del rey, 18 atravesaron
el vado, a fin de hacer pasar la familia del rey, y ponerse a

sus órdenes. Luego que el rey hubo pasado el Jordán, Semei, hijo de Gera, postrándose a sus pies, [19] le dijo: No quieras castigar, señor, mi maldad, ni te acuerdes de las injurias recibidas de tu siervo el día que saliste, oh rey y señor mío, de Jerusalén, y no las conserves, oh rey, en tu corazón; [20] porque reconozco yo, tu siervo, el crimen que cometí, y por eso he venido hoy el primero de toda la casa de José [10] a recibir al rey mi señor.

[21] A lo que respondiendo Abisai, hijo de Sarvia, dijo: ¿Cómo? ¿Y por estas palabras se ha de escapar de la muerte Semei, habiendo maldecido al ungido del Señor [11]? [22] Mas David dijo: ¿Qué tengo yo que hacer con vosotros, oh hijos de Sarvia? [12] ¿Por qué hacéis hoy conmigo el oficio de diablos o tentadores [13]? ¿Es hoy día de hacer morir a un hijo de Israel? ¿Puedo acaso olvidar que en este día he sido hecho nuevamente rey de Israel? [23] Y así dijo a Semei: No morirás. Y se lo juró [14].

[24] También Mifiboset, hijo de Saúl, descendió al encuentro del rey, y en señal de dolor no se había lavado los pies, ni hecho la barba [15], ni mudado sus vestidos desde el día que salió el rey de Jerusalén, hasta que regresó felizmente. [25] Se presentó, pues, al rey en Jerusalén, y le dijo el rey: ¿Por qué no fuiste conmigo, Mifiboset? [26] El cual respondió: ¡Ah! mi criado, oh rey y señor mío, se burló de mí [16], pues estando como estoy impedido de las piernas, le había

dicho que me aparejase un asno para montar y seguirte;
27 y sobre no hacerlo, fue a calumniarme a mí, siervo tuyo,
delante de ti, que eres mi rey y señor; mas tú, oh señor y
rey mío, tú eres como un ángel de Dios [17]; haz lo que fuere
de tu agrado. 28 Porque la casa de mi padre no ha recibido
del rey mi señor, sino la muerte; y con todo me colocaste a
mí, siervo tuyo, entre los que comen en tu mesa; ¿de qué,
pues, puedo yo quejarme justamente?, o ¿cómo podré to-
davía reclamar nada del rey? 29 Mas el rey le dijo: ¿Para
qué te cansas en hablar más? Ya te tengo dicho que tú y
Siba os repartáis las posesiones [18]. 30 Sobre lo cual respon-
dió Mifiboset al rey: Tómelo todo si quiere, puesto que el
rey, mi señor, ha vuelto felizmente a su casa.

31 Asimismo Berzellai de Galaad [19], saliendo de Rogelim,
acompañó al rey en el paso del Jordán, dispuesto a seguir-
lo aun a la otra parte del río. 32 Era este Berzellai, galaadi-
ta, muy anciano, es a saber de ochenta años; y el mismo
que proveyó de víveres al rey mientras moraba en los cam-
pamentos o en Mahanaim, porque era hombre riquísimo.
33 Le dijo, pues, el rey: Vente conmigo para que descanses y
vivas felizmente en mi compañía en Jerusalén. 34 A lo que
respondió Berzellai al rey: ¿Y estoy yo en edad ahora de ir
con el rey a Jerusalén? 35 Ochenta años tengo en el día;
¿acaso tienen vigor mis sentidos para discernir entre lo
dulce y lo amargo [20]? ¿O puede deleitar a tu siervo la co-

mida y bebida? ¿O está ya para oír la voz de los cantores y cantoras? ¿A qué fin tu siervo ha de servir de carga al rey, mi señor?

36 Te acompañará tu siervo un poco más allá del Jordán. Por lo demás, no necesito de esa recompensa o mudanza de vida; 37 y te suplico que dejes volver a este tu siervo a morir en su patria, y a que sea sepultado junto a su padre y a su madre. Aquí tienes a mi hijo Camaán, tu siervo; éste puede ir contigo, mi rey y señor; y haz con él lo que bien te parezca. 38 Le respondió el rey: Venga, pues, conmigo Camaán; yo haré por él todo lo que quisieres; y cuanto tú me pidieres te será concedido. 39 Finalmente, habiendo pasado el rey el Jordán con toda la gente, besó a Berzellai, lo llenó de bendiciones; y volvió Berzellai a su casa.

Judá contra Israel

40 El rey marchó a Gálgala, llevando a Camaán en su compañía. Cuando pasó el rey el Jordán le acompañaba toda la tribu de Judá, y solamente se había hallado allí la mitad del pueblo de Israel. 41 Y así todos los de Israel acudiendo juntos al rey, le dijeron: ¿Por qué razón nuestros hermanos los de Judá se han apoderado de ti, haciendo pasar el Jordán a nuestro rey, y a su familia y a toda su comitiva? 42 Es, respondieron todos los de Judá a los de Israel, porque el rey nos pertenece más de cerca que a vosotros. Pero, ¿y por qué os habéis de enojar por eso? ¿Por ventura he-

mos comido a expensas del rey, o recibido de él algunos regalos? 43 Replicaron los de Israel a los de Judá, diciendo: Diez veces valemos más que vosotros 21 para con el rey; y David, como rey, más nos pertenece a nosotros, que a vosotros. ¿Por qué nos habéis hecho este agravio, y no se nos avisó a nosotros primero, para que fuésemos y trajésemos nuestro rey? Pero los de Judá respondieron con mucha aspereza y tesón a los de Israel.

¿Sabías que?

El Talmud de Babilonia discute si David hizo bien en creer a Siba (Shabbat 56a-b). Para el maestro Rav, David aceptó una calumnia, aunque ya había descubierto una vez que Siba mentía (el Talmud lo deduce de 9,4-5). Para Samuel, en cambio, David tuvo sus motivos: vio a Mifiboset despeinado y sin lavar, y creyó que estaba de luto porque el rey había vuelto en paz. La tradición recogió además una frase severa de Rav: cuando David dijo «tú y Siba os repartáis las posesiones», una voz del cielo respondió: «Roboam y Jeroboam se repartirán el reino». Según esta lectura, la división de Israel (1 Re 12) habría empezado con un juicio apresurado.

Los que salieron al encuentro del rey

Persona	En la huida (15 – 17)	En el regreso (19 – 20)
Siba	Lleva al rey asnos, pan y vino, y acusa a su amo (16,1-4)	Cruza el Jordán con sus hijos; se queda con la mitad de los bienes (19,17.29)
Mifiboset	Se queda en Jerusalén; según Siba, espera el reino (16,3)	Llega de luto y acusa a Siba: «Tómelo todo» (19,24-30)
Semei	Maldice a David y le tira piedras en Bahurim (16,5-13)	Se postra y pide perdón: «No morirás» (19,16-23); pero 1 Re 2,8-9
Abisai	Quiere cortarle la cabeza a Semei (16,9)	Quiere matarlo otra vez (19,21); persigue a Seba (20,6)
Berzellai	Abastece al rey en Mahanaim (17,27-29)	Lo acompaña al Jordán y le confía a su hijo Camaán (19,31-39)
Sadoc y Abiatar	Devuelven el arca y se quedan como informadores (15,24-29)	Mueven a los ancianos de Judá a traer al rey (19,11)
Amasa	Absalón lo nombra general en lugar de Joab (17,25)	David le promete el mando (19,13); Joab lo mata (20,9-10)
Joab	Mata a Absalón contra la orden del rey (18,14)	Reprende a David (19,5-7) y recobra el mando (20,23)
Judá e Israel	«Todo Israel se va… en pos de Absalón» (15,13)	Discuten por el rey (19,41-43); Israel sigue a Seba (20,1-2)

El regreso deshace la huida persona por persona: el rey vuelve a cruzar el Jordán, y cada uno de los que le salieron al paso recibe su respuesta. Algunas cuentas se cerrarán en el testamento de David (1 Re 2,5-9).

PAUSA

1. Joab le recordó a David a los que habían arriesgado la vida por él. ¿Hay alguien a quien tu propio dolor te ha hecho olvidar?
2. David perdonó a Semei, pero no del todo. ¿Hay algún perdón que diste solo a medias?
3. Berzellai dio sin esperar nada y supo retirarse a tiempo. ¿Qué te enseña su manera de envejecer?

Para orar. *Señor, que mis heridas no me cierren a los que me aman, y que mi perdón sea entero como el tuyo.*

20

La revuelta de Seba

La disputa del capítulo anterior acaba en rebelión. Un benjamita, Seba, levanta a las tribus del norte con un grito que volverá a oírse cuando el reino se divida (1 Re 12,16). El capítulo tiene cuatro partes: la revuelta y la suerte de las diez concubinas (vv. 1-3); la persecución de Seba, durante la cual Joab asesina a Amasa (vv. 4-13); el asedio de Abela, que una mujer sabia salva con su palabra (vv. 14-22), y la lista de los ministros de David (vv. 23-26). Joab, que había perdido el mando, lo recupera con un crimen.

Seba levanta a Israel

1 Aconteció que se hallaba allí un hombre malvado, un hijo
de Belial llamado Seba, hijo de Bocri [1], de la tribu de Ben-
jamín; el cual tocó la trompeta, diciendo: Nada tenemos
que hacer con David [2], ni que esperar cosa alguna del hijo
de Isaí; vuélvete, Israel, a tu casa. 2 Y se separó todo Israel
de David, siguiendo a Seba, hijo de Bocri. Mas los de la tri-
bu de Judá fueron acompañando a su rey desde el Jordán
hasta Jerusalén; 3 y así que hubo llegado el rey a su casa de
Jerusalén tomó las diez mujeres secundarias que había de-
jado para guardar el palacio, y las puso en clausura, dán-
doles alimentos, pero no se llegó más a ellas, sino que estu-

vieron encerradas hasta el día que murieron, viviendo como viudas [3].

La muerte de Amasa

[4] Dijo después el rey a Amasa: Convócame a todos los soldados de Judá para dentro de tres días y te presentarás tú con ellos. [5] Fue, pues, Amasa a convocar a la gente de Judá, y se detuvo más del plazo que el rey le había señalado. [6] Por lo que dijo David a Abisai: Ahora nos ha de dar más que hacer Seba, hijo de Bocri, que Absalón: toma los soldados de tu señor [4], y corre tras él, no sea que se apodere de algunas de las ciudades fuertes, y se nos escape de las manos. [7] Salieron, pues, con él las tropas de Joab, y los cereteos y los feleteos; y todos los valientes partieron de Jerusalén en persecución de Seba, hijo de Bocri.

[8] Y estando ya junto a la gran peña de Gabaón [5], salió Amasa a encontrarlos. Estaba Joab vestido de una túnica estrecha, ajustada a la medida de su talle, llevando sobre ella ceñida su daga pendiente con su vaina hasta la ingle, fabricada con tal arte, que a un ligero movimiento podía salirse fuera, y darse el golpe. [9] Dijo, pues, Joab a Amasa: Dios te guarde, hermano mío [6]; y con la mano derecha asió la barbilla de Amasa en ademán de besarle. [10] Y no habiendo hecho Amasa ningún reparo en la daga o cuchillo que tenía Joab, lo hirió éste en el costado [7], y derramó por tierra sus entrañas, y sin repetir el golpe, lo dejó allí muer-

to. Luego Joab y Abisai su hermano, continuaron en seguimiento de Seba, hijo de Bocri.

11 Algunos soldados de las tropas de Joab, parándose junto
al cadáver de Amasa, dijeron: Mirad el que quiso ser compañero o general de David en lugar de Joab [8].
12 Entretanto Amasa, revolcado en su sangre, yacía tendido
en medio del camino. Advirtió uno que toda la gente se paraba a verle [9]; y apartó el cadáver de Amasa del camino a un campo, y lo cubrió con una ropa, para que los que pasasen no se detuviesen por su causa. 13 Retirado ya del camino, pasaba adelante toda la tropa que iba con Joab, para seguir a Seba, hijo de Bocri.

La mujer sabia de Abela

14 Entretanto éste había atravesado por todas las tribus de
Israel hasta Abela y Betmaaca [10]; y había reunido a su lado lo más escogido del ejército de Israel. 15 Llegaron, pues, y pusieron sitio a Abela y Betmaaca, cercando la ciudad con trincheras, y quedó la plaza sitiada, y toda la gente de Joab se esforzaba para batir el muro.

16 Entonces una mujer muy sabia [11] de aquella ciudad dio
voces, diciendo: Oíd, escuchad, decid a Joab que se acerque, para que pueda yo hablarle. 17 Se acercó Joab, y la mujer le dijo: ¿Eres tú Joab? Yo soy, le respondió. Oye, le dijo ella, las palabras de tu sierva. Ya te escucho, contestó

Joab. 18 Antiguamente, prosiguió la mujer, se decía por
proverbio: Los que buscan consejo, búsquenle en Abela [12],
y de este modo lograban su designio. 19 ¿No soy yo la que
doy respuestas verdaderas y justas a Israel? ¿Y tú quieres
arruinar una ciudad y asolar una metrópoli en Israel [13]?
¿Por qué destruyes la herencia del Señor?

20 Respondiendo Joab, dijo: No, lejos de mí tal cosa; no
vengo yo para arruinar ni asolar. 21 No es esa mi intención,
sino que busco a un hombre del monte de Efraín, llamado
Seba, hijo de Bocri, que se ha rebelado contra el rey David;
entregadnos ese hombre solo, y nos retiraremos al instante de la ciudad. Dijo entonces la mujer a Joab: Pues ahora
mismo te echarán su cabeza por el muro [14]. 22 En efecto, se
presentó la mujer donde estaba todo el pueblo; y les habló
con tanta cordura, que cortando ellos la cabeza a Seba,
hijo de Bocri, se la arrojaron a Joab; el cual tocó la retirada, y regresaron las tropas cada cual a su casa. Joab volvió
a Jerusalén, cerca del rey.

Los ministros de David

23 De este modo quedó Joab con el mando en jefe [15] de todo
el ejército de Israel; siendo Banaías, hijo de Joíada, capitán de los cereteos y feleteos; 24 y Aduram superintendente
de las rentas [16]; Josafat, hijo de Ahilud, secretario o cronista; 25 Siva escribano; y Sadoc y Abiatar sumos sacerdotes, 26 e Ira de Jair era sacerdote de David [17].

¿Sabías que?

«Metrópoli», la palabra con que Torres Amat traduce la «madre en Israel» de 20,19, es griega y significa «ciudad madre»: los griegos llamaban así a la ciudad de la que salían sus colonias. La Iglesia la heredó para su organización. Todavía hoy se llama sede metropolitana a la diócesis principal de una provincia eclesiástica, y metropolitano a su arzobispo, que lleva como signo el palio, una banda de lana blanca que el papa bendice cada año en la solemnidad de san Pedro y san Pablo, el 29 de junio.

PAUSA

1. Joab saludó a Amasa con un beso mientras empuñaba la espada. ¿Hay en tu vida gestos de paz que esconden otra intención?
2. La mujer de Abela salvó su ciudad con una palabra sensata. ¿Dónde podrías ser hoy una voz que calma en lugar de una que divide?

Para orar. *Señor, líbrame del beso traidor y dame la sabiduría que construye la paz.*

21

Los gabaonitas y los gigantes filisteos

Aquí empieza el apéndice del libro (caps. 21 – 24), que interrumpe la historia de la sucesión y reúne seis piezas de épocas distintas, dispuestas en simetría. Este capítulo trae las dos primeras: el hambre atribuida a la sangre de los gabaonitas, con la entrega de siete descendientes de Saúl y la vigilia de Resfa (vv. 1-14), y cuatro hazañas de los guerreros de David contra gigantes filisteos (vv. 15-22). El orden no es cronológico: muchos estudiosos sitúan el episodio de los gabaonitas al principio del reinado, antes del capítulo 9. Es una página dura, que el narrador cuenta sin adornos.

La sangre de los gabaonitas

1 Hubo también hambre en tiempo de David por tres años
continuos; sobre lo cual consultó David el oráculo del
Señor [1]. Y le respondió el Señor: Esto sucede por causa de
Saúl y de su casa sanguinaria [2]; porque mató él a los ga-
baonitas. 2 Llamando, pues, el rey a los gabaonitas, habló
con ellos. Es de saber que los gabaonitas no eran de los hi-
jos de Israel, sino un resto de los amorreos [3]; y los israe-
litas les habían jurado que no les quitarían la vida; mas Saúl
quiso acabar con ellos llevado de celo por el bien de los hi-
jos de Israel y de Judá. 3 Dijo, pues, David a los gabaonitas:

¿Qué queréis que yo haga por vosotros? ¿Y qué satisfacción puede dárseos [4], a fin de que roguéis por la herencia del Señor?

[4] Le respondieron los gabaonitas: No es nuestra querella sobre plata ni oro [5], sino contra Saúl y su casa; ni pretendemos que muera ningún hombre de Israel. A los cuales replicó el rey: Pues, ¿qué queréis que haga por vosotros?
[5] Respondieron ellos: Al hombre que nos oprimió y asoló tan inicuamente, debemos aniquilarlo de tal suerte, que ni uno siquiera quede de su linaje en todos los términos de Israel. [6] Dénsenos al menos siete de sus hijos, para que los crucifiquemos a honra del Señor [6], en Gabaa, patria de Saúl, que fue en otro tiempo el escogido del Señor [7]. Dijo el rey: Yo os los daré.

[7] Bien que perdonó el rey a Mifiboset, hijo de Jonatás [8] y nieto de Saúl, en atención a la sagrada alianza que se habían jurado mutuamente David y Jonatás hijo de Saúl.
[8] Cogió, pues, el rey dos hijos de Resfa, hija de Aya, que los había tenido de Saúl, llamados Armoni y Mifiboset, y cinco hijos de Micol, hija de Saúl [9], habidos de Hadriel, hijo de Berzellai, natural de Molati; [9] y los entregó en manos de los gabaonitas, que los crucificaron en un monte delante del Señor; así perecieron juntos estos siete varones, muertos en los primeros días de la siega, cuando comenzaban a segar las cebadas.

10 Pero Resfa, hija de Aya, tomando un saco de cilicio [10], lo
extendió a sus pies sobre una piedra, y se estuvo allí desde
el principio de la siega hasta que cayó sobre los cadáveres
lluvia del cielo, impidiendo que los devorasen de día las
aves del cielo, y de noche las fieras. 11 Refirieron a David lo
que había hecho Resfa, hija de Aya, mujer secundaria de
Saúl.

12 Entonces David fue y tomó los huesos de Saúl y de Jona-
tás, su hijo, recibiéndolos de los ciudadanos de Jabes de
Galaad, que los habían hurtado de la plaza de Betsán [11],
donde los colgaron los filisteos cuando mataron a Saúl en
Gelboé, 13 y transportó de allí los huesos de Saúl y de su
hijo Jonatás, y recogiendo los huesos de los crucificados,
14 los hizo sepultar con los de Saúl y de Jonatás, su hijo, en
la tierra de Benjamín, a un lado del sepulcro de Cis, su
padre [12]. Ejecutado así todo lo ordenado por el rey, se mos-
tró después Dios propicio con la tierra [13].

Los gigantes filisteos

15 Entretanto los filisteos renovaron la guerra contra Is-
rael; y salió David con sus tropas a pelear contra ellos. Y
sucedió que hallándose David cansado, 16 Jesbibenob, del
linaje de Arafa [14], que llevaba una lanza, cuyo hierro pesa-
ba trescientas onzas, y ceñía una espada flamante, intentó
herir a David. 17 Pero lo defendió Abisai, hijo de Sarvia, el
cual hirió y mató al filisteo. Con este motivo los soldados

de David juraron diciendo: No saldrás ya más con nosotros
a la guerra, a fin de que no se apague la antorcha de
Israel [15].

[18] Otra guerra hubo también en Gob contra los filisteos, en
la cual Sobocai, natural de Husati, mató a Saf, del linaje de
Arafa, de la raza de los gigantes. [19] Hubo después en Gob
una tercera guerra contra los filisteos, en la cual Adeoda-
to, hijo de Saltus, que tejía telas de colores en Betlehem [16],
mató a Goliat de Get [17], que llevaba una lanza, cuyo astil
era como un rodillo de telar. [20] La cuarta guerra fue en
Get, donde se presentó un hombre de estatura descomu-
nal, que tenía seis dedos en cada mano y en cada pie [18],
esto es, veinticuatro dedos, y era de la raza gigantesca de
Arafa. [21] Vino a insultar a Israel; pero lo mató Jonatán,
hijo de Samaa, hermano de David. [22] Eran estos cuatro
hombres naturales de Get, del linaje del gigante Arafa, y
fueron muertos por David y su gente.

¿Sabías que?

En 1880, el poeta inglés Alfred Tennyson publicó un poema titulado «Rizpah», el nombre inglés de Resfa. Una anciana, a punto de morir, cuenta cómo su hijo Willy fue ahorcado por robar el correo y dejado colgado en cadenas «para escarmiento», y cómo ella fue de noche, durante meses, recogiendo uno a uno los huesos que caían del patíbulo, los besó y los enterró junto al muro del cementerio: «mi Willy se levantará entero cuando suene la trompeta del juicio». Como la Resfa bíblica, la madre no discute la sentencia; solo se niega a abandonar a su hijo muerto.

PARA PROFUNDIZAR

Resfa y los gabaonitas: la culpa de sangre y la piedad de una madre

«Hubo también hambre en tiempo de David por tres años continuos» (21,1). David pregunta al Señor, y la respuesta remite a una culpa antigua: Saúl había matado a los gabaonitas, un pueblo cananeo al que Israel había jurado respetar en tiempos de Josué (Jos 9,15-20; ver el ensayo del capítulo 9 de Josué). Un juramento hecho en nombre del Señor no prescribe con la muerte de quien lo rompió. La idea no era exclusiva de Israel: a finales del siglo XIV a. C., el rey hitita Mursili II atribuyó en sus «oraciones de la peste» una epidemia de veinte años a un tratado que su padre había violado, y confesó ante sus dioses la culpa heredada.

Los gabaonitas no aceptan dinero, como tampoco lo aceptaba la Ley en caso de homicidio (Nm 35,31-33), y piden siete descendientes de Saúl para «crucificarlos» delante del Señor en Gabaa: el hebreo usa un verbo raro, que designa una ejecución seguida de la exposición del cadáver (ver nota a 21,6). David entrega a dos hijos de Saúl y de su concubina Resfa y a cinco nietos, y perdona a Mifiboset por el juramento que había hecho a Jonatás (21,7). El narrador no oculta nada, pero tampoco lo juzga. Muchos estudiosos sospechan que el episodio le convenía a David, porque eliminaba a posibles pretendientes de la casa de Saúl, y que a él podría aludir Semei cuando lo llama «hombre sanguinario» y le echa en cara «la sangre de la casa de Saúl» (16,7-8). Es una hipótesis, pero la Escritura no pide al lector ingenuidad.

La pregunta más grave es otra: ¿cómo pueden morir los hijos por el pecado del padre? La misma Ley lo prohibía: «no morirán los hijos por los padres» (Dt 24,16), y los profetas lo repetirán con fuerza: «el hijo no cargará con la culpa del padre» (Ez 18,20; cf. Jr 31,29-30; ver el ensayo del capítulo 7 de Josué). Los rabinos sintieron la dificultad, y el Talmud responde que más vale que se arranque una letra de la Torá que se profane en público el nombre del cielo (Yebamot 79a). La fe de la Iglesia lee estas páginas de otro modo. El Antiguo Testamento contiene «elementos imperfectos y pasajeros» (Catecismo, n. 122); Dios «elige un pueblo y lo va educando pacientemente», y la revelación narra a veces actos de violencia «sin denunciar explícitamente su inmoralidad» (Benedicto XVI, Verbum Domini, n. 42). Al poner ante los ojos las consecuencias del mal, la Palabra de Dios «invita a reconocer el mal para evitarlo y combatirlo» (Pontificia Comisión Bí-

blica, Inspiración y verdad de la Sagrada Escritura, 2014, n. 126). La clave definitiva es Cristo, que no exige la sangre de nadie, sino que da la suya.

En medio de la página aparece Resfa. Es la concubina de Saúl por la que discutieron Abner e Isboset (3,7), y acaba de perder a sus dos hijos. No habla. Extiende un saco sobre la roca y se queda allí desde la siega de la cebada, en primavera, hasta que llega la lluvia, defendiendo los cuerpos de las aves de día y de las fieras de noche (21,10). Para un israelita, quedar insepulto y ser comida de las aves era la peor maldición (Dt 28,26), y la Ley mandaba no dejar a un ajusticiado colgado durante la noche (Dt 21,22-23; cf. Gál 3,13). Resfa hace lo único que puede hacer: velar. Enterrar a los muertos es una obra de misericordia que, como dice el Catecismo, «honra a los hijos de Dios, templos del Espíritu Santo» (n. 2300), y el libro de Tobías hace de ella el retrato del justo (Tob 1,17-18).

Su vigilia consigue lo que no habían conseguido las ejecuciones. Cuando le cuentan a David lo que ha hecho, el rey va a buscar los huesos de Saúl y de Jonatás a Jabes de Galaad, recoge también los de los siete, y los entierra a todos en el sepulcro de Cis, el padre de Saúl (21,11-14). Solo entonces dice el narrador que «se mostró después Dios propicio con la tierra». No es la sangre la que cierra el episodio, sino la piedad de una madre, que enseña al rey a honrar a la casa de su enemigo. El lector cristiano piensa en las mujeres que permanecieron junto a la cruz (Jn 19,25) y que volvieron al sepulcro al amanecer (Mc 16,1-2): la fidelidad que no abandona a los muertos es ya una forma de esperar la resurrección.

PAUSA

1. Resfa no dijo nada: simplemente se quedó. ¿A quién podrías acompañar hoy con tu presencia silenciosa?
2. Una promesa rota por Saúl pesó durante años sobre todo un pueblo. ¿Hay alguna palabra dada que tengas pendiente de cumplir?

Para orar. *Señor, dame la fidelidad de Resfa, que no abandona a los suyos ni siquiera en la muerte.*

22

El cántico de David

En el centro del apéndice, David canta su acción de gracias por toda una vida de liberaciones. Es el mismo poema que el Salmo 18 (el 17 en la Vulgata y en Torres Amat), conservado dos veces con pequeñas diferencias. Tiene cuatro movimientos: la invocación al Señor, roca y refugio, en medio del peligro de muerte (vv. 1-7); la teofanía, en la que Dios baja entre la tormenta para sacar al orante de las aguas (vv. 8-20); la justicia del rey y la fidelidad de Dios (vv. 21-31), y las victorias que Dios le concede, hasta el elogio final de su ungido (vv. 32-51).

El Señor, mi roca

1 Cantó David asimismo al Señor las palabras de este
cántico [1] el día en que le hubo librado el Señor de las manos de todos sus enemigos y de la persecución de Saúl.

2 Y dijo: El Señor es el baluarte mío y mi fortaleza [2], y él es
mi salvador. 3 Dios es mi defensa, en él esperaré; es mi escudo y el apoyo de mi salvación [3]; él es el que me ensalza
sobre mis enemigos, y él es mi amparo. Sí, Salvador mío,
tú me librarás de toda violencia o iniquidad. 4 Invocaré al
Señor, a quien se debe toda alabanza, y seré salvo de mis
enemigos.

5 Porque yo me vi rodeado de mortales congojas; y acometido de una furiosa multitud de gente inicua [4], que me llenó de espanto. 6 Con las fajas mortuorias estuve ya atado [5], y me hallé cogido en los lazos de la muerte. 7 En mi tribulación invocaré al Señor y clamaré a mi Dios; y él desde su templo oirá mi voz, y llegarán a sus oídos mis clamores.

Dios baja en la tormenta

8 Se conmovió y se estremeció la tierra; se agitaron los cimientos de los montes [6], y se hicieron pedazos, porque el Señor se mostró con ellos enojado. 9 El humo de sus narices, o su enojo, se levantó en alto; y despedía de su boca fuego devorador, que convirtió en brasas los carbones. 10 Abajó o hizo inclinar los cielos, y descendió [7], teniendo una densa niebla debajo de sus pies.

11 Subió después sobre los querubines, y voló [8]; voló sobre las alas de los vientos. 12 Puso las tinieblas alrededor de sí para ocultarse; zarandeó las aguas de las nubes del cielo. 13 Los rayos refulgentes de su presencia encendieron cual fuego ascuas ardientes.

14 Tronará el Señor desde lo alto del cielo; el Altísimo hará resonar su voz. 15 Arrojó centellas contra mis enemigos, y los disipó; rayos, y los destruyó. 16 Quedaron entonces patentes los abismos del mar, y descubiertos los cimientos de

la tierra a las amenazas del Señor, y al resuello impetuoso de su furor.

17 Extendió su mano desde el cielo, y me cogió; y de entre olas inmensas me sacó a salvo [9]. 18 Me libró de mi poderosísimo enemigo, y de los que me aborrecían; los cuales eran más fuertes que yo. 19 Y me anticipó su socorro el día de la tribulación; y ha sido siempre el Señor mi firme apoyo. 20 Me sacó fuera a un sitio espacioso, y me puso en plena libertad, porque fui grato a sus ojos.

La justicia del rey

21 El Señor me recompensará según mi justicia [10]; y me tratará según la pureza de mis manos. 22 Pues yo seguí atentamente las sendas del Señor; y no me separé de mi Dios con hechos impíos; 23 como que siempre tengo delante de mis ojos todas sus leyes, y no soy rebelde a sus preceptos. 24 Con seguir a Dios seré un varón perfecto, y me guardaré de ir en pos de mi iniquidad. 25 El Señor me dará la recompensa conforme a mi justicia, y según la pureza de mis manos delante de sus ojos.

26 Con los santos, tú, oh Dios, te mostrarás santo; y perfecto con los perfectos; 27 serás fuerte con los fuertes; y al perverso le tratarás como a tal [11]. 28 Tú salvarás al pueblo humilde; y con una mirada abatirás a los erguidos.

29 Tú eres, Señor, mi antorcha [12]; y tú alumbrarás, oh Señor, mis tinieblas. 30 Contigo correré armado a destrozar al enemigo; yendo con mi Dios no habrá muro que yo no salte. 31 La senda de Dios es inmaculada; y como acrisolada al fuego la palabra del Señor; escudo es de todos los que en él esperan.

Las victorias del ungido

32 ¿Quién es Dios fuera del Señor? [13] ¿Y quién es fuerte sino nuestro Dios? 33 Dios es el que me revistió de fortaleza, y allanó perfectamente mi camino. 34 Hizo mis pies tan ligeros como los de los ciervos; y al fin me colocó en el lugar elevado en que me hallo. 35 Él es el que adiestra mis manos para la batalla, y hace mis brazos firmes como un arco de bronce. 36 Tú me has cubierto, Señor, con el escudo de tu protección, y tu benignidad me ha engrandecido [14]. 37 Tú ensanchaste el camino debajo de mis pies, y no desfallecerán jamás mis plantas.

38 Perseguiré a mis enemigos, y los exterminaré; no volveré atrás hasta acabar con ellos. 39 Los consumiré y haré añicos, de suerte que no puedan ya reponerse. Caerán todos bajo mis pies. 40 Porque me ceñiste, Señor, de fortaleza para la batalla, y derribaste a mis plantas a cuantos se alzaron contra mí. 41 Hiciste que volvieran las espaldas mis enemigos y aborrecedores; yo daré cabo de ellos. 42 Por más que griten nadie acudirá a su socorro; clamarán al Se-

ñor, mas no los escuchará. 43 Los disiparé como polvo de la
tierra; los aplastaré y desmenuzaré como lodo de las calles.

44 Tú me libertarás, Señor, de las contradicciones de mi
pueblo; me conservarás para que sea yo la cabeza de las
naciones; un pueblo a quien no conozco me servirá [15].
45 Los hijos extraños me harán resistencia; mas oyéndome,
me obedecerán. 46 Estos hijos extraños se desmayarán así
que yo les mire, y se encogerán de miedo en sus escondrijos.

47 Vive para siempre el Señor, y bendito sea mi Dios. Sea
engrandecido el Dios fuerte que me ha salvado. 48 Tú, oh
Dios, que me has vengado, y has derribado naciones a mis
pies, 49 tú eres el que me has sacado de las manos de mis
enemigos, y me has ensalzado sobre los que me resistían; y
tú el que me librarás del hombre inicuo. 50 Por todo lo cual
cantaré, oh Señor, tus alabanzas en medio de las naciones,
y entonaré cánticos en honor de tu santo nombre. 51 A ti,
que has salvado milagrosamente al rey que has escogido, y
usas de tantas misericordias con David tu cristo, o
ungido [16], y las usarás con su descendencia para siempre.

¿Sabías que?

El último versículo de este cántico se reza todavía en la mesa judía. La bendición después de las comidas, el Birkat ha-mazón, termina con él: Dios «hace misericordia a su ungido, a David y a su descendencia para siempre». Los días de diario se dice «engrandece (magdil) la salvación de su rey», como en el Salmo 18,51, y los sábados, fiestas y lunas nuevas, «torre (migdol) de salvación para su rey», como se lee en 2 Samuel 22,51. Una sola letra de diferencia entre los dos textos se ha convertido en una costumbre de la oración.

El cántico de David y el Salmo 18

2 Samuel 22 (Torres Amat)	Salmo 18 (17 en Torres Amat), del hebreo
Título narrativo (22,1)	Añade: «Del maestro de coro. Del siervo del Señor» (18,1)
—	«Yo te amo, Señor, fortaleza mía» (18,2)
«Salvador mío, tú me librarás de toda violencia» (22,3)	—
«Mortales congojas»; hebreo: «olas de la muerte» (22,5)	«Lazos de la muerte» (18,5)
«Cimientos de los montes»; hebreo: «del cielo» (22,8)	«Cimientos de los montes» (18,8)
«Voló»; hebreo: «apareció», וַיֵּרָא (22,11)	«Se lanzó», וַיָּעָף: ר por ד (18,11)
«Encendieron… ascuas ardientes» (22,13)	Añade «granizo y carbones encendidos» (18,13-14)
«Tú eres, Señor, mi antorcha» (22,29)	«Tú enciendes mi lámpara» (18,29)
«Me revistió de fortaleza»; hebreo: «es mi fortaleza poderosa» (22,33)	«El Dios que me ciñe de fuerza» (18,33)
«Con el escudo de tu protección» (22,36)	Añade: «tu diestra me sostiene» (18,36)
«Me harán resistencia; mas oyéndome, me obedecerán» (22,45)	En orden inverso: «al oírme, me obedecen; me adulan» (18,45)
«Torre» (מִגְדּוֹל) o «engrandece» de salvación (22,51)	«Engrandece» (מַגְדִּיל) la salvación de su rey (18,51)

Un mismo poema transmitido en dos libros, con las variantes de toda copia a mano. Torres Amat lo advierte en su nota a 22,1, y señala un cambio de orden en los vv. 44-45. El Salmo 18 se reza en el Oficio de lectura de la primera semana.

PAUSA

1. David cuenta su vida como una historia de rescates. ¿De qué «aguas caudalosas» te ha sacado Dios a ti?
2. «Tú eres, Señor, mi antorcha.» ¿Qué zonas oscuras de tu vida necesitan hoy esa luz?

Para orar. *Señor, roca mía y mi refugio, te doy gracias por todas las veces que me sacaste del abismo.*

23

Las últimas palabras de David y sus valientes

Dos piezas muy distintas. Primero, un breve poema que se presenta como las «últimas palabras» de David (vv. 1-7): un oráculo sobre el rey justo, que es para su pueblo como la luz de la mañana, y sobre la alianza eterna que Dios ha hecho con su casa. Después, la lista de sus guerreros más famosos, con algunas de sus hazañas (vv. 8-39): los Tres, la proeza del agua de Belén, Abisai y Banaías, y los Treinta. El poema, oscuro en hebreo, fue leído por la Vulgata en clave mesiánica. La lista, de tono épico, guarda una sorpresa en su última línea.

Las últimas palabras de David

1 Estas son las últimas palabras proféticas de David [1]. Dijo
David, hijo de Isaí: Dijo el varón a quien fue dada palabra
o promesa del cristo o ungido del Dios de Jacob [2]; dijo el
egregio cantor de Israel [3]: 2 El espíritu del Señor habló por
mí [4], su palabra ha estado sobre mi lengua.

3 Es el Dios de Israel que me ha hablado; el fuerte de Israel
es quien habla; el dominador de los hombres, el justo do-
minador de los que temen a Dios [5]. 4 Ellos serán como la
luz de la aurora [6] que brilla por la mañana cuando sale el
sol sin nube alguna; y como hierba que brota de la tierra

después de la lluvia. 5 No mereció ciertamente mi casa a
los ojos de Dios [7], que el Señor hiciese conmigo una alian-
za eterna, una alianza firme y del todo inmutable. Porque
él me ha salvado de todos los peligros; ha cumplido todos
mis deseos, no dejándome nada que apetecer.

6 Mas los transgresores de la ley serán desarraigados todos
como espinas [8] a las cuales nadie toca con la mano, 7 sino
que se arma o cubre de hierro o toma un asta de lanza, y
mete fuego en ellas para abrasarlas y reducirlas a la nada.

Los Tres

8 Estos son los nombres de los valientes del reinado de Da-
vid: Jesbaam, el que está sentado en cátedra, sapientísimo
príncipe entre los tres más distinguidos [9]; aunque parece
débil y delicado como el tierno gusanillo que roe el made-
ro, él fue el que mató en un solo choque a ochocientos
hombres. 9 Después de éste fue Eleazar, ahohita, hijo de su
tío paterno [10], uno de los tres valientes que estaban con
David, cuando le insultaban los filisteos, reunidos allí en
Jesdomín para dar la batalla; 10 y huyendo los israelitas,
Eleazar se mantuvo firme, y estuvo hiriendo a los filisteos
hasta que, cansado su brazo, se quedó yerto con la espada
en la mano [11]. El Señor concedió aquel día una gran victo-
ria. Y la tropa que había huido, volvió para recoger los
despojos de los muertos.

[11] El tercero fue Semma, hijo de Age de Arari. Se juntaron
un día los filisteos en un apostadero donde había un cam-
po sembrado de lentejas [12]; y habiendo huido el ejército
por miedo a los filisteos, [12] él se plantó en medio del campo
y lo defendió, derrotando a los filisteos; y lo hizo Dios con-
seguir una gran victoria.

El agua de Belén

[13] Ya tiempo antes estos tres que eran los principales entre
los treinta habían salido a reunirse con David al tiempo de
la siega en la cueva de Odollam; estando los filisteos acam-
pados en el valle de los Gigantes. [14] David estaba en un
puesto fuerte, y por entonces los filisteos tenían guarni-
ción en Betlehem. [15] Dijo, pues, David con mucho anhelo:
¡Ah! ¡si alguno me diera a beber agua de aquella cisterna
que hay en Betlehem junto a la puerta!

[16] Al punto estos tres valientes atravesaron el campamento
de los filisteos, fueron a sacar agua de la cisterna que hay
en Betlehem junto a la puerta, y se la trajeron a David;
pero David no quiso beberla, sino que hizo libación de
ella, o la derramó, en obsequio del Señor [13], [17] diciendo:
Dios me libre de tal cosa. ¿Y yo bebería la sangre de estos
hombres que han ido a exponer su vida? [14] No quiso, pues,
beberla. Tal acción hicieron esos tres valientes.

Abisai, Banaías y los Treinta

18 Asimismo Abisai, hermano de Joab e hijo de Sarvia, era
el principal entre los tres valientes del segundo ternario.
Este es el que enristró su lanza contra trescientos y los
mató; él era famoso entre los tres, 19 y entre los tres el de
mayor reputación y el principal de ellos; mas no igualó a
los tres primeros.

20 El segundo fue Banaías, hijo de Joíada, varón fortísimo,
de grandes hazañas, natural de Cabseel; éste destrozó a los
dos terribles leones de Moab [15]; y en tiempo de una neva-
da bajó a una cisterna, y allí mató a un fuerte león. 21 Este
mismo quitó la vida a un egipcio, varón de prodigiosa es-
tatura, que tenía una lanza en la mano. Yendo, pues, con-
tra él, con un palo, le arrancó a viva fuerza la lanza de la
mano, y lo mató con ella. 22 Esto hizo Banaías, hijo de Joía-
da, 23 famoso entre los tres campeones, que eran los más
ilustres de los treinta. Sin embargo, no igualaba a los tres
primeros; y David le hizo su consejero y secretario [16].

24 Entre los treinta se contaban Asael, hermano de Joab,
Eleanán de Betlehem, hijo de un tío paterno de Asael;
25 Semma de Harodi; Elica de Harodi; 26 Helés de Falti;
Hira de Tecua, hijo de Acces; 27 Abiecer de Anatot; Mobon-
nai de Husati; 28 Selmón de Ahot; Maharai de Netofat;
29 Heled, hijo de Baana, que también era de Netofat; Itai,
hijo de Ribai, de Gabaat de los hijos de Benjamín; 30 Banaía

de Faratón; Heddai del Torrente de Gaas; 31 Abialbón de Arbat; Azmavet de Beromi;

32 Eliaba de Salaboni; Jonatán de los hijos de Jasén; 33 Semma de Orori; Ayam de Aror, hijo de Sarar; 34 Elifelet, hijo de Aasbai, hijo de Macati; Eliam de Gelón, hijo de Aquitofel [17]; 35 Hesrai del Carmelo; Farai de Arbi; 36 Igaal de Soba, hijo de Natán; Boni de Gadi; 37 Selec de Ammoni; Naharai de Berot, escudero de Joab, hijo de Sarvia; 38 Ira de Jetrit; Gareb, también jetrita; 39 Urías, heteo. En todos treinta y siete [18].

¿Sabías que?

El Cantar de los Cantares compara el cuello de la amada con «la torre de David, edificada para armería: mil escudos cuelgan de ella, todas las armas de los valientes» (Cant 4,4); los «valientes» (guibborim) son la misma palabra de esta lista. De ahí viene la invocación «Torre de David» de las letanías lauretanas, que aplican a la Virgen la belleza firme de aquella torre. La llamada Torre de David de Jerusalén, junto a la puerta de Jaffa, es en realidad una torre de la época de Herodes; el nombre se lo dieron, según parece, los cristianos de época bizantina, que situaban allí el palacio de David.

Los valientes de David

Nombre	Hebreo	Qué hizo
Jesbaam	Yoshev-Basshévet (1 Cr 11,11: Yashobeán)	Mató a ochocientos de una vez (trescientos en Crónicas) (23,8)
Eleazar	Elazar, hijo de Dodó	Luchó hasta que la mano se le pegó a la espada (23,9-10)
Semma	Shammá, hijo de Agué	Defendió solo un campo de lentejas (23,11-12)
Los Tres	—	Trajeron a David agua de la cisterna de Belén (23,13-17)
Abisai	Abishay, hijo de Seruyá	Mató a trescientos con su lanza (23,18-19)
Banaías	Benayahu, hijo de Yehoyadá	Mató a los dos «ariel» de Moab, a un león y a un egipcio (23,20-23)
Asael	Asahel, hermano de Joab	Encabeza a los Treinta; Abner lo había matado (23,24; 2,23)
Eleanán	Eljanán, de Belén	¿El que mató a Goliat (21,19)? (23,24)
Eliam	Eliam, hijo de Ajitófel	¿El padre de Betsabé (11,3)? (23,34)
Selec, Igaal	Tsélek el amonita, Yigal de Sobá	Extranjeros entre los Treinta (23,36-37)
Urías	Uriyyá el hitita	Cierra la lista (23,39; ver el capítulo 11)

«En todos treinta y siete» (23,39): la cuenta es incierta; quizá incluye a Joab, que no aparece en la lista. 1 Cr 11,10-47 repite el catálogo y lo alarga.

PARA PROFUNDIZAR

«El *egregio cantor de Israel*»: *David, los salmos y la profecía*

El segundo libro de Samuel guarda en el centro de su apéndice dos poemas de David: el gran cántico de acción de gracias (cap. 22) y estas «últimas palabras» (23,1-7). Las presenta como un «oráculo» (neum), con la misma palabra que encabeza los oráculos de Balaán (Nm 24,3.15; ver nota a 23,1), y pone en boca de David una afirmación sorprendente: «El espíritu del Señor habló por mí, su palabra ha estado sobre mi lengua» (23,2). El pastor, el guerrero, el rey pecador, se despide como profeta. Y lo que anuncia es el retrato del gobernante justo, que es para su pueblo como el sol de una mañana sin nubes después de la lluvia (23,3-4), sostenido por una «alianza eterna» que no depende de los méritos de su casa (23,5).

La Biblia conserva muchos recuerdos de David músico. Entró en la corte de Saúl porque sabía tocar la cítara, y su música calmaba al rey atormentado (1 Sam 16,23). El profeta Amós reprocha a los ricos de Samaria que inventen instrumentos «como David» (Am 6,5). Las Crónicas le atribuyen la organización de los cantores levitas del templo, con Asaf, Hemán y Yedutún (1 Cr 15–16; 25), y el Eclesiástico lo elogia porque «en todas sus obras dio gracias al Santo», cantó al Señor con todo su corazón y «puso cantores delante del altar» (Eclo 47,8-9). Rashi, al comentar el título de «egregio cantor de Israel», dice que Israel no canta en el templo otros cantos que los suyos.

Por eso la tradición le atribuyó el libro de los Salmos. En la Biblia hebrea, setenta y tres salmos llevan en el título «de David», y la traducción griega le atribuye algunos más; trece títulos los relacionan con episodios de su vida, como la huida ante Absalón (Sal 3), la visita de Natán (Sal 51) o los días en que vivía escondido en una cueva (Sal 57; 142). Los estudiosos piensan que esos títulos se añadieron más tarde, que la expresión hebrea puede significar también «para David» o «al modo de David», y que el Salterio se formó a lo largo de siglos. En Qumrán apareció un rollo de salmos (11QPsa) que celebra a David como sabio y escriba, autor de 3.600 salmos y 450 cantos, 4.050 composiciones en total, y añade que todo lo dijo «por profecía». La cifra es legendaria, pero el sentido es claro: el Salterio entero se reza bajo el nombre de David.

El Nuevo Testamento recoge esa convicción y la lleva más lejos. Jesús cita el Salmo 110 diciendo que «David mismo, movido por el Espíritu Santo», llamó Señor al Mesías (Mc 12,36); Pedro y la primera comunidad hablan del Espíritu Santo que habló «por boca de David» (Hch 1,16; 4,25), y Pedro lo llama abiertamente profeta (Hch 2,30); y Jesús murió rezando salmos (Mc 15,34; Lc 23,46). La Vulgata leyó en clave mesiánica el primer verso de este poema: David es el hombre «a quien se le aseguró lo del Cristo del Dios de Jacob», y Torres Amat imprimía en 1824 «el Cristo o Ungido» con mayúsculas. El último oráculo de David apunta más allá de él, porque ningún rey de su casa fue del todo el gobernante justo que describe, y la Iglesia lo reconoce en el «sol que nace de lo alto» del Benedictus (Lc 1,78).

El Catecismo resume esta herencia: David es «el pastor que ruega por su pueblo y en su nombre», cuya «alabanza y arrepentimiento serán modelo de la oración del pueblo»; «en los Salmos, David, inspirado por el Espíritu Santo, es el primer profeta de la oración judía y cristiana» (n. 2579). Los salmos, recitados por Cristo, «continúan siendo esenciales en la oración de su Iglesia» (n. 2586), que los reza cada día en la Liturgia de las Horas. El papa Francisco lo dijo en una catequesis: «santo y pecador, perseguido y perseguidor, víctima y verdugo», David tuvo un solo hilo conductor en su vida, la oración (audiencia general del 24 de junio de 2020). Por eso sus salmos sirven a todos: en ellos cabe la vida entera, y toda ella puede convertirse en palabra dirigida a Dios.

PAUSA

1. David no quiso beber un agua que sus amigos habían traído arriesgando la vida. ¿Qué sacrificios de otros das por descontados?
2. La lista de los valientes termina con Urías. ¿Hay alguien a quien hayas herido y cuyo nombre necesitas recordar ante Dios?
3. «El espíritu del Señor habló por mí.» ¿Cuándo has sentido que Dios hablaba a través de tus palabras?

Para orar. *Señor, sé tú la luz de mi mañana, y enséñame a ofrecerte lo que otros me dan con amor.*

24

El censo y la era de Areúna

El libro termina con un pecado del rey y con un altar. David manda contar a los guerreros de Israel y de Judá (vv. 1-9); su conciencia lo acusa, y el profeta Gad le da a elegir entre tres castigos (vv. 10-14); la peste se detiene a las puertas de Jerusalén, junto a la era de un jebuseo (vv. 15-17), y David compra esa era, levanta un altar y ofrece sacrificios (vv. 18-25). El relato forma pareja con el de los gabaonitas (21,1-14): una culpa, una calamidad y una expiación. Las Crónicas dirán que en aquella era se levantó después el templo (1 Cr 22,1; 2 Cr 3,1).

El censo del pueblo

[1] Se encendió de nuevo el furor del Señor contra Israel [1]; y
así permitió para su daño que David mandase hacer el
censo [2] de toda la gente de Israel y de Judá. [2] Dijo, pues,
este rey a Joab, general de sus ejércitos: Recorre todas las
tribus de Israel desde Dan hasta Bersabee, y forma un cen-
so del pueblo, a fin de que sepa yo el número de la gente.
[3] Respondió Joab al rey: Así multiplique el Señor Dios tuyo
a tu pueblo sobre lo que ahora es, de suerte que venga a ser
cien veces más numeroso, y lo vea el rey mi señor; pero, ¿y
qué es lo que pretende mi señor el rey con hacer eso? [3]
[4] Sin embargo, la voluntad del rey pudo más que las repre-

sentaciones de Joab y de los capitanes del ejército; y así salió Joab con los capitanes de la presencia del rey para hacer el empadronamiento del pueblo de Israel.

5 Y habiendo pasado el Jordán, llegaron a Aroer [4], al lado
derecho de la ciudad, que está en el valle de Gad; 6 y pasando por Jacer, entraron en Galaad y en la tierra baja de
Hodsi, y llegaron hasta los bosques de Dan; y dando la
vuelta por los contornos de Sidón, 7 pasaron junto a los
muros de Tiro, y atravesando toda la tierra de los heveos y
cananeos llegaron hasta Bersabee, al mediodía de Judá.
8 Así recorridas todas las provincias, regresaron a Jerusalén después de nueve meses y veinte días. 9 Y presentó
Joab al rey la suma del encabezamiento del pueblo y se hallaron de Israel ochocientos mil hombres fuertes [5] y aptos
para la guerra; de Judá se contaron quinientos mil combatientes.

Los tres castigos

10 Pero a David le remordió su conciencia [6] después que se
formó el censo del pueblo, y dijo al Señor: Pecado he gravísimamente en este negocio; mas te ruego, Señor, que perdones este pecado de tu siervo, porque reconozco que he
obrado muy neciamente.

11 Por la mañana, así que David se hubo levantado, habló el
Señor a Gad, profeta y vidente de David [7], diciendo:

12 Anda y dile a David: He aquí lo que dice el Señor: Tres
cosas se te dan a escoger en castigo; elige de ellas la que
quisieres que yo te envíe. 13 Presentándose, pues, Gad a Da-
vid, se lo contó diciendo: O por siete años será tu país afli-
gido del hambre [8]; o por tres meses andarás huyendo de
tus enemigos que te irán persiguiendo; o a lo menos por
tres días habrá peste en tu reino. Delibera, pues, ahora, y
mira qué respuesta he de dar al que me ha enviado.
14 Respondió David a Gad: En un estrechísimo apuro me
veo; pero más quiero yo caer en las manos del Señor (cuya
misericordia es tan grande) [9] que no en manos de hom-
bres.

La peste y el ángel

15 Envió, pues, el Señor la peste a Israel desde aquella ma-
ñana hasta el tiempo señalado [10], y murieron del pueblo,
desde Dan hasta Bersabee, setenta mil hombres. 16 Y ha-
biendo extendido el ángel del Señor su mano sobre Jerusa-
lén para desolarla, el Señor se apiadó de su angustia, y dijo
al ángel exterminador del pueblo: Basta, detén ya tu
mano [11]. Estaba entonces el ángel del Señor junto a la era
de Areúna, jebuseo [12].

17 Y dijo David al Señor, así que vio que el ángel castigaba al
pueblo: Yo soy el que he pecado; yo el que tengo la culpa.
¿Qué han hecho éstos, que son unas ovejas? [13] ¡Oh Señor!,

te ruego que descargues tu mano sobre mí y sobre la casa de mi padre.

El altar en la era

18 Y aquel mismo día vino Gad a David y le dijo: Sube a la
era de Areúna jebuseo, y levanta en ella un altar al
Señor [14]. 19 Fue, pues, David allá, en cumplimiento del
mandato que le dio Gad en nombre del Señor.

20 Areúna alzando los ojos advirtió que el rey y sus criados
se encaminaban hacia él; 21 y saliendo al encuentro, hizo al
rey profunda reverencia pegado el rostro en tierra, y dijo:
¿Qué motivo hay para que el rey mi señor venga a casa de
su siervo? Al cual respondió David: Para comprarte esa
era, y edificar en ella un altar al Señor; a fin de que cese la
mortandad que se extiende por el pueblo [15]. 22 Mas Areúna
replicó a David: Tómela el rey, mi señor, y conságrela
como bien le parezca; ahí tienes los bueyes para el holo-
causto, y el carro y los yugos de los bueyes para que sirvan
de leña [16]. 23 Todas estas cosas dio el rey Areúna al rey
David [17], y añadió: El Señor Dios tuyo acepte tu sacrificio.

24 Respondió el rey y le dijo: No ha de ser como tú quieres,
sino que te pagaré lo que vale; que no quiero ofrecer yo al
Señor mi Dios holocaustos que no me cuesten nada [18]. Y
así compró David la era y los bueyes por cincuenta siclos
de plata [19]; 25 y edificó allí David un altar al Señor, ofre-

ciendo en él holocaustos y hostias pacíficas; con lo que se mostró el Señor propicio a la tierra [20], y cesó la mortandad en Israel.

¿Sabías que?

La Misná recuerda que en el Santo de los Santos del segundo templo, donde ya no estaba el arca, había una piedra «desde los días de los primeros profetas», llamada Shetiyá, «fundamento», que sobresalía tres dedos del suelo y sobre la que el sumo sacerdote ponía el incienso el día de la Expiación (Yoma 5,2). La tradición judía la relacionó con el monte Moria. En la explanada del templo de Jerusalén, la Cúpula de la Roca, construida hacia el año 691, cubre hoy una gran roca que muchos identifican con esa piedra y con el lugar de la era de Areúna; la identificación es antigua, pero no se puede comprobar.

El censo en 2 Samuel 24 y en 1 Crónicas 21

2 Samuel 24	1 Crónicas 21
«El furor del Señor» incitó a David; Torres Amat: «permitió» (24,1)	«Satán se levantó contra Israel e incitó a David» (21,1)
Joab: «¿qué es lo que pretende mi señor el rey?» (24,3)	«¿Por qué ha de ser esto motivo de culpa para Israel?»; no cuenta a Leví ni a Benjamín (21,3.6)
800.000 de Israel y 500.000 de Judá (24,9)	1.100.000 de Israel y 470.000 de Judá (21,5)
Siete años de hambre (24,13; la versión griega, tres)	Tres años de hambre (21,12)
El ángel, «junto a la era de Areúna» (24,16)	David lo ve entre el cielo y la tierra, con la espada desenvainada sobre Jerusalén (21,16)
—	David y los ancianos, vestidos de saco, rostro en tierra (21,16)
El dueño: Areúna, jebuseo (24,16-23)	Ornán, que trillaba trigo, ve al ángel y sus hijos se esconden (21,15.20)
Cincuenta siclos de plata por la era y los bueyes (24,24)	Seiscientos siclos de oro por el lugar (21,25)
El Señor se aplaca y cesa la mortandad (24,25)	Fuego del cielo sobre el altar; el ángel envaina la espada (21,26-27)
—	«Aquí estará la casa del Señor Dios» (22,1); el templo, en el monte Moria (2 Cr 3,1)

El Cronista vuelve a contar la historia siglos después: atribuye la tentación a Satán, agranda el precio y hace de la era el lugar del templo. Torres Amat armoniza los precios: los cincuenta siclos pagaron los bueyes y el sitio del altar; el oro, todo el monte. Flavio Josefo da otras cifras: 900.000 y 400.000. Sobre los números, ver el ensayo del capítulo 1 de Números.

PARA PROFUNDIZAR

El censo y la era de Areúna: el lugar del templo

El libro que empezó con la muerte de Saúl termina con un pecado de David y un altar. ¿Por qué había de ser una culpa contar a la población? El texto no lo explica, pero deja oír la objeción de Joab (24,3), y las razones se adivinan. Un censo servía para reclutar soldados y cobrar tributos, como había advertido Samuel (1 Sam 8,11-17); trataba al pueblo como propiedad del rey, cuando pertenece a Dios, que prometió a Abrahán una descendencia incontable (Gn 15,5); y revelaba una confianza puesta en el número de las espadas más que en el Señor. Torres Amat lo resume en nota: David actuó «lleno de vanidad». La Ley pedía además que todo censo fuera acompañado de un rescate, «para que no haya plaga entre ellos» (Éx 30,12), y Flavio Josefo y el Talmud explican la peste porque David lo olvidó.

¿Quién movió a David? El hebreo dice que fue el Señor, encendido en ira contra Israel (24,1); las Crónicas, escritas siglos después, que fue Satán (1 Cr 21,1); Torres Amat traduce que Dios lo «permitió para su daño» (ver nota a 24,1). Las tres frases no se contradicen: muestran cómo la fe de Israel aprendió a distinguir entre lo que Dios quiere y lo que permite. La Iglesia lo formula con precisión: Dios no es de ninguna manera causa del mal moral, pero lo permite, respetando la libertad de su criatura, y sabe sacar de él el bien (Catecismo, n. 311). «Dios no tienta a nadie» (Sant 1,13).

Cuando su corazón lo acusa, David confiesa sin excusas, y el profeta Gad le da a elegir entre tres castigos. Su respuesta es la de un creyente: «más quiero yo caer en las manos del Señor (cuya mise-

ricordia es tan grande) que no en manos de hombres» (24,14; cf. Eclo 2,18). Viene la peste y mueren setenta mil. El texto no esconde el escándalo de un pueblo que sufre por el pecado de su rey, el mismo de los hijos de Saúl en el capítulo 21, y David es el primero en protestar: «Yo soy el que he pecado... ¿Qué han hecho éstos, que son unas ovejas?» (24,17). El rey se pone delante del rebaño como un pastor, y la Iglesia ha oído aquí un anuncio del Buen Pastor, que «da la vida por sus ovejas» (Jn 10,11).

Dios detiene al ángel «junto a la era de Areúna, jebuseo» (24,16; ver nota a 24,16), y el profeta manda levantar allí un altar. Areúna quiere regalarlo todo, la era, los bueyes y la leña, pero David insiste en pagar: «no quiero ofrecer yo al Señor mi Dios holocaustos que no me cuesten nada» (24,24). El culto verdadero no es gratuito: como Abrahán, que pagó la cueva de Macpelá aunque se la regalaban (Gn 23,13-16), y como la viuda que echó en el tesoro del templo todo lo que tenía para vivir (Mc 12,41-44), David ofrece algo que es suyo. Sobre ese altar, «se mostró el Señor propicio a la tierra, y cesó la mortandad» (24,25).

El libro de Samuel no dice más, pero la historia de aquel lugar continúa. Según las Crónicas, David exclamó: «Aquí estará la casa del Señor Dios» (1 Cr 22,1), y Salomón edificó el templo «en el monte Moria... en la era de Ornán el jebuseo» (2 Cr 3,1), el nombre de la montaña donde Abrahán estuvo a punto de sacrificar a Isaac (Gn 22,2.14). Flavio Josefo afirma que Abrahán había ofrecido a su hijo en aquel mismo lugar (Antigüedades judías VII, 13,4). La era de un extranjero, comprada a su justo precio, se convierte en el centro del culto de Israel. Hoy es la explanada del

templo de Jerusalén; la identificación precisa de cada lugar pertenece más a la tradición que a la arqueología.

El lector cristiano lleva la historia un paso más allá. Jesús habló de otro templo, «el santuario de su cuerpo» (Jn 2,19-21), y la Carta a los Hebreos presenta su sacrificio como el que, de una vez para siempre, purifica la conciencia de las obras muertas (Heb 9,11-14). En la era de Areúna, un rey culpable ofreció un sacrificio para detener la peste que había provocado su pecado; en el Calvario, el Hijo de David, inocente, se ofreció a sí mismo por el pecado de todos. El segundo libro de Samuel termina con un altar en el lugar del futuro templo, a la espera de Salomón (1 Re 6–8) y de Aquel que es «mayor que el templo» (Mt 12,6).

PAUSA

1. David sintió que el corazón le golpeaba después del censo. ¿Escuchas esa voz interior, o la acallas?
2. «No quiero ofrecer al Señor holocaustos que no me cuesten nada.» ¿Qué te cuesta de verdad tu fe?
3. David pidió cargar con el castigo de su pueblo. ¿Por quién estás dispuesto a interceder tú?

Para orar. *Señor, me pongo en tus manos porque tu misericordia es grande: haz de mi vida un altar donde se detenga el mal.*

Repaso

Preguntas para comprobar lo aprendido. Responde primero de memoria y luego toca el número para ver la respuesta.

Capítulos 1 a 2

1. ¿Qué traía el amalecita a David como prueba de la muerte de Saúl? 1
2. ¿Por qué mandó David matar al amalecita? 2
3. ¿Dónde no quería David que se contara la muerte de Saúl, y por qué? 3
4. ¿Dónde fue ungido David rey de la casa de Judá, y quiénes lo ungieron? 4
5. ¿A quién hizo rey Abner, y sobre qué territorios? 5
6. ¿Cómo murió Asael? 6

Capítulos 3 a 4

1. ¿Qué condición puso David a Abner para recibirlo? 1
2. ¿Por qué mató Joab a Abner, y dónde? 2
3. ¿Qué dijo David de los hijos de Sarvia? 3

4. ¿Quién era Mifiboset y por qué era cojo? 4
5. ¿Qué hizo David con los asesinos de Isboset? 5

Capítulo 6

1. ¿Qué fortaleza conquistó David y qué nombre le dio? 1
2. ¿Qué rey extranjero envió cedros y artesanos para construir la casa de David? 2
3. ¿Por qué murió Oza? 3
4. ¿Cuánto tiempo estuvo el arca en casa de Obededom y qué sucedió? 4
5. ¿Qué reprochó Micol a David? 5

Capítulo 8

1. ¿Qué quería construir David y qué le prometió Dios por medio de Natán? 1
2. Según la profecía, ¿quién construiría el templo? 2
3. ¿Con qué palabras expresa Dios su relación con el hijo de David? 3
4. ¿Cómo empieza la oración de David después de la profecía? 4

5. ¿Quiénes eran los sacerdotes y quién mandaba a los cereteos y feleteos en la corte de David? 5

Capítulos 9 a 11

1. ¿Por amor de quién quiso David hacer bien a alguien de la casa de Saúl? 1
2. ¿Dónde vivía Mifiboset cuando David lo mandó llamar? 2
3. ¿Qué hizo Hanón con los embajadores de David? 3
4. ¿Qué respondió Urías cuando David le preguntó por qué no había bajado a su casa? 4
5. ¿Qué decía la carta que Urías llevó a Joab? 5
6. ¿Cómo juzga el narrador lo que hizo David? 6

Capítulos 12 a 13

1. ¿Qué historia contó Natán a David? 1
2. ¿Qué respondió David cuando Natán le dijo «Ese hombre eres tú»? 2
3. ¿Qué nombre dio el Señor a Salomón por medio de Natán? 3
4. ¿Quién aconsejó a Amnón que se fingiera enfermo? 4

5. ¿Qué hizo Tamar al ser echada de la casa de Amnón? 5
6. ¿Dónde hizo matar Absalón a Amnón, y adónde huyó después? 6

Capítulos 14 a 15

1. ¿De qué ciudad era la mujer que Joab envió al rey, y qué caso le presentó? 1
2. ¿Cómo obligó Absalón a Joab a ir a verlo? 2
3. ¿Con qué pretexto se fue Absalón a Hebrón? 3
4. ¿Qué hizo David al saber que Aquitofel estaba en la conjura? 4

Capítulos 16 a 18

1. ¿Qué le trajo Siba a David y de qué acusó a Mifiboset? 1
2. ¿Por qué no permitió David que Abisai matara a Semei? 2
3. ¿Qué aconsejó Aquitofel y qué aconsejó Cusai? 3
4. ¿Dónde se escondieron Jonatás y Aquímaas? 4
5. ¿Qué orden dio David a Joab, Abisai y Etai antes de la batalla? 5

6. ¿Cómo murió Absalón? [6]

7. ¿Qué dijo David al saber la muerte de Absalón? [7]

Capítulos 19 a 20

1. ¿Qué reprochó Joab a David después de la muerte de Absalón? [1]

2. ¿A quién prometió David el mando del ejército en lugar de Joab? [2]

3. ¿Por qué no quiso Berzellai ir a vivir a Jerusalén con el rey? [3]

4. ¿Cómo mató Joab a Amasa? [4]

5. ¿Cómo salvó la mujer sabia de Abela a su ciudad? [5]

Capítulos 21 a 24

1. ¿Por qué hubo hambre tres años en tiempo de David, según el oráculo del Señor? [1]

2. ¿Qué hizo Resfa, hija de Aya, después de la muerte de sus hijos? [2]

3. ¿Qué salmo es el cántico de David del capítulo 22? [3]

4. ¿Por qué no quiso David beber el agua de la cisterna de Belén? [4]

5. ¿Qué tres castigos ofreció Gad a David después del censo, y cuál eligió? 5

6. ¿Por cuánto compró David la era de Areúna, y por qué no aceptó el regalo? 6

Notas personales

Sobre esta edición

Si las notas no se abren

Las notas son comentarios estándar de PDF, las mismas «notas adhesivas» que crean Adobe Acrobat y otros programas. La mayoría de los lectores las abren al tocar el número. Si el tuyo pasa de página en lugar de abrirlas, toca justo sobre el recuadro gris o prueba una pulsación larga, y busca el panel de anotaciones del lector, donde suelen aparecer en lista. Xodo y Adobe Acrobat Reader para Android las abren con un toque.

Texto y notas

Texto bíblico: Sagrada Biblia, traducción de Félix Torres Amat (1823-1825), de dominio público, según la transcripción digital difundida en línea. Se corrigieron erratas evidentes de esa transcripción (puntuación, acentos, palabras cortadas o unidas, alguna palabra intrusa y algunas palabras mal leídas, cotejadas con la edición de 1824, de la que se ha recuperado también la media frase perdida de 24,16 y otras palabras que la transcripción había saltado en 1,3; 1,22; 13,25; 13,29; 13,39; 14,25 y 20,6). Los títulos de las secciones no forman parte del texto bíblico.

En la Vulgata y en Torres Amat este libro se titula «Libro segundo de los Reyes»; esta edición usa el nombre moderno, 2 Samuel, y llama 1 y 2 Reyes a los que la Vulgata cuenta como tercero y cuarto de los Reyes. Los versículos siguen la numeración de la Vulgata y de la edición de 1824, que coincide con la de las Biblias modernas salvo en un lugar: el texto hebreo, y con él muchas Biblias actuales, cuenta 18,33 como 19,1, de modo que en el capítulo 19 va un núme-

ro por delante (19,1 de esta edición es su 19,2, y 19,43 es su 19,44). El capítulo 13 tiene 39 versículos, como en el hebreo y en la edición de 1824; algunas ediciones de la Vulgata y la Biblia inglesa de Douay unen 13,38-39 en uno solo. No falta ningún versículo, pero la transcripción digital había perdido media frase de 24,16 («exterminador del pueblo: Basta, detén ya tu mano. Estaba entonces el ángel»), que se ha recuperado de la edición de 1824, como otras palabras que había saltado en 1,3; 1,22; 13,25; 13,29; 13,39; 14,25 y 20,6. Las referencias a otros libros siguen la numeración moderna: en los Salmos, Torres Amat suele ir un número por detrás, de modo que el cántico de 2 Samuel 22, que es el Salmo 18, es en su Biblia el Salmo 17, y el Miserere (Salmo 51), el 50.

Notas, introducciones, cuadros y preguntas: preparados para esta edición. Las citas del Catecismo de la Iglesia Católica remiten a sus números.

Tipografía: Literata y Noto Serif Hebrew (licencia OFL). Página de 114 × 152 mm, proporción 3:4, para lectores Boox.